
LA VOZ
QUE
NO
SE
OYE
JOSE GONZALEZ MARTINEZ

JOSE GONZALEZ MARTINEZ

LA VOZ
QUE NO
SE OYE

Prólogo

¡He aquí una novela!.... ¿Una más entre millares? —se preguntará el lector con desdeñosa indiferencia— ¡Bah! pero si es divertida, picaresca y por añadidura, pornográfica o truculenta, la leeré con mucho gusto... De lo contrario, no resistiré leer siquiera la primera página!

Cree el autor no engañarse al resumir en estas palabras el criterio común de los posibles lectores.... Entre millares, quizás se encuentren dos o tres que disientan de la vulgaridad. Puede ser que haya dos o tres que lean con interés esta novela... Pero ante todo, ¿qué es una novela?... Según los cánones convencionales, es una narración de hechos supuestos, con personajes fingidos, que, sin embargo, reflejan la realidad social donde se desenvuelven los sucesos y actúan los personajes. Cuando no concurren estas condiciones, se podrá decir que se escribió cualquier otra cosa, menos novela....

El autor quiere llamar novela a lo que escribe en las páginas de este libro. Los escribas de los actuales sanedrines literarios de nuestro país, y acaso de todos los países. habrían de reír desdeñosos si, por casualidad, alguno de ellos leyese lo que el autor presenta como novela. Empero, hay que declarar rotundamente que el autor no es esclavo de ningún género de cánones y su pluma nunca se ha movido por mano agena. No escribe para obtener "iniciaciones" en ningún cenáculo literario, para halagar a poderosos y opulentos, para ir en la corriente mediocre y hasta absurda de los snobismos de la época, ni para divertir a la vulgaridad, proporcionándole el alimento venenoso que mate la vida interna y exacerbe la bestia de las viles pasiones. Todo esto es para el oficio de esa caterva de escritorzuelos contemporáneos, cuyos únicos ideale son la fama, el dinero y la mundanalidad.

Por estas razones y otras muchas, el autor se aparta de estas corrientes que arrastran fango, sangre y veneno, y nada se le da de las críticas torpes que puedan dimanar de cualquier "élite" de la literatura convencional. Escribió algo que, llamándose "novela" o denominándola de cualquier otro modo, refleja, preferentemente al hombre del TRASFONDO y aquel aspecto de la Vida que con él se relaciona. En millares de novelas y libelos, que diariamente salen de la prensa, aparece moviéndose la imagen grosera, vulgar y repulsiva del hombre-animal, que a cada momento estamos contemplando en su original de carne y hueso... ¿Quién, especialmente en los tiempos que corren, ha ido más allá de esta sombra macabra del hombre ordinario, que odia, roba, miente, adultera y se revuelca como cerdo en los fangos más hediondos de las pasiones y de los crímenes?....

¿No existirá acaso algún posible lector que, hastiado de ese repugnante drama de todos los días, anhele mirarse en otro espejo donde se refleje la imagen, casi por todos desconocida, del HOMBRE INTIMO?... ¿No habrá quién quiera apartar, siquiera por algunos instantes, su mirada de la asquerosa charca de la vida social, en cuyos fangos él también está prisionero?....

Si hubiese alguno de esos, ese tal, sería el único lector de esta "novela".... Y para él está escrita.

* * * * * *

La desdichada y corrompida sociedad en que vivimos, anhela frenéticamente tan sólo las posesiones materiales. La inmensa mayor parte de los seres humanos de este siglo es ATEA, en el más perfecto sentido del vocablo, por más que muchos de ellos confiesen exaltados cualquier forma de fe religiosa tradicional. Para creer verdaderamente en Dios, se necesita realizarlo como Verdad Unica en el conocimiento y como Amor esencial en el corazón. Rarísimos son aquellos que siquiera anhelen la Verdad y sientan la germinación del Amor Universal en sus corazones. Sólo está fe de realización es verdadera fe en Dios, y los que se dicen creyentes son los que más lejos están de realizarla. Dios no es forma, ni imagen, ni persona, y quién así lo concibe, es el que menos puede creer en El. Por eso, muchísimos de los llamados filósofos y escritores de moda, no vacilan en afirmar que la idea de Dios pertenece a la "infancia" de la humanidad, y no faltan otros muchos que hacen suya esta frase: "Quién cree en Dios, es un estúpido", atribuida a cierto filosofastro del snobismo de nuestros días. Los menos atrevidos, personalizan en ellos la actitud tan común de "ignorar a Dios", puesto que, según ellos, para nada interviene en los asuntos humanos, y en caso de que existiera, sería algo tan

ageno al hombre y al mundo, que, en realidad, brillaría por su ausencia, y por ello mismo, es imposible saber siquiera si existe.

Este es más o menos el modo de sentir de la mayor parte de lo que se creen pensadores, y este es el modo, más o menos, de obrar y también de sentir de las masas humanas de nuestros días. Dificilísimo es encontrar quien sienta y obre de otra manera. La masa ignora de los poseedores de riquezas no cree en otro dios que no sea el hierro de sus máquinas y el oro de sus arcas, no tienen otro ideal que el del enriquecimiento desmesurado y otra complacencia, que la que les depara las charcas de Afrodita y las banalidades estúpidas del llamado "gran mundo"; los sabios de hogaño, han ideantificado sus mentes con el mecanismo de los siniestros "robots" que han salido de la obscura matriz de sus cerebros, para poblar el globo bajo mil formas proteícas e imperar, al fin, con la ley de su inconsciencia mecánica, sobre la atormentada humanidad de este siglo; ellos creen haber creado un universo de acero chirriador y fuego crepitante, sintiéndose dioses de su propia creación y caudillos gloriosos de la "conquista del cosmos"; desterraron al viejo Dios creador, para ocupar su trono, y los Olimpos de las viejas religiones se han convertido en la peana de sus pies; los que cultivan la literatura, buscan sólo la fama y el dinero; apoteosis de sus vanidosas personalidades y riquezas para el pasto de sus bajas pasiones, y como lo que convierte a la pluma en piedra filosofal para producir el oro alquímico es la pornografía recrudecida, el sensacionalismo truculento o la truhanería vulgar, he ahí que la casi totalidad de los escritores contemporáneos, prefieren, sobre todas las cosas, poner su pluma al servicio de las masas envilecidas, deparando en sus producciones literarias el pábulo cotidiano de sensualidad y crimen con que se alimentan las almas embrutecidas de la vulgaridad; para ellas, su mayor deleite está en contemplar la imagen de su bajeza pasional y de su feroz animalidad en los innumerables espejos, toscos o bruñidos, que fabrican, con el marbete de todas las marcas, los literatos, literatoides y panfletistas, y que abundan, como las ondas de un río, por todos los cauces de la publicidad.

¿Dónde, pues, encontrarán las mentes comunes un alimento literario que sirva de antídoto al veneno que a diario apuran en el banquete orgiástico del mundo contemporáneo?.... ¿Y quién será aquel que busque ese antídoto?.... ¿Dónde se encuentra el sediento de Espiritualidad y el hambriento del Pan de la Verdad y del Amor?...... La Carne habla, ruge, reina, impera y todo lo somete a su dominio; nadie pregunta, siquiera, por algún sendero oculto que pueda llevarlo al Reino del Espíritu, porque el Espíritu es una irrealidad para todos, en tanto que ven en la tosca materia, que perciben sus sentidos, la única realidad.

El ESPIRITU parece haber muerto; Su Palabra de Vida ya no se oye y por eso se cree que Dios ha muerto.

En verdad, las almas obscurecidas de hogaño se contemplan a sí mismas como un abismo de NADA; su real esencia se ha sepultado bajo un túmulo de carnalidades putrefactas, y quién ignora la esencia de su alma, que es DIVINA, no puede conocer al Dios que en ella mora; su Templo de Espíritu se ha convertido en sepulcro, y de todos los sepulcros huye Dios, como de todo cadáver huye la Vida; jamás muere la Vida, aunque perezca la forma que ella anima. El cadáver ya nada sabe de la Vida que antes lo animaba, y por la misma razón, los sepulcros ambulantes de las almas de hoy, nada pueden saber de Dios, que moró en ellas antes de que su templo interior se convirtiese en ruinas. Por eso es que hoy, el pensamiento muerto del hombre *ignora a Dios*.

Tal es la naturaleza de este ATEISMO MUNDIAL. Es el siglo del hombre "sin Dios", porque sólo el alma viva, donde el ESPIRITU MORA, conoce a Dios y en El vive. Y por eso, el filósofo contemporáneo, ante la pregunta de qué es Dios y qué es el alma, sólo tiene una respuesta: "¡NADA!". Es consecuente y sincero consigo mismo, porque sólo percibe la nada de su interioridad humana, y esta "NADA" es el único verbo que el hombre del siglo XX tiene para contestar a la Esfinge de lo Infinito, siempre que le interroga. Por eso, a cada instante, la Esfinge está devorando millones de seres humanos, sin encontrar alguno que acierte en el ENIGMA.

Por otra parte, resulta inútil el agónico esfuerzo de la religión tradicional, para despertar en las almas la vieja creencia en un dios antropomorfo, puesto que la propia religión ha caído en una especie de ateísmo inerte, al confesarse tácitamente impotente para resucitar la vieja concepción teológica. Para el hombre contemporáneo el Dios de la Teología no existe, y ni siquiera existe para el creyente que acepta por tradición esa fe. Tal concepción de Dios, supone relaciones personales entre El y sus criaturas, y como a nadie le es dado realizar esta correlatividad sensible, la demostración de un Dios así se hace imposible para la razón e inadmisible para el corazón. El Cristianismo del Amor, que enseña la divinidad del Hombre y la humanidad de Dios, sólo ha sido realizado por muy escasos místicos y meditadores, y la teología oficial lo ha exilado de su reino. El teólogo, que quiere hablar a la razón, confunde a la razón; el místico profundo que habla al corazón, se encuentra con la puerta cerrada de todos los corazones y su voz retorna al infinito de sí mismo. Por eso es, que la Voz de Cristo es, ahora, la voz que clama en el desierto.... un desierto de acero con simunes de fuego.....

Y de aquí, el derrumbe de la moral social, el desenfreno de todos los deseos concupiscentes y la muerte de todos los IDEALES del alma, que, en siglos pasados, la humanidad acariciaba con la esperanza de alcanzarlos. Ahora esos ideales supremos, que se llaman la Verdad, el Bien y la Belleza, se han hecho inasequibles ante el creciente empequeñecimiento del hombre, aplastado bajo la inmensa mole de la Torre babélica de su maquinismo, y se han convertido para él en ecos perdidos de palabras indescifrables. La Verdad, el Bien y la Belleza, son palabras que sólo se descifran con la clave esotérica que el alma guarda en su más profundo silo, y esta clave está perdida bajo las ruinas de todos los templos interiores. Estos Ideales son las tres estrellas guiadoras en el larguísimo Sendero, y cuando se pierden tras las nubes de tormenta, los caminantes marchan a ciegas y su meta segura es el abismo.

* * * * * *

He aquí a grandes rasgos, el mundo que ha sido creado al "FIAT" deletéreo del absurdo siglo que vivimos. Empero, si este mundo aparece como un caos de infierno ante la percepción de alguna alma que todavía no ha muerto, se presenta como un paraíso de espléndida belleza y grandiosidad sublime ante la mayor parte de los hombres, dominados por el siniestro hechizo que ha fantasmagoreado el materialismo científico.

¿Cómo pues, se atreve el autor de este pequeño libro, a presentar ante los ojos de sus contemporáneos unas páginas, a modo de novela, carentes de lo que es deleite y complacencia para cualquier posible lector?.... ¿Qué es una novela sin pornografía ni truculencia y, en cambio, saturada de un idealismo visionario que trasciende los límites de lo que diariamente vemos, oímos y palpamos?.... Seguramente que no es una novela de las que tanto gustan y se estilan en nuestra época, pero, por lo menos, es una fantasía que se mueve más allá de lo que los ojos miopes pueden percibir... Si esta fantasía es irreal, mil veces más irreal es esa "realidad" cotidiana, que nos hechiza desde que nacemos hasta que descendemos a la tumba, porque, preciamente, lo que se mueve entre los polos del nacer y del morir, es lo que siempre desaparece y, por consecuencia, lo más irreal...

La verdad es, que ésta es una novela de TRASFONDO, en la que se refleja la representación del drama humano, que, partiendo de la escena corriente, acaba por trascenderla, en busca del epílogo aún no representado. La novela común es un espejo donde se refleja la imagen grosera y grotesca y muchas veces feroz y hasta diabólica, del hombre que deambula en carne y hueso; muy contados han sido los que ven el TRASFONDO del espejo,

y ahí es donde está reflejada la verdadera y real imagen del Hombre....

Algo de esto ha tratado de novelar el autor de este libro. Sabe de antemano que muy pocos son los que puedan leerlo, tanto porque su nombre no está revestido del disfraz carnavelesco del "renombre", propio de los mercaderes de letras, consagrados en los obscuros antros de las "maffias" literarias oficiales, cuanto porque el contenido de estas páginas tiende a dignificar al Hombre y no a hundirlo aún más en las charcas de su animalidad. Quién busca oro y fama, sólo puede tomar en sus manos la pluma ensangrentada que envilece y mata el alma del lector. Quién, sobre el oro y la fama, eleva al Ideal Sublime de la dignificación espiritual del Hombre y pone a su servicio su mente, su corazón y su pluma, desecha al oro, que mata al alma, y menosprecia la fama, que obnubila la mente y ahoga los sentimientos más nobles del corazón. La codicia y la vanidad son las que se engrandecen con el oro y con la fama, y este crecimiento del monstruo, es lo que significa la apoteosis de los escritores que se adormecen entre las nubes de incienso de la ignorante adulación.

El que escribe movido por el noble anhelo de ayudar a sus semejantes en su marcha penosa de ascensión hacia el ESPIRITU, jamás procura la fama y mucho menos las riquezas. Obra independientemente de los frutos de su acción. Da de su corazón lo que su corazón contiene de riqueza espiritual, sin pedir recompensa alguna; si lo que derrama en el sendero es recogido por algún transeúnte, se siente recompensado con creces; si nadie percibe lo que siembra y si lo que siembra no germina, no por ello se acongoja, pues bien sabe que la semilla del Espíritu, Espíritu es, y no la destruirá la materia y su germinación se hará florescencia en los Jardines de la Eternidad.

El autor de esta obra, por ello mismo, nada tiene que pedir a los magnates del poder o del oro, puesto que nada podrán darle, ya que ellos son víctimas de la más triste pobreza; las arcas de sus corazones jamás han conocido el oro de la bondad ni los joyeles de la Sabiduría. Lo que pueden dar es sólo una limosna de su caudal de NADA. En cambio, el autor, a ellos mismos les ofrece la dádiva de su corazón, convertida en el ESPEJO donde pueden mirar la imagen de su miseria, pero también de su grandeza, en caso de que sean capaces de verla....

Y he aquí la esencia de este libro, que se presenta en forma de novela....

Pero, sin duda alguna, ninguno de los grandes del mundo, y acaso ninguno de los pequeños, se tome el trabajo de leer el conte-

nido de este libro. Los primeros no perderán el tiempo en leer fantasías de visionarios, porque los asuntos de su poderío, riquezas, placeres y bagatelas de su "gran mundo" se los impide, y los segundos, no encontrarán aquí el pábulo pestilente de sus pasiones... Y he aquí que todo esto, reviste a esta novela de un sentido de realismo que, aunque evidente en sí mismo, muy pocos lo aceptarán como tal.... Pero esta novela no es para mentes superficiales ni para corazones frívolos, sino para almas que anhelen resucitar de sus sepulcros y mirar más allá de las tinieblas entre las que deambulan.....

Sé que estas almas casi brillan por su ausencia en el mundo que vivimos, pero si alguna hay, para ella está destinado el mensaje contenido en estas páginas, y quizás entonces, sienta que Dios no ha muerto aún, porque El es la resurrección misma de toda alma...

El autor ruega al posible lector de estas páginas, perdone un prólogo tan largo, pero lo juzga necesario para el mejor entendimiento de lo que en seguida empezará a leer.

Abril, de 1969.

I

¡Ay de Vosotros los Ricos! . . .

Muy a pesar de que frisaba en los ochenta años, don Mateo se consideraba el hombre más feliz del mundo. La razón de esto residía en que durante la mayor parte de su vida había cosechado más de lo que hubiera previsto, aunque no más de lo que hubiese deseado. Según él, y. . . . según la casi totalidad de los bípedos humanos que pululan y pululan por todos los siglos sobre la haz de la Tierra. . . el único objeto de la vida de cada uno y de todos en general, es el de cosechar para colmar sus graneros; cuando estos graneros almacenan hasta el techo, afanosamente construyen otros, y si logran el mismo resultado, vuelven a entregarse a la misma tarea de construir nuevos. . . . y así durante todos los días de su mísera existencia. . . . Para todas estas gentes, el colmo de la felicidad está en proporción con el colmo de sus graneros, y la desdicha está medida por su escasez o su vacío. . . . Y, ¡claro está! . . . los graneros de don Mateo no sólo se habían llenado hasta los techos, sino que muchos habían sido levantados más allá de los muros donde descansaban por el rebosamiento de su contenido. . . Sin embargo, el corazón de don Mateo, de una cavidad infinitamente superior a la de sus graneros, aún no se sentía lleno y ni mucho menos colmado. . . Esto significaba la única nota discordante en la armonía de su felicidad. . . y, claro está, que esa nota nunca dejaría de sonar, puesto que era la voz de una codicia, que, por insaciable, bien se pudiera calificar de infinita. . . .

Y se daba la antinomia de que el hombre que se sentía casi el más feliz de la Tierra, por ver colmados sus graneros, en su interioridad anímica se consideraba el más desdichado de todos por

no tener tantos graneros como él deseaba.... ¿Y qué número de ellos sería necesario para colmar ese deseo?.... Evidentemente que no habría número posible, supuesto que, siendo infinito su deseo de posesiones, el número de graneros debería también de ser infinito para colmar su deseo, pero por ser infinito, dejaba de ser número, y por lo tanto, no podía existir ningún número posible para llenar el infinito vacío de sus deseos... Evidentemente, don Mateo, sin que él lo supiese a ciencia cierta, era el más desdichado de los mortales. Tal era la evidencia que sentía en su conciencia más profunda, aunque en las capas superficiales de la misma se sintiese el más dichoso de todos....

Y esta antinomia viviente es la que llevan casi todos los hombres en las alforjas de su Psiquis. El Mateo de mi cuento se multiplica y se ha multiplicado siempre en prodigación diluviana por toda la superficie de este corpúsculo cósmico que llamamos Tierra.

Nada extraño es, pues, que yo me haya encontrado con este tipo universal en la persona de don Mateo, el casi octogenario, pero el más opulento de toda la comarca, donde la ley del Destino me hizo aparecer revestido de un cuerpo físico que muy poco le falta para alcanzar la provecta edad de don Mateo, el hombre más feliz y, al propio tiempo, más desdichado de la Tierra.... ¿Verdad que el llamado principio de contradicción no tiene la validez absoluta que muchos le atribuyen?.....

....Y lo más admirable de todo es que los conterráneos de don Mateo lo envidiaban y, por envidiarlo, lo detestaban.... Era propietario de grandes extensiones de tierra; las principales negociaciones de la comarca pertenecían a don Mateo; no había giro comercial o pequeña industria donde don Mateo no estuviese presente en la omnipresencia de Mammón y no había hombre alguno de la comarca que no fuera, en mayor o menor grado, deudor de don Mateo, ni menesteroso alguno que no maldijese a don Mateo, sea porque el autor de su miseria fué el propio don Mateo o fuese porque don Mateo, invariablemente negaba cualquier socorro, por insignificante que fuese, a cualquiera que tuviese la desdichada ocurrencia de pedírselo....

¿No es verdad que de esta clase de Mateos está colmado el desdichado mundo que habitamos....

¡Bah!.... Pero ya sabemos quién era don Mateo y cuáles eran sus deseos, sus voliciones, sus actos y sus sueños; preciso es ahora saber cómo pensaba, aunque por anticipado nos es dado deducir sus pensamientos por el boceto social y moral que de él hemos hecho. Esta clase de gentes se produce en todas partes, y no precisa ser "buen psicólogo", como ahora se dice pedantescamente, para trazar el cuadro de sus pensamientos....

* * * * * *

Bien.... pero el hecho es que un buen día, hizo su aparición en la sede feudal de don Mateo (entiéndose: el pueblo donde residía) un exótico personaje, que en nada se parecía a los habitantes de aquella comarca y menos aún al gran señor que la regía con el cetro de oro de Mammón....

Se trataba de un recién llegado; un tipo enjuto del rostro y espigado en estatura que.... acaso por sólo estos rasgos, se nos antojaría encontrarle semejanza con el clásico don Quijote del buen Cervantes, y más se la encontraríamos al ir reconociendo en él un redivivo caballero andante del siglo XX, pero sin rocín, ni laza, ni escudero.... su antítesis escuderil faltaba en absoluto.... No obstante ello, se adivinaba en su rostro enjuto y cetrino, el mucho batallar, caminar y aventurar por los abruptos senderos de este siglo, donde, a cada paso, se encontraba con vestiglos y endriagos de acero, mil veces más pavorosos y amenazantes que los molinos de viento con los que se topó el encantador manchego cervantesco.... ¿Y cómo saldría de esas batallas?.... No es fácil adivinarlo a simple vista. Sería preciso oirlo hablar y verle actuar....

Un día de esos, nuestro exótico personaje, que frisaba en el medio siglo, sin previo anuncio, se hizo presente en la oficina de don Mateo, mientras éste se ocupaba en revisar un montón de documentos, que, como es de adivinar, representaban grandes sumas en dinero, ya depositadas en los bancos, en sus numerosas arcas (graneros de su cosecha) o en los bolsillos de sus innumerables deudores, en cuya cavidad no podían reposar siquiera la siesta de una hora....

Don Mateo no esperaba tal visita, y al percibir a aquel intruso espigado y enjuto y con un rollo de papeles en una de sus manos, no hizo sino fruncir el fiero ceño de gorila y abrir la gruesa boca para lanzar de su obús interior una descarga mortal.... Pero la palabra anatematizadora y maldiciente se quedó helada en su boca, por haberle ganado en tiempo la voz de su visitante:

—¡Buenos o malos días para usted.... no lo sé....! Pero heme aquí!.... Esta visita no la esperaba usted.... Sin embargo, lo imprevisto llega!.... ¿Me mira usted con extrañeza? .... Lo comprendo, puesto que ignora quién soy y cuál es el objeto de mi visita.... Pero tranquilícese, pues le aseguro que no pasará mucho tiempo sin que usted salga de dudas.... Entre tanto, escúcheme.... No me tema; su mirada se desparrama pávida sobre mi rostro y figura; soy para usted un completo desconocido y adivino que Ud. cree, en estos momentos, que se las ve con un espectro... Quizás tenga razón, y por lo pronto no me tomaré el trabajo de sacarlo de esa duda.... ¿Cree usted

en los aparecidos?.... No me importa su respuesta, pero la verdad es que Ud. se encuentra con una entidad que no esperaba, que no conoce y que quizás no llegue a conocer.... Pero haga a un lado su estupor y departa tranquilamente conmigo por unos momentos.... Vea usted; he tomado asiento cómodamente a su lado. Ahora escúcheme con mayor atención. Mire usted, he hecho un viaje muy largo para fin de encontrarlo a Ud..... Sé cómo se llama, la edad que tiene, las riquezas que posée, lo que ha hecho para adquirirlas, el uso que ha hecho de ellas y... lo que es más grave para usted el uso que las mismas han hecho de usted y harán en su futuro ¿Su futuro, digo?... ¿Sabe a qué he venido?

A anunciarle que su futuro aquí abajo está por terminar . ¿No se ha dado cuenta que ese reloj de arena que está sobre la más grande de sus arcas de tesoro ya está por agotar la arena de su parte superior?....

Hasta entonces pudo hablar don Mateo, con una voz ahogada por el pavor:

—¿Cuál reloj?... Yo jamás he tenido ningún reloj de arena... ¿Quién es usted?... ¿por qué me habla con ese extraño lenguaje?...

¿—Vuelva su cabeza hacia atrás y verá el reloj, próximo a finalizar la hora de su vida terrestre... ¿Lo percibe?

—¡Oh!... ¿qué esto es un arte de magia?... Jamás había visto ese reloj... ¿Usted lo trajo?...

—Ciertamente, es el regalo que traigo para usted.

—¡Bien! —repuso don Mateo con una voz ya más sosegada, queriendo adivinar en su extraño visitante, una broma amable de algún viejo amigo, cuya fisonomía hubiese olvidado— Ya lo veo; reconozco en Ud. la amable sutileza para presentarse, tras muchos años. a un viejo amigo que no ha olvidado... Creame!... quiero reconocer en usted los rasgos de...

Sí..: Tiene usted razón... los rasgos del único amigo que ha tenido en su vida, pero que nunca ha visto en su presencia... ¿Sabe usted quién soy?... Se lo diré, aunque no lo entienda; soy un poeta ignorado que ha escrito una magnífica epopeya, que, cuando usted la conozca se asombrará de su grandeza, porque en ella se canta aquello que usted más ama en el mundo; cuando la conozca, sin duda su amor por el objeto hacia el cual se proyecta, acrecerá hasta lo infinito, pero una vez que conozca esa epopeya escrita, el reloj dejará caer en su parte inferior el último grano de arena... y .. su vida.

—¿Qué quiere usted decirme?... ¿qué será de mi vida?...

—No me lo pregunte, pues que el futuro de todas las cosas sólo se descifra en su preciso suceder...

Don Mateo siente un escalofrío por todo su cuerpo; fija su vista en el reloj de arena, y ahora, sobre él percibe la figura de un Cristo con los brazos extendidos, pero no crucificado, sino más bien en signo de actitud profética y severa. Esto le asombra más aún, pues no recuerda haber puesto sobre la más grande caja de sus caudales ninguna figura de un Cristo semejante, y vuelve los ojos hacia su visitante en demanda muda de respuesta.

—¿Se asombra usted?... ¡oh señor!... Ese Cristo siempre ha estado ahí...

—!Ah!... lo comprendo... ¿cómo guardián de mis caudales? ¿no es verdad?...

—Quizá se engañe usted!... Está para actuar, una vez que el último grano de arena caiga en el recipiente inferior...

—Actuar!... ¿en qué forma?...

—En la forma que usted ha querido; su vida es el índice del juicio... ¿lo ha comprendido?...

—No ciertamente... ¿qué tiene de malo mi vida?... Yo no he hecho sino lo que cualquier ser humano hace cuando las circunstancias le son propicias... ¿Es malo enriquecerse?... ¿No es el derecho inalienable de todos? ¿Existe acaso otro fin más alto en la vida?... ¿Puede haber mayor felicidad en este mundo que la de saberse poseedor de grandes riquezas, adquiridas a golpe de tenacidad, astucia y carácter?... ¿Quién podrá condenarme por haber acumulado montañas de oro?... Los únicos que me execran son los incapaces en la lucha por la existencia, y esto lo hacen no porque condenen la riqueza ni el oro les sea odioso, sino porque son impotentes para adquirirlo...

—Bien... pero ¿qué dirá esa figura que acaba usted de ver sobre el reloj de arena?...

—¡Ah!... ¿se refiere usted a Cristo?... Pues vea usted; yo soy un ferviente cristiano; creo en su doctrina y practico sus preceptos... ¿por qué me habría de condenar?...

El exótico visitante clavó en el rostro de don Mateo los dardos de una mirada fulminante y replicó:

—Cristo dijo al través de Jesús el Maestro: "¡Ay de vosotros los ricos!... Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entrar al Reino de Dios!..." Si usted es rico, como lo reconoce, de antemano está condenado por Cristo... ¿Y cómo Cristo condenará a quien ha seguido sus enseñanzas?...

—No trate usted de confundirme... Yo soy cristiano, y es lo único que puedo decir.

—Podrá llamarse marxista a quién niegue las enseñanzas de Marx y hable y obre contra su realización?

—¡Ah!... ¡Ah!... ¿a esas vamos?... Me está planteando usted un problema de actualidad... Mire usted, yo soy anti-marxista en todos los aspectos...

—Lo comprendo, señor, y dice usted una verdad, supuesto que habla y obra contra todo aquello que signifique teoría y práctica del comunismo actual... Pero si usted habla y obra contra las enseñanzas del Evangelio Cristiano, ¿cómo podría llamarse cristiano?

—¡Bah!... ¿y por qué cree que yo hable y obre contra la enseñanza de Cristo?...

—¿No ha acabado usted de decir que el oro es el máximo bien de la vida?... Y por otra parte, ¿no es que la misma palabra evangélica afirma que "nadie puede servir a dos señores"... o sea, que nadie puede servir a Dios y al propio tiempo a Mammón... ¿A quién sirve usted?...

Don Mateo se siente confundido y sólo acierta a contestar:

—Es que el oro me sirve a mí y me ha servido siempre... yo no lo sirvo a él, sino él a mí...

—¿Ama usted sus riquezas?...

—Evidentemente, puesto que son el fruto de mi trabajo de muchos años.

—¿Ese trabajo a qué fin se ha encaminado?

—La respuesta ya la he dado... a adquirir riquezas...

—Usted lo ha dicho!... ¿y no es igual consumir la vida física en el trabajo por acrecentar riquezas a servir a las mismas?

—Quiero convenir en ello... pero esto, con el fin ulterior de que las riquezas, después, lo sirven a uno.

—Su lógica es buena, pero sería cristiana, si una vez alcanzado ese fin, pusiese usted sus riquezas al servicio de sus semejantes... ¿lo ha hecho?...

—Evidentemente!... puesto que mis industrias, tierras y demás empresas dan de comer a mucha gente...

—¿Y esa gente recibe, en cambio, un salario que pueda cubrir íntegramente sus necesidades personales y las de sus deudos?...

—Eso no lo sé... yo les pago por lo que hacen...

—O por lo que usted cree que vale su trabajo, ¿no es así?...

—No puede ser de otro modo.

—Pues querido amigo, para que sus salarios fueran CRISTIANOS, sería necesario que los otorgara no según lo que usted cree que vale su trabajo, ya que su arbitrio no puede obrar imparcialmente, sino conforme a todas sus necesidades humanas, y habría que comenzar por designar a su trabajo cotidiano el tiempo preciso y justo que no perjudicase la salud del que trabaja, ni fuese agotando sus fuerzas más allá de los límites naturales. En segundo lugar, conceder a ellos el derecho a vivir como usted cree vivir más cómodamente, o sea, que debe desear para ellos lo que usted desea para el bienestar de su persona y de los suyos y deparar los medios adecuados para que alcancen la realización de esos deseos... Si usted vive en mansión cómoda e higiénica, ellos tienen el mismo derecho; si usted viste y se alimenta bien, ellos deben hacer lo mismo, y si usted tiene medios para qu los miembros de su familia vivan según sus necesidades y realicen sus justas apiraciones, esos mismos medios debe de poner en manos de los que trabajan en sus tierras, fábricas y empresas... Si así lo hace, entonces tendrá usted razón en decir que el Oro lo ha puesto a su servicio...

¡Oh!.... ¡Oh!.... ¿pero qué ha dicho usted?.... eso sería repartir mis riquezas a los demás, y he dicho que el oro lo tengo para mi servicio y no para el ajeno...

—Entonces, el oro es el instrumento que sirve a su egoísmo, y entre ambos se ha firmado el pacto de un mutuo servicio; gracias a su codicia, que es el aspecto esencial del egoismo, usted ha adquirido riquezas, poniendo sus esfuerzos al servicios de ellas para acrecentarlas, y gracias a sus riquezas, su egoísmo se agiganta día a día... ¿Quién es el señor y quién el vasallo?... Si usted no puede hacer con su dinero otra cosa que servir a su egoismo, no hace, por lo mismo, otra cosa, que obedecer a los dictados que la misma riqueza le impone... En consecuencia, siervo y señor son una misma cosa... Y usted se ha convertido en una roca de oro, que obstruye la entrada al Reino del Espíritu, que es el Reino de Dios... ¿Acaso el codicioso y egoísta opulento es capaz de mirar, siquiera, hacia las profundidades de ese Reino del Espíritu, donde impera el Amor, la Verdad, y la eterna Belleza...?

—Yo no entiendo nada de ese Reino! —replicó el anciano avaro.

Y ni entenderá jamás... y si jamás entiende, jamás entrará a él.

—Después de todo, nada me importa...

—Pero... ¿y el reloj de arena?...

¿Qué?... ¡Oh! ¿para qué me trajo ese obsequio?...

¿Y el Cristo que está sobre él con los brazos extendidos hacia usted... y no ciertamente en ademán de bendición?...

Bueno!... Bueno!... ¿qué significa todo esto?

—¿No advierte que la hora de su vida terrestre toca a su fin?...

—¿Una hora, solamente?...

—Cada año, en ese reloj, equivale a un minuto o menos... La hora tiene sesenta minutos... ¿Verdad que usted ya los sobrepasó?..

—¡Es verdad! —contestó Mateo aterrorizado.

—Eso quiere decir que su hora se ha prolongado más allá de su ritmo ordinario... Pero este sobrante extraordinario ya no podrá prolongarse más allá de medio minuto o acaso menos... Vea usted que el último grano de arena ya casi llega al orificio por donde ha de pasar, para caer después en un reloj que no tiene horario... Ese último grano es su último paso, que, por lo mismo, ya está pisando el umbral de la entrada a un Reino desconocido... ¿Nada le importa ese Reino a cuyo pórtico ha desembocado la marcha de su vida?...

—¿Eso es la muerte? —preguntó aterrorizado.

—La muerte es ese paso fatal; nadie evita darlo; y el siguiente paso es sobre un sendero que puede ser abismo... ¿Podrá usted cargar con sus riquezas, para establecer su imperio áureo al otro lado de esta frontera que divide el reino de lo conocido del Reino de lo Desconocido?...

—¡Ah!.. ¿he de dejar abandonadas las riquezas que acumulé con los afanes de tan larga vida?...

—Si puede cargar con ellas no las abandonará; pero lo lamentable es que no hay otro vehículo que el ataúd, dentro de cuyas estrechas paredes y sombría cabida no hay lugar para tanto oro y ni usted será capaz de hacer uso de él, a menos que las larvas que devorarán su cuerpo se pongan al servicio de su voluntad... pero ¿dónde estará su voluntad entonces, querido amigo?...

—¡Horror!... ¡qué absurdo el de la muerte!... ¿y nada más para eso nacimos?... Pero ¿y el otro Reino del que me habla?...

—Usted dice ser cristiano, y por ello deduciré que alguna vez entendió lo que Cristo habló acerca de él...

—¿Pero si los ricos no podemos entrar?

—De todas maneras transpondrán el umbral del reino de la Muerte...

—¿Y allá?... ¿qué es eso?...

—Inútil es fantasear, querido amigo, acerca de lo que sea o de lo que no sea; lo evidente es que todos, sin excepción, hemos de salir de este reino que llamamos vida, para entrar a ese otro reino que llamamos muerte, y si rige en el Universo una Ley inflexible y perfecta, que, como es de rigor, habrá de tener vigencia en el mundo moral, entonces, mi querido amigo, cada uno de nosotros entrará a ese Reino desconocido, cargado con las alforjas de la cosecha que en este mundo haya recogido como resultado de su siembra... Así, por ejemplo, usted sembró durante muchos años, para cosechar oro... Justamente, con esa cosecha transitará por el reino de lo Desconocido, sólo que, en ese Reino, lo cosechado no tiene el valor que aquí le concedemos, sino el que la Ley de la Justicia Perfecta le ha asignado... Y si el oro aquí recogido es el fruto de buenas acciones, o sea que se nos ha entregado en pago del bien y de la felicidad con la que hemos colmado a nuestros semejantes, entonces, en aquel reino, aquel oro se convertirá en un reguero de estrellas de dicha y luz para nosotros, puesto que tal significó su esencia moral, pero si ese oro condensa en su brillo áureo el hambre, la miseria, el sufrimiento y la opresión de nuestros semejantes, entonces ¡claro está! que la Ley de la Justicia lo habrá hecho germinar en flores negras de sufrimiento para quien, de esta manera lo haya cosechado; y, resumiendo, diré, que si la riqueza que aquí poseemos fue instrumento de dicha para nuestros semejantes, lo será centuplicada para nosotros más allá del UMBRAL, porque hemos de cosechar lo que sembramos y recibir lo que dimos; pero si por el contrario, por medio del oro, sembramos en nuestro sendero hambre, miseria, sufrimiento, dolor y desdichas para nuestros semejantes, transubstanciando en el oro su sufrimiento, sus lágrimas, su sudor y u vida, entonces, la fructificación de esa siembra no se dejará esperar y, seremos nosotros y nadie más que el sembrador, quién tenga que recolectar el fruto de dolor que sembró... Y vea usted que el reloj ya está agotando su arena ...y vea usted que los brazos del Cristo, se extienden hacia lo alto, como llamando a su poder el imperio de la Ley de la Justicia Universal y perfecta, para aplicar de ella lo que corresponde a su vida, que no tardará en extinguirse... Así es, querido amigo, que este es el objeto de mi visita... Y para que se divierta un poco en el breve instante que le queda de vida, pongo en sus manos este rollo de papeles, donde he escrito la gloriosa EPOPEYA de lo que usted más ha amado en este mundo... Una vez que lea todo su contenido, se

dará cuenta del valor de su COSECHA, y según sean los sentimientos de su alma, podrá ver en el Cristo que está sobre el reloj, el signo que la Justicia Inflexible e Incorruptible le haya dictado como sentencia final para su vida que... no tarda en extinguirse... ¡Adiós!..

Sin esperar más, aquel incógnito personaje salió del aposento de don Mateo, y éste, posesionado del terror del misterio, cogía en sus manos el manuscrito que se le había dejado y que, como obligado por una fuerza ineluctable, se vió forzado a leer esa noche a la luz vacilante de una lámpara, que casi se extinguía, como su propia vida decrépita... He aquí el contenido de ese manuscrito:

II

La Epopeya del Oro

Por uno de estos senderos modernos, por donde fluye en incesante y vertiginosa carrera la sangre de la humanidad, transformada en fuego y crepitando en entrañas de acero mecanizado, viajaba en un carruaje veloz un opulento señor del oro, joven aún, cuyo corazón latía al ritmo de todos los deseos y se abrasaba en el fuego de todas las concupiscencias. El raudo y elegante carruaje, correspondiente al "último modelo" de las marcas más costosas de automóviles, parecía que volaba, más que correr, por la interminable y tortuosa carretera, que serpeaba evanescente entre gargantas voraces de montañas. La ciudad de su destino, una de las más populosas del orbe, aún distaba muchos kilómetros, y el inquieto viajero consultaba a menudo su reloj de oro, temeroso de que el minuto de su cita en la ciudad adelantase en velocidad a su carruaje.

—¡Más de prisa!... ¡Mucha más velocidad! —exclamaba con inquietud imperiosa al oído del conductor del vehículo, sin prever los innumerables precipicios, a cuyos bordes serpeaba la larga y sinuosa carretera y a cuyo fondo se habían precipitado muchos carruajes por la inquietud de su carrera.

Atardecía, y el viajero estaba más temeroso, cada vez, de no llegar a la ciudad monstruosa a la hora precisa de su cita con Afrodita y Mammón. Aún restaban muchos kilómetros y el sol iba ya descendiendo, con sus blasones de triunfo de luz, a los reinos de oro y púrpura del ocaso. El sendero serpenteaba peligrosamente, bordeando los costillares rocosos de las cordilleras, cubiertos en parte por ropajes desgarrados de vegetación, que se extasiaban en el arrobo perpetuo de una contemplación cósmica.

De pronto, entre un denso bosque, que apareció de súbito, como cortando bruscamente la sinuosidad de la tersa carretera, fulguró una extraña luz, que pareció al viajero una eclosión inesperada de lampos crepusculares, filtrándose en el hueco de tímidas arboledas, pero a medida que se acercaban, aquella extraña luz adquiría más esplendor, al propio tiempo que la penumbra violácea del atardecer iba atenuando los moribundos rayos del poniente. Por otra parte, el conductor del carruaje, muy a su pesar, se vió obligado por la presión de un invisible poder a disminuir la velocidad, pareciéndole que tras aquella luz se abrían las fauces de un insondable precipicio. El opulento señor, impaciente, gritó frenético:

—¡Bestia!... ¿por qué vas tan lento?

—Lo ignoro, señor; os ruego que tengáis paciencia, porque me ha deslumbrado una extraña luz y no puedo ver las curvas del camino. Además, creo que hay algún desperfecto del motor.

—¡Maldito seas!... Ya deberíamos haber llegado... y este retraso me será fatal!

Cuando el conductor del carruaje iba a descender para inspeccionar la máquina, súbitamente se quedó anquilosado al ver que la luz que lo deslumbraba se iba haciendo más radiante, hasta que, en medio de ella, se fué perfilando una figura de indescriptible majestad y belleza. Los últimos fulgores del crepúsculo se habían desvanecido y el inmenso paisaje parecía haber sido devorado por las sombras de la noche, pero la luz que surgía iluminaba vivamente los contornos del derredor y en su centro se iba animando una figura de forma humana, de una transparencia radiante, como la de una aparición celeste. Ambos personajes se paralizaron de asombro, creyéndose víctimas de una inexplicable alucinación. Les pareció en seguida ver perfilada la figura de Cristo, sólo que, en esta vez, llevaba en sus manos una a modo de lira, con cuerdas de oro estelar, mientras que a sus espaldas se trazaba sutilmente la forma de una cruz, como dos inmensas ráfagas luminosas, que, entrecruzadas, perdían sus extremos en horizontes opuestos y en cenit y nadir. Ni el señor ni el criado pudieron articular palabra alguna, pero en la anquilosis de su silencio, escucharon una voz de imperiosa majestad, que interrogaba al primero:

—¡Joven rico! ¿Hacia dónde vas?...

El interrogado, sin saber si contestaba con la boca o con la mente, creyó hablar, interrogando a su vez:

—¿Quién eres tú?...

—¿No me conoces? —habló la sublime aparición con el timbre de una musicalidad cósmica— Hace dos mil años que te hablé por

mis labios corporales, invitándote a venir por mi Sendero hacia el Reino del Padre, pero desoíste mi llamado, porque el imán de tu riquezas fué para tí más poderoso que mis Palabras de Vida.

El opulento joven de hogaño, siente surgir entonces, de lo más profundo de su ser, como la conciencia de una lejana vida, dormida siglos ha al arrullo de las ondas del Leteo, y en ese momento siente en su personalidad la transfiguración del Joven Rico del relato evangélico, a quién el Maestro ofrecía el Tesoro Celestial a cambio de la renunciación a las riquezas terrestres. Le pareció que por segunda vez le hablaba el Maestro, a quien había desoído en una existencia remota.

—¡Ah! —exclamó con una voz que parecía surgir de una tumba de siglos— ¿Y qué quieres ahora de mí?...

Pero el Maestro sólo le preguntó:

—¿Qué contienen los fardos de tu carruaje?

—Algo del oro de mis grandes riquezas, Señor!

—¡Oh Joven rico de todos los siglos!... Una y otra vez y mil veces más, has desoído mi invitación al Reino de la Verdad y de la Dicha, porque la roca del oro tiene adherida tu alma a su propio cuerpo inerte, y esa roca obstruirá siempre la entrada a la Puerta que conduce al Reino de Mi Padre!... ¡Ay de vosotros los ricos, que jamás podréis franquear el umbral de esa única Puerta de salvación!... Por lo cual, es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entrar al REINO!

El joven, aterrorizado ante la majestad divina del Maestro, no acierta siquiera a comprender sus palabras, mientras que el Maestro prosigue:

—Sé que eres ahora uno de los más opulentos banqueros de este tu siglo XX y que sobrenadas en un lago de oro. En el oro tienes tu corazón, tu ideal, tu vida y tu dios, y jamás has comprendido que es tu cruel tirano, que ahora, como todos los días, te arrastra en loca carrera tras de sus dádivas y hechizos, haciendo de tu alma, un abismo sin fondo de codicias y de tu corazón un torbellino impetuoso de deseos... ¿Puedes concebir peor esclavitud?... Y ahora dime por qué anhelas llegar tan presto a la ciudad?

—Señor! mis intereses así lo reclaman.

—No sólo eres esclavo del oro, sino del ajetreo tiránico de la carrera de tu siglo y del ardor de las concupiscencias. ¿Ignoras, insensato, que a pocos pasos de este sitio te esperaba un abismo para devorar la carroza veloz de tu viaje febril?...

—¿Qué?... ¿acaso iba a perecer?...

—A siete pasos de este sitio se abre lo que hubiera sido tu tumba, si mi presencia no hubiese detenido tu loca carrera. He veni-

do por segunda vez a salvarte de la muerte eterna; pero si HOY desoyes mis palabras, te devorará el abismo, donde perecen para siempre las almas esclavas del oro y de la carne. Prosigue tu frenética carrera, si así lo quieres, sabiendo ya lo que te espera, o bien, obedece ahora mi mandato, para que conozcas la esencia y contenido de ese dios-oro, a cuya adoración has consagrado las mil y mil vidas de tu estéril existencia, que, como serpientes de interminables anillos, se desliza entre los siglos. Este es el momento capital de tu resurrección o de tu eterna muerte. ¿Qué decisión tomas?

—¿Qué quieres que haga, Señor?

—¿Escucharás Mis Palabras?

—¡Oh! ahora te obedeceré.

—Pues bien, desciende de tu carruaje y ordena a tu criado que deje en el suelo del sendero los sacos que contienen el oro que llevas.

—Así lo haré, Señor!... ¡Ea, criado mío! ejecuta presto el mandato.

Y en seguida, el conductor del carruaje, como un autómata, arroja al suelo, desde el interior, numerosas talegas repletas de oro, cuyas monedas expresan gran valor en el mercado ilusorio de la riqueza. Tanto amo como criado se paralizan estupefactos, sin comprender el porqué de aquel mandato. Luego dice el Maestro:

—Ahora podrás ver el contenido real que subyace en todas y cada una de esas monedas, orgullo de tu vida y pábulo de tus concupiscencias.

En seguida, el Maestro, con divina voz impera:

—¡Oh miserables instrumentos del mal, tan codiciados por los ignorantes mortales de la Tierra! os mando que reveléis el secreto que encerráis y la historia de vuestras inconscientes y perversas hazañas, para que vuestro dueño se complazca y deleite en los cantos de vuestra epopeya.

En seguida, y con gran asombro del dueño y del criado de aquellos oros acuñados, los sacos que los contenían se convirtieron en humo, y todas las monedas, en su mayoría áureas, quedaron regados por el suelo, en tanto que, de una de ellas se levantaba una lengua de fuego azuloso y rojizo, a manera de llama de cementerio.

—¡Hablad! —volvió a imperar el Maestro.

—¡Qué horror! —exclamó la lengua de fuego— ¡qué vergüenza y que baldón para mí, verme obligada a relatar mi baja y vil historia ante el Supremo Maestro de los hombres, el más puro de todos los seres humanos y el más divino de los Maestros! Pero ante su ineluctable mandato no puedo sino revelar mis vergonzosas aventuras. Hablaré pues. Escuchadme. Cuando yo era un mineral dormido en el seno natural de la tierra, y en cuyas entrañas la divina Alquimia del Poder Creador trabaja insensiblemente, yo sólo era un ensueño de maravillosa transformación, en que las materias más groseras, a manera un de crisol

mágico, se iban trasmutando para elaborar mi resplandor, al impulso incesante de átomos y moléculas movidas por lo omnipotente Sabiduría del Espíritu; entonces yo gozaba de la inocencia de todas las cosas naturales, al arrullo del Canto de Cuna de la Madre Universal, sin que nadie hubiese maculado mi escondida belleza. Pero hubo un día, en que mi cuerpo fué extraído del seno de la madre por manos humanas, y por obra del fuego hube de descubrir mi esplendente desnudez áurea, tan brillante así, que fascinó a los que pulían mi cuerpo mineral. Después, nuevamente abrasado por el fuego fuí convertido en un cuerpo redondo y plano y a ambos lados me grabaron extrañas inscripciones, cuyo significado yo ignoraba, pero por ellas mismas, yo fuí frenéticamente codiciada por muchos. Se dijo de mí que mi valor era muy grande en el mercado. De esta suerte, y gracias a esa funesta inscripción, iluminada por el brillo natural de mi cuerpo, una vez que salí transformada de la casa de moneda, anduve de bolsillo en bolsillo de acaudalado, ignorando aún el papel que me hacían desempeñar, hasta que, por obra de tanto ajetreo, hube de adquirir cierta conciencia de mí misma, y eso fué, cuando me ví encerrada, en unión de otras muchas compañeras mías, con iguales o parecidas inscripciones, en la cárcel sombría de una enorme caja de acero. Esta caja se abría varias veces, y yo y mis compañeras veíamos a un hombre viejo, calvo y obeso, que nos contemplaba con mirada de adoración extática; nos acariciaba a todo momento con una fruición de ridícula ternura y no pocas veces acababa por arrodillarse ante nosotras, con un semblante de devoto idiota. Me dí cuenta que sobre la enorme caja de nuestra prisión y sostenida por una peana, se erguía una figura metálica de un hombre crucificado, que, según mi poseedor, era tu misma imagen, oh Divino Maestro! representando el sacrificio de tu redención para todos los hombres. Creímos de pronto que nuestro avaro dueño, cuando caía de hinojos, lo hacía en actitud adorativa ante tu imagen crucificada, pero hubimos de darnos cuenta que no era a Tí a quien adoraba, sino al conjunto de todas nosotras, donde verdaderamente residía el dios de su adoración. El se decía cristiano devoto, pero cuando contemplaba nuestro brillo se deslumbraba, olvidándose de Tí, y si acaso te dirigía alguna plegaria, era sólo para pedirte que nos multiplicases por obra de tu poder taumaturgo, teniéndote por proveedor y guardián de su tesoro. Me acuerdo que un día se dirigió a Tí, increpándote, porque según él, no le habías prestado ayuda en uno de sus más infames negocios de usura, y enfurecido porque no había alcanzado las ganancias que pensaba, cogió con furia tu imagen crucificada y la arrojó al suelo con fuerza, exclamando: "¿De qué sirves, pues ¡Oh Cristo! si no atiendes a mis demandas? ¿Por qué algunas veces me niegas el oro cotidiano que te pido?... ..Y en seguida, derramando gruesas lágrimas, se prosterna ante nosotras y exclama: "¡Oh precioso oro, el más excelso don del cielo y de

la tierra! sedme siempre propicio. Multiplícate cada día más, hasta que llenes, y reboses después de los límites de esta espaciosa habitación. Tú eres el verdadero dios en quien creo y al cual adoro!"... Pero ¡ay! que esa misma noche, los ladrones asaltaron la mansión de nuestro amo; lo apuñalaron, forzaron la puerta de nuestra prisión y nos llevaron con ellos. Tu imagen crucificada, que yacía en el suelo, se tiñó con la sangre de nuestro amo asesinado, y los ladrones en su forcejeo, la pisotearon repetidas veces... Después de este trágico suceso, yo fuí a dar a las manos de una vieja prostituta, que se ocupaba en sobornar doncellas por la magia del oro, para abastecer sus casas de mancebía, y, a cambio mío, una hermosa doncella fué entregada como regalo a la lujuria de uno de los asesinos. Poco después, yo fuí a dar a las manos de un mercader de telas de seda, a cambio de atavíos para la doncella corrompida, y de esta manera, una de mis más brillantes hazañas hubo de epilogarse en la tragedia interior de un alma que, sin mi hechizo, hubiese quizás cumplido con la misión de la fecunda y noble maternidad... pero ¡ay! que el primer fruto de su deshonra se malogró en la consumación de un infanticidio oculto. Tras de ir, después, de bolsillo en bolsillo, desempeñando misiones tan viles como las que relato, fuí encerrada en las arcas de un banquero, que es mi actual poseedor y que ahora, en compañía de muchas otras que yacen en el suelo, íbamos destinadas a desempeñar un papel semejante, puesto que nuestro amo había sido invitado a la ciudad a una bacanal infame, donde se venderían vírgenes bellas al mejor postor... y es de dudarse que hubiese otro más liberal que nuestro dueño para adquirir este clase de mercancías. También, algunas de mis compañeras llevaban la infame misión de corromper magistrados del tribunal, a fin de que fallasen a favor de los tortuosos juicios que siempre sigue, para despojar a otros de sus propiedades... He aquí algo de mi vil y vergonzosa epopeya...

Cuando acabó de hablar, el Joven Rico enrojeció confundido y no hizo sino bajar la vista, para darse cuenta que la moneda que lo delataba, se consumía en su propia lengua de fuego, devorada por la sombría ilusión de donde procedía.

* * * * * *

Tras de esto, otra de las áureas monedas, también de gran valor, levantó su lengua de fuego, para expresarse de esta suerte:

—Yo recorrí también una historia tan vil y perversa como la de mi compañera que se acaba de extinguir. Tras de salir de la casa de moneda, fuíme a agetrear por el mercado de cambios, y mi primera hazaña fué la de haber pagado el precio de un revólver, cuyo poseedor, cometió un homicidio con ese mismo instrumento de muerte, impulsado por la funesta pasión de los celos. Quitó la vida a un presunto cortejante de su esposa, que por cierto, era hermosa, y en

seguida acribilló también a la dama, creyendo que le había dado muerte. Cayó en manos de la justicia y después, sentenciado a muerte, mientras que yo, causa ocasional de aquellas tragedias, dormía indeme, codiciada y casi adorada, en las arcas del opulento vendedor de armas. Poco tiempo después, la esposa del sentenciado, que había logrado recuperarse de sus mortales heridas, hizo amistad, aparentemente casual, con mi poseedor, y éste, comenzando por la amistad, llegó a la seducción, y gracias al hechizo de mi brillo y de otras compañeras más, rindió la fortaleza de la aún hermosa viuda, y se convirtió en una de sus concubinas. Mi siguiente hazaña fue del mismo tenor, porque yo fuí a dar a las manos de un pisaverde galante, que también cortejaba a mi poseedora. Mi brillo fascinó las miradas famélicas de una pobre y desvalida doncella, apenas adolescente, que la crueldad del egoísmo humano había condenado al abandono y a la miseria. Aún tenía madre, pero ésta, enloquecida también por la pobreza, de buen grado cedió a su hija a cambio de mi infame sonrisa áurea. Cuando murió la madre, la doncella corrompida se apoderó de mí, que estaba guardada como el más preciado tesoro. Después, la desventurada hubo de ingresar a un prostíbulo, y en una noche de orgía obligada, danzó con un rufián frenéticamente; yo, que estaba guardada como relicario en su pecho mancillado, me desprendí y rodé por el suelo; el rufián me advirtió, dejó a su compañera y fué tras de mí, sorprendiéndose del gran valor que yo representaba. Cuando mi dueña se dio cuenta, se arrojó para atraparme, casi con desesperación y hubo de forcejear con el rufián, disputándose los dos mi posesión; aquello se convirtió en riña frenética, cuyo resultado epilogó en tragedia, pues el ladrón hundió un puñal en el pecho, ya marchito, de la joven y desventurada prostituta. Después, estereotipando en mis caras la mancha sangrienta de la tragedia de que era causa y con el estigma de tantos crímenes, me fuí a rodar por las manos de los opulentos, hasta detener mi carrera de crímenes impunes en las arcas de este joven rico, que acaba de escuchar el canto de mi siniestra epopeya...

En seguida, la moneda ensangrentada, se consumió en la nada de su propia lengua de fuego.

* * * * * *

Inmediatamente otra, que estaba a su lado, movió su azulosa lengua, para decir:

—Yo, de valor semejante al de mi criminal compañera que acabó de consumirse, fuí en su compañía por algún tiempo, y muchos de los actos ocasionados por mí, fueron semejantes a los relatados por ella. Pero epilogó mi historia con otra hazaña más, porque un día, yo me deslicé en silencio del bolsillo de un mercader y caí entre el polvo de la calle. Un mendigo anciano acertó a mirarme y me recogió,

examinándome con incrédula curiosidad hasta que se cercioró de mi extraordinario valor; desde ese día la codicia emponzoñó su alma, y por obra de mi perversa alquimia, se trasmutó en codicioso y hasta en furtivo ladrón, no pensando en otra cosa que en acrecentar sus dineros, hasta que hubo de personalizarse en un taimado avaro, con máscara de pordiosero lastimero. Habitaba en una sórdida cochera y dormía entre montones de harapos, bajo los cuales ocultaba su tesoro, que lentamente acrecía. Nadie sospechaba de los caudales que había ya reunido, hasta que un día se lo encontraron exánime sobre su tesoro. La cochera que habitaba era propiedad de mi dueño actual. Casualmente, uno de los criados, al retirar los harapos donde yacía el cadáver del casi centenario pordiosero, se encontró con un saco pletórico de monedas, entre las cuales brillaba yo. Se alegró en extremo, y mientras contaba el caudal, que era abundante, lo sorprendió mi actual dueño, que reclamó para sí el hallazgo; el criado disputó con él, pero el resultado fué la prisión del desventurado, acusado por mi amo de hurto. Y he aquí que el verdadero ladrón se encuentra libre en este lugar, mientras que el infeliz criado, sufre en la prisión una pena impuesta por un delito que no cometió.

Cuando terminó el relato de la moneda, el joven rico se sintió aplastado por la verdad de un hecho, que hasta entonces pudo recordar, en tanto que el Maestro Divino lo bañó con la luz de una mirada de profunda compasión.

* * * * * *

Una vez que la lengua de fuego consumió la moneda, otra de las muchas que yacían por el suelo, levantó la suya, para relatar:

—Es superfluo declarar que yo recorrí senderos de maldad y crimen muy semejantes a los que todas mis compañeras recorren diariamente, pero he de relatar mi última hazaña. Yo fuí el postrero residuo del tesoro de un hombre, que había sido acaudalado, gracias a una cuantiosa herencia de sus progenitores; pero este hombre derrochó su herencia para alimentar numerosos y degradantes vicios, muy a pesar de la numerosa familia a la que tenía el deber de sostener. Hubo un día en que yo fuí el último sedimento áureo de su arca vacía y, por ello mismo, su desesperación se intensificó hasta la locura, y como era muy afecto a los juegos de azar, me arrebató y me llevó consigo hasta una casa de tahúres, con la vana esperanza de salir ganancioso en algún juego. Me arrojó con ademán desesperado sobre el tapete de la mesa, aventurando en mí sola todo el porvenir de la vida y la de sus familiares íntimos. El resultado le fué adverso, y yo, en compañía de otras muchas monedas, de igual valor al mío o de otras superiores o inferiores en valía, fuí a dar al bolsillo de los fulleros. La desesperación de este desventurado no conoció límites, y

tras de mesarse con furia los cabellos y proferir todas las maldiciones y blasfemias de que era capaz, puso en apuesta su propia casa habitación, que era lo único que le quedaba. La perdió, y sin esperar más saltó por el balcón de aquel tugurio siniestro y se estrelló en el pavimento. Su suicidio fue comentado con las risas burlonas de los crueles tahúres, y su esposa y sus hijos fueron arrojados de su morada; la primera murió de angustia y de hambre y los segundos se perdieron en el maremágnum de la impiedad humana, a merced de un destino incierto... Y de esta horrible tragedia, yo fuí la más poderosa causa... Después, mi actual poseedor, que está presente, se apoderó de mí, merced a las mismas fullerías, en que es maestro consumado...

* * * * * *

Dicho esto, la moneda fué devorada en el propio fuego de su siniestra epopeya, y otra, en seguida, levantó su lengua de fuego para relatar las malandanzas de su hechizo.

—Los crímenes y maldades estereotipados en mis dos faces resplandecientes, emulan dignamente a todo lo que hasta ahorita se ha relatado por mis compañeras. Yo, como todas ellas, sin excepción ninguna, ruedo por los mil senderos del mundo como mensajera de concupiscencias, vicios, crímenes y todo género de maldades. En el corazón de todo el que me posée, aunque sea por un instante, vierto todo el veneno que simboliza mi poderío, y no ha habido jamás una mano bondadosa que me haya acariciado; en todas husmeo hedor de sangre, pasiones animales, y designios siempre egoístas y muchas veces siniestros. Mi redondez es la eucaristía del mal, con la que comulgan todos los hombres, especialmente los de este siglo de sombras, y por eso yo, al igual que todas mis semejantes, simbolizo en síntesis, la mentira, la lujuria, la codicia, la crueldad y el mal en toda su plenitud, y esta eucaristía de las sombras es la que une a todos los hombres en la siniestra fraternidad de su negro egoísmo... Por eso es que, cuando ha sucedido que alguna de nosotras se pose en las manos puras de algún rarísimo ser humano en que el Espíritu impere, las quema y por eso mismo nos arroja de sí; pero en cambio, las manos de casi todos los hombres, a nuestro contacto, se empuñan como garfios, aprisionándonos con un frenesí diabólico... ¿A qué relatar una a una mis andanzas perversas, si ya las conocéis por boca de mis compañeras?... Sin embargo, he de referir alguna de ellas. Hace ya muchos años, yo me escapé por la rotura de una talega repleta, que un señor del oro había retirado de un banco; furtivamente rodé hasta la calle y un paria me recogió; casi enloqueció de alegría; me besó con fruición y se alejó saltando como un gamo, temeroso de que alguien me fuese a arrebatar de sus manos. Ya muy alejado del lugar donde me encontró, dos ladrones advirtieron lo que llevaba, y lo siguieron cautelosamente hasta un callejón obscuro donde, sin pie-

dad ninguna, le dieron muerte despedazándole el cráneo. En seguida, ambos dos disputaron mi posesión; riñeron y uno quedó muerto, no lejos de donde momentos antes había caído su víctima. No pudo escapar de las manos de los policías; fué llevado a prisión, y convicto y confeso, fué sentenciado a morir electrocutado. Así es que, el siniestro fulgor de mi cuerpo fué causa de tres muertes trágicas... He aquí algo de mi cosecha... Después, hube de volver, por el trajín de los negocios, al mismo banco de donde procedía, y a poco andar, yo, en compañía de otras miles más de compañeras, fuímos a dar a manos de un hombre que sólo se consagraba a los negocios lucrativos. Por cierto que era un gran magnate, dueño de muchas empresas industriales, que significan real y verdaderamente tentáculos succionantes, que convierten la sangre humana que chupan, en el manjar áureo que sirve de alimento cotidiano en las mesas de los opulentos del mundo. Mi poseedor, al contemplarme a mí y a mis innumerables compañeras prisioneras en sus arcas, tuvo la idea, inspirada por su insaciable codicia, de cimentar sobre nosotras alguna nueva empresa que multiplicase más sus caudales, y se decidió a establecer una fábrica de licores embriagantes. Como su pensamiento se tranformaba luego en voluntad y ésta en mandato, de la noche a la mañana puso en obra su designio, y de tal manera, que su nueva empresa fué un abundantísimo manantial de alcohol, que corría a torrentes por las mil y mil arterias de donde sus tentáculos succionaban, desde años atrás, la sangre de sus semejantes. Y ríos de licores embriagantes inundaron los mercados, las tabernas, los prostíbulos y toda clase de centros de vicio, donde los hombres van a libar diariamente, para atraer a sus mentes embrutecidas y a sus corazones emponzoñados la inspiración siniestra de nuevas maldades, concupiscencias y crímenes... Mi amo hizo brotar esa fuente de desdicha y maldad apenas hace dos años escasos, y en este corto tiempo, por obra y gracia del alcohol, que por mi poder y el de mis compañeras se ha producido, hanse ya cometido más de un millar de homicidios en riña; han muerto envenenados y deshechos otros millares más de parias y bebedores consuetudinarios; han quedado en la miseria y sumidos en la desesperación muchísimos hogares de obreros y hasta de gentes medianamente acomodadas; incontables padres de familia, por la inspiración del alcohol, han dado muerte a sus esposas y hasta a sus hijos; muchos adulterios se han cometido por esta misma causa; muchísimos han enloquecido y no pocos son los que, ensombrecidos por el siniestro numen de la embriaguez, se han suicidado... Pero las diabólicas aguas de esta fuente siguen fluyendo, con su trágico espíritu de sensualidad, odios y crímenes, por los mil cauces de las tabernas, prostíbulos y hogares desdichados, llevando su oleaje de tragedias y desgracias por todas las orillas que bañan... Y ved a mi dueño; sus caudales han acrecido cien por ciento, y como esta empresa es la que más fabulosas utilidades le produce, día a día se empeña en multiplicar su producción...

El licor que él prodiga se convierte en sangre derramada, en locuras frenéticas, en estupidez, desesperación, concupiscencias y mil tragedias, mientras que todo esto, retorna a su fuente de origen, convertido en fuente de oro, en la cual sobrenada mi anterior poseedor. Y en esas aguas se sumerge complacido y feliz, como si fuesen las ondas de un Leteo confortante, que borra de su mente ese vasto panorama de desdicha, crimen y muerte, en que día a día, sus víctimas padecen el infierno encendido por el fuego del diabólico alcohol, y cuyo artífice es ese hombre opulento, respetado por la sociedad, venerado por los parias, privilegiado por el Estado, que ve en él uno de sus mejores contribuyentes y sumergido en todos los placeres que le brinda la sociedad de las clases opulentas donde se mueve... Mi amo actual lleva relaciones muy amistosas con este productor de veneno embriagante, y yo vine a dar a su poder por obra de un juego de naipes.... ¿De cuántos crímenes y desgracias he sido causante?... Ya lo sabe mi dueño que está presente, pero sin embargo, yo había sido, hasta ahora, objeto de su adoración... Pero me consumo en el fuego saludable, que gracias a su milagroso poder, no dejará de mí ninguna huella, poniendo así término a la carrera de las maldades que por mí se han cometido...

Y la moneda se extinguió en sus propias cenizas.

* * * * * *

En seguida le tocó el turno de cantar su epopeya sombría a otra de mas o menos igual valor.

—Tras de salir yo virgen de la casa de moneda, fuí arrojada, como sucede con mis compañeras, hacia los trillados senderos de todas las concupiscencias, que siempre se intensifican diabólicamente ante el hechizo de nuestro brillo. Yo he desempeñado, principalmente el papel de corruptor de magistrados y jueces. Mi primera funesta hazaña, que fué el primer gran canto de mi epopeya, es la siguiente: yo dormía en las arcas de un rico perverso, de instintos sanguinarios; muchos crímenes se contaban de él, y todos quedaban impunes, gracias a nuestra magia áurea, que siempre, infaliblemente, hechizaba la voluntad de los jueces y hacía inclinar poderosamente la balanza a favor del criminal, haciéndolo aparecer como inocente. Y sucedió que este monstruo tenía por esposa a una mujer sufrida y abnegada, cuya belleza se había marchitado ya por los sufrimientos de su tiránico dueño. Este se había enamorado perdidamente de una actriz de cine, la que le exigía, para el objeto de entregarse a su lujuria, se desposase con ella conforme a las leyes en vigor, y esto con el objeto de convertirse en dueña de las grandes riquezas de su cortejante. El perverso galán no podía hacerlo mientras viviese su martirizada esposa, a quien odiaba, sólo porque su belleza corporal se había extinguido, siendo incapaz de percibir la esplendente belleza de su alma pura y de su abnegada

y sublime maternidad. Por estas causas, concibió el perverso designio de deshacerse de ella, y en efecto, una noche, mientras ella dormía, la asesinó a puñaladas. Luego vinieron las investigaciones de la justicia, pero el malvado, como siempre, quedó inocente. Arrojó la culpabilidad sobre uno de sus criados, acusándolo de aquel homicidio, por motivos de robo durante una prolongada ausencia de él en sus viajes de negocios. Como hubo testigos falsos a granel, pagados espléndidamente por su oro, el juicio se inclinaba a su favor y contra el inocente. El juez que sabía de la causa, conocía la realidad, pero yo, en compañía de numerosas más, anquilosamos sus manos e hicimos caer de ellas la vara de la Justicia e inclinar, como siempre, la balanza. El venal magistrado hubo de dictar sentencia absolutoria para el criminal, sobre quien recaían fuertes sospechas, y condenó a muerte al inocente criado . . . He aquí uno de los crímenes más infames que, gracias a nuestra magia áurica, se cometió, haciendo dos víctimas inocentes y declarando inocente al monstruo criminal . . . Este fué un canto de mi epopeya. Mas no fué todo. Yo fuí a dar a las arcas del gobernante dictador de la ciudad donde se cometió este doble crimen, en complicidad con la miserable justicia humana. Tal personaje era bien conocido en la provincia que gobernaba por sus arbitrariedades, crímenes, desmedida codicia y diabólica crueldad. El ideal más entrañable que alimentaba este tipo sombrío, era el de adueñarse totalmente del poder regente de su país, a fin de hacer la guerra a los países circunvecinos y formar un imperio. Era un megalómano de voluntad de acero y corazón endurecido, donde todo destello de bondad brilló siempre por su ausencia. El pueblo lo repudiaba y lo maldecía, y este sentimiento se personalizó en un hombre de recta voluntad y deseoso de librar a su pueblo del azote del tirano, especie de príncipe maquiavélico, que se había hecho odioso a todos. El valiente adalid empezaba a trabajar por todos los medios de la resistencia pasiva a su alcance, con el fin de ir minando el poderío del dictador y acabar por derribarlo, para salvar a su pueblo de la tiranía. Llegó a cautivar a sus compatriotas por su valerosa decisión, su inteligencia, su sana voluntad y su verbo vehemente y persuasivo. El magnate político veía en todo esto un poderoso obstáculo para lograr sus perversos designios, pero no podía dictar contra aquel adalid del pueblo ninguna sentencia condenatoria y ni siquiera reducirlo legalmente a prisión, puesto que no había asumido ninguna actitud subversiva, y, por otra parte, se había convertido en el ídolo del pueblo. Pero fraguó un perverso designio, y para su realización, entabló amistad hipócrita con uno de los colaboradores más cercanos de su opositor, a tal grado, que le concedió muchos favores y acabó por distanciarlo del Adalid y convertirlo a su causa siniestra. Cuando creyó haberlo ganado plenamente, le propuso fuese él el instrumento de su propósito, que consistía en dar muerte traidora a su maestro y amigo. El miserable, rendido por los favores y las dádivas, se resol-

vió, y una noche, mientras conversaba a solas con él, estudiando planes de lucha pasiva, lo envenenó durante la cena íntima. Entre el oro que se puso en sus manos de traidor, iba yo. Después del crimen, el asesino fué obsequiado con un alto puesto en la policía y se convirtió en el más cruel represor del movimiento de liberación que había iniciado su víctima. Yo fuí uno de los factores de esta negra traición, y conmigo, poco después, pagó el precio de un revólver a mi amo actual, que, dicho sea de paso, es un gran amigo del tirano, que ahora se ha aferrado más reciamente al trono de su poder opresivo.

Al decir esto, como último verso del canto de su epopeya, la moneda desapareció consumida, anonadando el estigma que la manchaba.

—¡Oro maldito! —exclamó por fin el joven rico, sacudido de horror— ¿Qué maldad, qué injusticia, qué infamia, qué crimen o qué tragedia habrán tenido lugar en el mundo, donde tú, maldito instrumento de Satanás no hayas sido el factor principal......? ¿o acaso en tu epopeya de maldades, habrá vibrado algún canto o por lo menos alguna voz, ritmo o acento, que de tí blasone alguna virtud? . . . ¿Habrás sido alguna voz, siquiera causa de alguna sana alegría, habrás alimentado algún ideal de belleza, de altruismo o de amor, o habrás, por lo menos, estimulado algún buen sentimiento en un corazón generoso? . . .

Cuando el joven rico acabó de decir lo anterior, una de las áureas monedas levantó su voz de fuego, para exclamar:

—Bien lo sabes, desdichado, que en tus manos, nosotras jamás hemos sido instrumento de algún acto generoso! Por medio de nosotras has alimentado siempre el monstruo de tu egoísmo y hemos sido alimento de tus bajas pasiones y bestiales deseos, y cuando se te ha presentado la oportunidad para hacer algún bien a cualquiera de tus semejantes, siempre te has negado a ello y nunca nos has empleado como medio para aliviar el más pequeño dolor ajeno, y ni menos para estimular en alguno de tus semejantes algún elevado ideal o buen propósito que haya nacido de su corazón . . . ¿Recuerdas de aquél joven idealista, que el día de ayer fué a pedirte ayuda para la realización del noble anhelo de toda su vida? . . . ¿Palideces a mi pregunta? . . Pues yo voy a revelar tu vileza de alma, que si no fuese por ella, yo hubiera sido instrumento, en compañía de otras compañeras mías, para que, siquiera una vez en tu vida y como acontecimiento extraordinario, nos hubieses utilizado para traer un mensaje de dicha a un corazón abatido. Era un joven poeta de profundos pensamientos de filósofo, huérfano, desamparado, hambriento y rechazado siempre por todos los señores de la riqueza. Había escrito un grandioso poema, animado por una profunda concepción del Universo, que bien pudiera haber sido un mensaje de luminosa espirituali-

dad entre las tinieblas de este siglo de acero y muerte. Yo bien sé, gracias a la luz que en estos momentos irradia del Divino Maestro que me escucha, y que me presta un reflejo de su Sabiduría, que ese joven es uno de esos profundos y rarísimos pensadores, de corazón puro y de idealismo inspirado, que aún pueden existir entre la inmensa turbamulta de esta humanidad enloquecida por el odio y embrutecida por las más viles concupiscencias. Es un alma que, por la luz que en ella fulgura, bien pudiera calificarse de un verdadero genio de la humanidad. Difícilmente se encontrará otro igual en estos tenebrosos años de tu siglo; pero este excepcional mensajero de la Luz Divina, no solamente es ignorado de todos, sino que todos lo desprecian y le cubren de baldones; todo el que lo conoce se mofa de él y nunca ha encontrado a alguno que siquiera lo escuche. El día de ayer recurrió a tí; llevaba consigo el manuscrito de sus bellas y profundas concepciones, expresadas en imágenes de elevada poesía, imposible en cualquiera de los infatuados y extravagantes poetastros de estos años. —"Señor, —te dijo suplicante— yo soy un pobre idealista, que sólo aspira a traducir en mi humilde lenguaje poético algo de los esplendores de la Verdad y de la Belleza. Sé que mi interna espiritualidad ha despertado y ha inspirado a mi corazón y mente lo que ha traducido mi pluma en estos manuscritos. Este es mi mensaje para la humanidad. Leedlo; si no hay en él ningún mérito literario, por lo menos, veréis en él resplandecer la Espiritualidad y el Amor. El hombre de ahora necesita escuchar cualquier voz salvadora que sirva de chispa luminosa entre las tinieblas por donde marcha. Os ruego que me ayudéis a dar a la imprenta mi modesta obra. Todos me han rechazado, hasta ahora, y siempre he tropezado con el egoísmo y la incomprensión de quiénes he solicitado ayuda. ¿Qué os cuesta desprenderos de unas cuantas monedas áuricas, de las que están pletóricas vuestras arcas, y cuya exigua cantidad significa apenas un átomo desprendido del gran bloque de vuestras riquezas, cuya ausencia en nada amengua vuestras caudalosas utilidades cotidianas, mientras que ella sería para mí como un ángel de luz, que en su vuelo me transportase a los jardines de ideales en que he soñado siempre?... Ello mismo, dejaría en mí la satisfacción de haber cumplido con el deber sagrado de mi destino, y llenaría el gran hueco de mi corazón."... ¿Recuerdas?... esto te dijo el gran poeta haraposo y humilde que, tras de su súplica, enrojeció de vergüenza ante tu mirada burlona, sintiéndose humillado por tu arrogante soberbia. Le contestaste con una sonrisa despectiva; vacilaste un momento, en el que parecía que tu duro corazón quería ablandarse y en un ademán súbito parece que ibas a abrir tu puño de avaro; luego te encaminaste hacia una de tus grandes arcas, la abriste y me cogiste a mí primero, para ser, quizás, la primera que tuviese la dicha, en toda mi desdichada vida, de cumplir una misión noble, tan ajena a nuestra mezquina condición de oro acuñado... Pero ¡ay! que mis esperanzas se frustraron

y se apagó el momentáneo júbilo que me posesionó, creyendo que yo iba a ser la primicia de una flor de altruismo, que, por primera vez en tu vida, se abriese del fango de tu alma sombría... Y no bien ibas a depositar tu dádiva en las manos que te la pedían, cuando súbitamente, como garras de acero, tu mano se contrajo en la avara rigidez a que estaba acostumbrada, y tras de una carcajada de cruel sarcasmo, exclamaste: —"¡No, nó... me es imposible!... No podré ayudarlo; no debo derrochar mi dinero en algo improductivo, etéreo e inútil. Mis inversiones no permiten que distraiga ni un fragmento de mis caudales y menos para fomentar un idealismo anacrónico, que no es mas que el producto de una imaginación enfermiza... Así es que... ¡puede retirarse!... ¿Recuerdas, ¡oh monolito de egoísmo! cómo tus palabras hicieron brotar furtivas lágrimas de aquel desventurado a quién rechazaste tan cruelmente?... Le volviste la espalda, y él, reprimiendo penosamente su trágica emoción, salió de ahí corrido, no sin haber dejado en el suelo de tu palacio la huella de alguna lágrima, que en su silencio se convertía para tí en la peor maldición... Y en ese preciso instante, una figura grosera y sanguínea, de atletismo de paquidermo, se hizo presente a tus ojos y tu semblante se transfiguró en alegría, mientras él te palmoteaba rudamente las espaldas, diciéndote: —"¡Ola, camarada!... Sólo vengo a visitarte brevemente, para solicitar de tí unos cuantos dineros, como ayuda para la reorganización de mi partido deportivo que no tarda en entrar a la lucha olímpica. Sólo me falta tu cooperación para dar los últimos toques a mi equipo... Así es que... ¡abre el puño sin réplica!"... ¿Recuerdas cómo entonces tus ojos fulguraron de generosa aquiescencia, para en seguida abrir la puerta de tu arca y a manos llenas dejar, en las que en esta vez te pedían, puñados de oro, entre los cuales yo fuí la primera en posarme en la palma de las manos bestiales de aquel troglodita del siglo XX?... —"¡Oh! —exclamaste con timbre eufórico— ¿cómo habría de negarme a cooperar para tan nobles fines?"... ¡Y cuán pródigo fuiste entonces, en contraste cruel, que se dijera sarcástico, con la avaricia negra que mostraste para tu visitante anterior!... Tu amigo te estrechó la mano con bestial efusión, para decirte: —"¡Ya me esperaba esto de tu noble corazón... Eres el hombre mejor del mundo!... Me retiro,, porque mis actividades así me lo exigen, pero esta noche te invito a una bacanal, a donde concurrirán las más bellas ninfas de la ciudad!..." —"¡Oh sí, sí. —contestaste— no faltaré!... Y en realidad no faltaste, y en esa noche derrochaste ríos de oro, para obsequiar a las cortesanas con una esplendidez digna de un príncipe oriental... Pero para el gran idealista no tuviste ni siquiera un maravedí.. ¿Recuerdas, miserable?... Y ahora, seguramente te sorprendes de verme entre el oro de tus faltriqueras, pero ello se debe a que yo, como avergonzada de no haber sido instrumento para llevar consuelo al alma de aquel idealista que habías acabado de rechazar, me

escurrí furtivamente del bolsillo de tu grosero amigo, rodé por el suelo, y días después, tú me viste, recogiéndome con negligencia para volverme a la prisión de tus arcas... ¡Imposible que tus manos se abriesen para dar una mezquina limosna a un hombre mensajero de Luz y Belleza, pero ellas se convirtieron en manantial de oro para fomentar la creciente bestialización del hombre-materia, cuyo supremo ideal está en alcanzar la fuerza bruta del músculo y consumir su miserable existencia en los juegos embrutecedores e insensatos de tu siglo! Pero todos creen y lo crees tú, que el hombre perfecto es el que alcance mayor plétora de fuerza y bestialidad, y es este el paradigma ideal del hombre de tu siglo, ignorando que el verdadero Hombre, era aquel que te habló por boca del idealista que tan cruelmente rechazaste, pues en él se había realizado uno de los rarísimos paradigmas del Hombre Espiritual, reflejos vivos de la luz que irradía este sublime Ser, ante el cual estamos, el cual es Dios mismo en el Hombre y la humanidad sublimada en Dios, Modelo del Hombre, que en el remoto futuro de la Humanidad, se revelará en la cumbre de su destino, imperando sobre toda la Tierra, pero de cuyas cumbres la humanidad bestial a la que perteneces, está lejos... muy lejos todavía... ¿Comprendes ahora la vileza de tu alma y la obscuridad perversa de tu corazón ¡oh Joven Rico del siglo XX!...?

Cuando acabó de hablar este discurso imprecatorio, la moneda se convirtió en cenizas, y entonces el Maestro Divino habló con el timbre de la Música Eterna:

—En verdad te digo ¡oh joven rico! que lo que hiciste con aquel joven idealista, conmigo lo hiciste, porque Yo soy trasunto de luz en las almas que me buscan y vienen por Mi Sendero. El alma del joven que rechazaste se ha fusionado con mi propia Luz de Verdad, porque Yo me revelo y habito en las almas que han conocido su interna divinidad. Yo soy el Hombre Divino, Hijo de Dios, y Dios mismo en el Hombre, y aquel que me conoce, se conoce a sí mismo, porque entonces sabe que Yo soy el Hijo del Hombre, la Divina Esencia más profunda del alma humana, de donde nace Dios, cuando Su Luz disipa las tinieblas de la ignorancia y vivifica el amor de su corazón. Sólo aquel que haya alcanzado esta Luz y realizado en sí mismo esta Verdad, es el Hombre, o sea, el Hijo de Dios nacido de la esencia humana... ¡Oh joven rico! mírate a tí mismo y ve si has alcanzado la estatura del Hombre Real!...

A estas divinas palabras, el desdichado joven se siente confundido y comprende en ese instante la miseria a que él mismo ha reducido su humana realidad.

—¡Ah Señor! —exclama acongojado— Aniquílame con tu Fuego de Poder y Amor, como has aniquilado a esas miserables monedas que han relatado sus epopeyas de horror!... ¡Maldito sea el oro en el que he cifrado mi grandeza y orgullo y que verdaderamente ha

empobrecido mi alma hasta la más degradante miseria!... ¿Habrá acaso algún fragmento, siquiera, de metal acuñado, por el cual se hubiese realizado algún acto benéfico para nuestros semejantes?...

* * * * * *

En ese momento, una humilde moneda de cobre, que por una verdadera casualidad viajaba entre la áurica opulencia de las talegas del joven rico, levantó inesperadamente su diminuta lengua de fuego, color rosado, y con dulce acento de humildad exclamó:

—¡Heme aquí!... yo, mezquina moneda de despreciable metal, cuya inscripción expresa tan exíguo valor, jamás he sido causa o motivo de crímenes e injusticias, ni nunca he despertado la codicia de algún hombre y ni menos he sido capaz de seducir a alguna mujer. Por el contrario, siempre he sido despreciada, y sólo el mendigo me recoge cuando me ha visto confundida en el polvo del sendero, por donde transita con su hambre, su desnudez y su desamparo. En cambio, yo, tan despreciable a los ojos de los hombres, en esta vez me siento ufana de poder hablar con voz de inocencia y pureza ante el Divino Maestro del Amor y de la Luz, porque yo he simbolizado siempre el pobre mendrugo del pan que alimenta cotidianamente al desamparado y al hambriento... Mi acento de oculta caridad contrasta, como melodía divina, ante la estridencia del grito del egoísmo humano, en los cantos de siniestras epopeyas que se han escuchado en las lenguas de fuego de las monedas áureas... Toda mi misión es saltar de mano en mano de menesterosos, convirtiéndome en cada vez, en el fragmento del pan, que aunque duro y negro, va atenuando el hambre a todo momento de los que me toman en sus manos con cariño, y que son los pobres y desvalidos, de quiénes el cruel Mammon extrae sudor y sangre, para verterlo después en torrente constante, convertido por obra de su diabólica alquimia, en el oro que rebosa de las arcas de los opulentos... Pero,, mientras que con el punzante aguijón áureo, el rico extrae la sangre de los pobres, yo, en cambio, estoy realizando siempre el milagro de la multiplicación de los panes del hambriento, pues cada mano que me acoge, sólo puede cambiarse por un mendrugo que atenúa el hambre o por el contenido de una ánfora de agua para saciar la sed... De esta suerte, mientras el oro es un resultado alquímico del diabólico egoísmo humano, yo soy como la piedra filosofal de la divina Alquimia del Amor y la Caridad. Por esto mismo, yo, que simbolizo el pan del pobre, me inclino reverente y sumisa ante los Pies del Divino Maestro y elevo mi alabanza de adoración ante Su Presencia, puesto que yo soy la bendición de los pobres.

En seguida, la pequeña lengua de hermoso fuego rosado que se había levantado de esta humilde moneda, fué recogida por las benditas manos del Maestro, y en ellas se convirtió en el pan puro que da

vida al cuerpo y no mancha el alma. Y el Maestro, conservando en Sus manos aquel pan santificado, dijo al joven:

—¡Hijo mío!... ¿Has comprendido, al fin, que la riqueza es el trono de Satanás, desde donde impera sobre el vasto dominio de toda la Tierra?... ¿Ya conoces la esencia del mal que se oculta en el oro?... ¿Comprendes, al fin, que el instrumento de todas o casi todas las desdichas humanas está en esos pequeños discos de oro troquelados?... ¿Puedes ya comprender que este oro material constituye la dura roca que obstruye, para todo el que la forma con la argamasa de su egoísmo, la puerta de entrada que da acceso al Reino de Mi Padre?... Pues mientras mayor se hace la roca, más difícil se hace moverla del acceso a la Puerta Estrecha de la renunciación y del Amor, única entrada a los Reinos Divinos de la Dicha, de la Sabiduría y del Amor... ¿Y no comprendes que esa Puerta se abre en lo interno de toda alma, y es el egoísmo, la maldad y la codicia quien forma el grueso bloque que la obstruye?... ¿Quién podrá penetrar por esa Puerta, que se abre en el Corazón, si el propio corazón endurecido por el odio y la codicia, se convierte él mismo en la roca que hace imposible la entrada para el alma que quiera penetrar?... porque "donde está vuestro tesoro, ahí está vuestro corazón"... y vuestro corazón se endurece como oro, cuando es oro su tesoro, y sólo se ablanda, cuando su tesoro está en el Oro Divino del Espíritu, con el cual se hacen las estrellas y se edifican los Alcázares Invisibles de la Dicha y del Amor en el Reino de Mi Padre!... ¡Ay de vosotros los ricos, que estáis adheridos de alma y cuerpo al trono de oro de Mammón, en quién encarna el Poder de las Tinieblas!... En las Tinieblas habéis hecho morada y sólo a su reino sombrío tenéis acceso... ahí, donde es el llanto y el crujir de dientes, de cuyo círculo de eterno fuego de pasiones, deseos y odios, no podréis salir, sino hasta el día en que os libertéis de la dureza de vuestro corazón... Sólo el que rompe las cadenas de su egoísmo, cuyo vivo símbolo es la riqueza, puede llamar al Pórtico de la Casa de Mi Padre, "donde hay muchas Moradas"... Vuestro tesoro se hace una misma cosa con vuestro corazón, y cuando el tesoro es el oro material, el corazón se endurece más que el oro mismo, y la puerta del Reino, "que está dentro de vosotros", no podrá abrirse jamás... ¡Bienaventurada tú, humilde moneda de despreciado metal, porque tú, careciendo de valor a los ojos egoístas y codiciosos, vas prodigando en tu peregrinación invisible el pan de cada día para las bocas de los humildes, a quiénes el mundo desprecia y oprime!

A estas divinas palabras, el joven rico se conmueve y de sus ojos se desprenden dos lágrimas de arrepentimiento, que caen a los pies del Maestro, convirtiéndose dos lirios y el Maestro los bendice con sus Manos Divinas, en tanto que pronuncian Sus purísimos labios las eternas palabras de esperanza:

¡Bienaventurados los que lloran... porque ellos serán consolados!...

* * * * * *

Entonces, otra de las monedas áureas, levantando su rojiza llama, dijo:

—¡Cómo envidio a esa moneda de cobre tan despreciada por los hombres!... pues ella, ahora, ante los ojos de la Sabiduría Divina, ha podido revelar su misión de caridad y amor, haciéndose digna de transubstanciarse por las Divinas Manos en el pan bendito de cada día, que alimenta a los humildes... En cambio, nosotras de tan gran valor ante los ojos de los hombres, ningún valor tenemos en las Arcas del Oro Divino de los Cielos, donde las almas puras encuentran la riqueza de la perfecta Dicha, de la Sabiduría y del Amor... y por eso, nuestra llama, que es el fuego de crimen y pecado que representamos, nos vuelve a la nada de donde procedemos!... Pero antes que me aniquile, he de cantar el diabólico verso que me corresponde en la siniestra epopeya del Oro... Jamás, como lo reveló una de mis compañeras, hemos sido nosotras instrumentos de felicidad y paz para nadie, y cuando, por un verdadero milagro, estamos en poder de algún hombre altruista, y este nos destina a ciertas obras de caridad, sucede que muy mal desempeñamos esa misión, puesto que las manos que nos manejan acaban por contagiarse de nuestra ponzoña, y nos retienen para el regalo de sus codicias y pasiones, más que para el fin altruista a que originariamente se nos hubiese destinado... Sucede también, que si nosotras somos entregadas como dádiva a algún hombre pobre, éste, una vez que nos posée!, sufre una radical transformación de alma y acaba por convertirse en egoísta, valiéndose de nosotras para satisfacer su recién despierta codicia... ¡Es inútil!... Nada bueno puede hacerse por nuestra causa... Ahora he de relatar parte de mis andanzas. Yo fuí troquelada desde hace algunos siglos, y mi amo era un portugués que viajaba por los mares, trayendo esclavos del Continente Negro para venderlos a los hombres blancos, cuyo trato cruel es ampliamente conocido por la historia. Yo significqué entonces, y por varias veces, el precio de seres humanos, que por obra de mi hechizo, se convertían en bestias de trabajo, azotadas cotidianamente por el látigo despiadado del esclavista, que por estos continentes, se hacía llamar cristiano... ¡qué infame ironía!... Mi inerte fulgor amarillo estaba convertido en el precio de un ser humano, cuya realidad es el microcosmos divino, "templo vivo del Espíritu, donde Dios mora", como lo dijo há dos milenios, tu gran Discípulo Pablo, oh Señor! ... Por eso es que yo llevo impresa en mis dos caras la ignominia de la impía esclavitud, y por obra de este crimen, muchas veces perpetrado por mi hechizo, yo valgo ahora, en este siglo XX, muchas veces más que lo que valía

hace cuatrocientos o quinientos años, puesto que mi antigüedad monetaria ha acrecentado, ahora, mi valor muchas veces; pero este joven, mi actual poseedor, ignoraba lo que tenía, puesto que me perdía entre sus innumerables monedas; sin duda me hubiera apreciado con verdadera adoración, ignorando entonces también que mi verdadero valor es la síntesis del dolor, sangre, lágrimas y muerte de muchos irredentos esclavos de otros tiempos, que escribieron las páginas de la más inhumana crueldad... y esto, por las manos de los que se decían tus fieles adoradores y observadores de tus Divinas Enseñanzas... ¡Cómo se ha blasfemado de tu Divino Nombre, oh Señor!... Esto que relato fué el crimen más monstruoso que por mí se perpetró en el pasado, pero mi carrera de maldad al través de los siglos, contiene numerosos episodios que me es imposible relatar... Sólo relataré la última desgracia que por mi causa afligió a un hombre de este siglo... Un día, por un increíble descuido, uno de mis últimos poseedores me dejó olvidada en el cesto de los desperdicios de su oficina, de ahí me recogieron las manos de un hombre pobre, ya entrado en años, que había vivido honradamente toda su vida, con el producto de su trabajo de artesano. Jamás había codiciado nada... Pero ¡ay! que cuando me descubrió y se dió cuenta del gran valor que yo representaba, no sólo por mi cuerpo áureo, sino por mi antiguo cuño, comenzó a despertarse en su corazn la sierpe de la codicia. Me vendió a buen precio a un coleccionador de monedas antiguas, y con el dinero que había adquirido se creyó exonerado del yugo de su trabajo habitual y empezó a ingeniarse para ir adquiriendo dinero sin trabajar; mi propia ponzoña, ya extendida por su corazón, le aconsejó la usura, y desde ese día, el viejo y honrado artesano se fue convirtiendo en un prestamista, cada vez más duro de corazón y con más artimañas para engañar y despojar a sus clientes. En sus garras cayó la casa de una pobre viuda desamparada, porque no pudo pagar a tiempo la pequeña cantidad que se le había prestado y ni menos los elevados réditos. Este negocio le halagó en demasía, y desde entonces fué tendiendo sus redes sobre gentes pobres para irlas despojando de sus pequeñas propiedades, y por estos medios llegó a ser el usurero más rico de la localidad donde vivía... Pero su riqueza, su crueldad y su avaricia, atrajeron sobre él las miradas de los ladrones, como también el odio de sus víctimas, hasta que un día amaneció estrangulado en el aposento donde guardaba sus riquezas y el botín de sus deudores... He aquí, que yo, por mi antigüedad, registro en mi haber más crímenes que muchas de mis compañeras de nuevo cuño... Mi misión fué la de imponer el yugo de la esclavitud a los negros en siglos pasados, y en el reciente, traje la esclavitud para una alma, antes libre, y bajo cuyo yugo hubo de perecer trágicamente... Por azares del propio movimiento de bolsa, yo vine a anidarme, con la historia muda de todas mis seculares maldades, en el bolsillo de este joven rico, ahora poseedor del enorme acervo de crímenes, que cada

una de nosotras contiene, y que tan profundamente hemos emponzoñado su corazón, y que ahora hemos revelado, como los mejores cantos de la triunfal, tenebrosa y sangrienta epopeya del oro. Todas, y cada una de nosotras, somos símbolos vivientes del egoísmo inveterado de los hombres, y el fin justo al que debemos ser detinadas, es el que, en estos momentos nos impone el Divino Maestro, a quién el mundo jamás ha escuchado...

Dicho ésto, la moneda áurea, acuñada desde há muchos siglos, se consumió en su propio fuego...

Luego, de otras muchas monedas, simultáneamente, se levantaron lenguas rojizas, que en esta vez crepitaban, y su fuego se tradujo en esta voz:

—Relataremos solamente la última infame misión que nos impuso el Rey del Egoísmo Humano... Claro está que cada una de nosotras, al ser reunidas en el arca de cualquier acaudalado, ya llevábamos el estigma de mil y mil infamias, maldades y crímenes... Un día, todas nosotras nos vimos reunidas en el arca de un opulento editor, que siempre lanzaba al mercado libros corruptores, empapados de lujuria y crimen, puesto que tal literatura es el alimento apetecido por las inmensas turbas de lectores bestiales y embruecidos, que constituyen la mayoría de estos tiempos infernales. Por nuestro mágico poder, sus talleres, montados con las más modernas máquinas, lanzaban caudales de esa podredumbre literaria hacia todos los puntos cardinales. Sus utilidades iban siendo cada vez mayores, de suerte que se convirtió su negocio en la Editorial más poderosa de su país, gracias a la magia impulsiva de nuestro poder, pero en todos los libros que editaba, brillaban por su ausencia la razón, la moralidad, la belleza y la verdad; todas eran obras de escritorzuelos sin escrúpulos y sin talento verdadero y sin el más mínimo sentimiento de amor para la humanidad, que escribían sólo para dar pasto a las pasiones ciegas de las multitudes, pero sus libelos, traían en cambio, para el editor, fabulosas utilidades, que era lo que él buscaba y por lo cual se sentía rebosante de felicidad. Siempre rechazaba con desdén uno que otro original, saturado de nobles enseñanzas y ordenado conforme a los sentimientos estéticos más puros. Un día, uno de estos rarísimos escritores vino con él a proponerle sus inéditas obras, y fue quizás el mismo que humilló y rechazó nuestro amo actual. Como es natural, emuló dignamente la actitud de nuestro dueño actual, que está presente, y rechazó con palabras humillantes al noble y elevado pensador, pero en cambio, daba entrada a cuanta inmundicia literaria se le llevaba... Y así, de esta suerte, nosotras, de mano en mano de empresarios, sólo servíamos para impulsar la propagación del pensamiento negativo, rebelde y corruptor de lo escritores de hogaño, siendo factores activos en la propagación del cáncer del alma, que ha postrado en el lecho de muerte al Corazón y a la Mente de todos

los desdichados hijos del siglo XX... Nuestra misión era la de pitonisas de las tinieblas, descifrando a los hombres todos los enigmas del mal y del pecado, pero poniendo una venda ante sus ojos, para evitar que se filtrase a sus pupilas el más tenue rayo de la Verdad y del Bien, y de esta suerte, desterrar del mundo toda influencia divina del Espíritu... Debemos de declarar sinceramente, que ninguna de nosotras ha servido jamás a la causa de la Verdad, del Bien y de la Belleza, pero sí, y de mil modos, a la causa de la Mentira, del Mal, del odio y de la deformación de la belleza. Siempre estamos prestas a vigorizar más y más los mil tentáculos del monstruo mundial de la perversidad, que en sus formas variadas de Cine, Radio, Televisión y Periodismo, Deportes y mil más frivolidades, succiona la sangre espiritual de la humanidad, convirtiendo al hombre en una momia sin alma, pero llena de la podredumbre de las concupiscencias, o en un robot que se mueve al ritmo de las mentiras y maldades que el Gran Monstruo, al que siempre servimos, le inspira y le impone... Pero jamás hemos sido factores para que siquiera un bello pensamiento, encendido en la Luz del Espíritu, resplandezca en estos horizontes entenebrecidos y ni para que el sentimiento generoso de algún corazón puro, pueda traducirse, por nuestro medio, en luz y amor para los que viven en las sombras y se debaten entre los torbellinos del odio mundial... Por eso ¡oh Divino Maestro! dignas somos del fuego que para siempre consume.

Dicho esto, aquellas monedas desaparecieron en su propia nada. Una de aquellas, que no se había consumido aún, habló para revelar su canto de epopeya particular.

* * * * * *

—Es verdad —dijo— nosotras todas, somos el símbolo de la mentira, del odio y de todas las más bajas pasiones, y no hemos sido jamás otra cosa, y nunca podemos ser algo más, que el intrumento de los satánicos deseos del hombre. Yo, como todas las demás, llevo impresa la historia de incontables maldades, pero me concretaré a relatar el último horripilante crimen que bajo mi hechizo se cometió... Después de recorrer yo el trillado sendero de infamias conocidas, vine a dormir por largos años en las modestas arcas de un anciano. que, ciertamente no era codicioso ni se había dejado dominar de la avaricia, pero que cuidaba sus caudales, que no eran numerosos, como patrimonio intacto para sus hijos, muy a pesar que todos ellos eran verdaderos truhanes de vida holgazana y disoluta. Todos sus hijos lo apremiaban diariamente con peticiones de dinero para alimentar sus vicios, pero como es natural, el anciano les negaba la mayor parte de lo que le pedían. El resultado fue que los pícaros licenciosos, ingeniándose como mejor pudieron, extrajeron de la caja de caudales paterna la mayor parte de su argénteo o áureo contenido. Cuando

casi quedó exhausta, los truhanes abandonaron al padre, siguiendo cada uno distinto camino de andanzas y aventuras. A su lado sólo quedó uno de sus hijos, que aparenteba fidelidad y amor hacia su anciano padre, pero en el fondo era el más malvado de todos. Un día, éste exigió al anciano le diese su parte, porque había decidido, al fin, alejarse para buscar fortuna, ya que ahí no había horizontes prometedores. El anciano padre le hizo saber que ya estaba al borde de la miseria y que con lo poco que le quedaba, apenas si podían los dos alimentarse unos meses más; pero el desnaturalizado hijo no creyó a las palabras de su padre y pensó de él que se había convertido en avaro empedernido. Por esta causa, día a día, en el corazón del mal hijo fué germinando un odio sombrío para el autor de sus días terrenos, y uno de esos días en que insistía porfiadamente en su petición, ya casi exigente y hasta amenazante, el anciano se disgustó hasta el grado en que ambos, padre e hijo, se vieron envueltos en una disputa violenta. El hijo que, como lo revelé, era de corazón perverso, pero velado por su hipocresía y disimulo, sintió súbitamente desencadenarse la bestia de su corazón emponzoñado, y en un momento, ya ciego de ira, arremetió contra el débil anciano y lo arrojó con fuerza brutal contra la pared, ocasionándole el rompimiento del cráneo. El infame lo contempló agonizante, y cuando advirtió que había expirado, lanzó una risotada satánica, para, en seguida, abrir la caja de caudales y apoderarse del supuesto tesoro, pero su sorpresa fué magna cuando sólo me encontró a mí, que era el último residuo de su ya extinta fortuna... Me arrebató furioso, con sus manos tintas en la sangre del parricidio y abandonó en una noche sombría el umbral de la mansión que lo vio nacer... Logró burlar la búsqueda de la justicia humana, y lejos de su lugar natal, años después, hubo de convertirse en un opulento banquero... Y tal magnate del oro, con cuya posesión borró ante los ojos de los hombres sus monstruoso crimen, es nada menos ¡oh desdichado Joven rico! que tu mismo progenitor.... Y he aquí que te revelo ¡oh infeliz! un horrible secreto que ignorabas hasta este momento y que es el más negro estigma que lacra tu vida!... El acaudalado banquero, tu progenitor, cimentó su riqueza en mi desdichada redondez áurea, adquirida por la violencia del más horrendo crimen que pueda concebirse.... Yo fuí la primera piedra del templo mamónico de su opulencia... Y esa opulencia es la herencia, donde tú, a tu vez, cimentaste las grandes riquezas de que tanto te has ufanado... ¡He aquí el origen de tu poderío áureo, joven miserable!.....

Crepitó violentamente la lengua de esta siniestra moneda y luego se consumió, en tanto que el joven rico era presa de un temblor convulsivo, mientras su lívido rostro sudaba copiosamente y su mirada parecía inmovilizarse en el terror de la muerte. Su boca fue incapaz de pronunciar palabra alguna. El Divino Maestro lo bañó con una mirada de infinita compasión, mientras que, de un montón

de otras muchas monedas áureas, se levantaron lenguas de fuego enrojecidas, que se transformaron en una sola hoguera de crepitación siniestra, y el canto de su epopeya resonó...

—Representamos todas nosotras un elevado valor en el mercado de la codicia humana, y casi desde que salimos de la casa de moneda, fuimos encerradas en las enormes arcas de los más poderosos señores del Oro de este tenebroso siglo... ¿A qué infernal misión hemos sido destinadas?... Ahora lo sabréis. A cambio nuestro, las grandes fábricas de armamentos han vomitado desde hace muchos años, toda clase de instrumentos de muerte y exterminio, desde simples fusiles y bayonetas, hasta cañones, ametralladoras, bombas de todas clases y aeroplanos guerreros y buques acorazados... Todas nosotras, en compañía de incontables millones más, no hemos tenido otra misión que la de mover perpetuamente, por obra de nuestra magia, el complicado mecanismo de esas monstruosas fábricas, donde el Vulcano de hogaño, forja incansablemente, con el fuego del infierno, todo lo que sirve para el tormento y el sacrificio perpetuo de la humanidad... Hemos sido también nosotras, en estos negros años, merced a nuestras vicisitudes de cambios por bancos y fábricas, las que contribuimos a la elaboración infernal de las bombas termonucleares, como de las que las precedieron y somos el estímulo diabólico en manos de los negros científicos de este siglo, para que concentren su mente sombría en la perfección de estos monstruos de exterminio general... Y fué nuestro hálito infernal, quien sopló con fuerza de huracán en las brasas de los odios históricos, para que se inflamaran en las hogueras gigantescas de las dos grandes conflagraciones mundiales, que sacrificaron por millones de seres humanos... Y ayer como hoy, somos las harpías siniestras del ódio, que saliendo de nuestros nidos bancarios, donde la codicia nos incuba, volamos por los aires envenenados de este siglo, cantando en graznidos ensordecedores y terroríficos las estrofas más siniestras de nuestra milenaria epopeya de crimen, dolor, sangre, horror y muerte... En todo los siglos del pasado histórico, nuestros progenitores áureos son los que siempre, como nosotras ahora, han encendido los odios mortales de la humanidad y propagado el fuego de las guerras y perpetuos choques sangrientos a todos los rincones de la Tierra... Si el oro de donde procedemos no se hubiera multiplicado en esta multitud caudalosa de ruedas acuñadas, quizás las guerras no hubiesen ensangrentado la Tierra, o por lo menos, su llama sería más débil y fácilmente se extinguiría, puesto que no hay pasión más vehemente, porfiada y cruel, que la que inspira la codicia, que a su vez se alimenta con nosotras... Mientras que nos amontonamos en las grandes arcas de los poderosos, para ser combustible perpetuo en las contiendas que ellos encienden por sus ambiciones y soberbias, y alimentamos todas las pasiones de los opulentos y reyes del poderío, somos incapaces de saciar el hambre de los miserables, ni de cubrir su desnudez, concentrando en nuestra redondez áurica todo el poder de

la riqueza y de todas las posesiones materiales, para, de esta suerte despojar a las grandes multitudes del pan que ellas mismas elaboran y convertirlo en la eucaristía de oro, con que comulgan las clases privilegiadas de los señores.... Y he aquí, que nosotras somos el instrumento eficacísimo para mantener las horribles y crueles desigualdades sociales, que dan hartura a los poderosos y sumergen en la miseria y en el infierno de todos los sufrimientos a las eternamente desheredadas multitudes... Y he aquí, por qué, los esclavos se han agrupado también en bloques de choque, guerra y poderío, levantando colosales estructuras de guerra ante el imperio de los que siempre han sido nuestros amos y señores... ¡Ay! el mundo arde por el fuego del oro que nosotras llevamos y la Historia ha sangrado siempre por el hálito de odio y codicias que nosotras insuflamos en todas las almas humanas... Y HOY, en este abismal HOY del Siglo XX, somos nosotras, en conjunto con millones incontables, que con estruendo de catarata rugen por los cauces embravecidos de las finanzas mundiales, las que hemos soplado en las entrañas del infierno, para encender desde sus profundidades el Fuego Hidrógeno, destinado a exterminar a la humanidad entera y a convertir a la Tierra en una esfera sin vida, rodando muerta por los espacios infinitos y llevando escrita con cenizas, la historia muda de sus extintas humanidades... ¡Horror!... que por nuestro siniestro sortilegio, esta Tierra, cuna de vida creadora, arrullada en la berceuse fecunda de la Madre Infinita de todos los mundos, podrá convertirse, al mandato de la maldad y la soberbia, en una tumba inerte, vagando por los vacíos de los espacios interminables, sin poder llevar otro mensaje final a su Creador, que el de la muerte total, que escribieron en sus páginas de cenizas las ignorantes y perversas criaturas humanas... Sólo por virtud del poder de riqueza que nosotras simbolizamos, ha sido posible la elaboración de esos pavorosos monstruos de destrucción... Si jamás nos hubiese creado la codicia y la astucia humanas, la humanidad habría vivido en paz, y habría sido imposible que los poderosos hubiesen acumulado las montañas de elementos necesarios para la construcción de estos demonios de acero del exterminio; sólo por el oro, el hombre dominador se hace poderoso y puede materializar su voluntad de dominio y de muerte... ¿Sin nosotras, cómo pudiera haber acumulado tal poderío? ...El mandato del poderoso es impotente cuando no está escrito con letras de oro, porque sólo el oro es el único imán todopoderoso que acumula montañas de elementos y mueve la fuerza de trabajo de los esclavos... Sí, sí, sólo por nosotras la vida humana se ha convertido siempre en tragedia de muerte e infierno de sufrimientos... Y ahora, gracias a nuestro poder ineluctable, en unidad con todo el oro del mundo, deambulamos de arca en arca de potentados, estructurando cada vez con más siniestro poderío, esta civilización infernal, que ha fructificado en armas humanicidas, que han bañado en caudales de sangre a toda la haz de la Tierra y que apuntan ahora al

corazón mismo de la Vida que anima todas las formas vivientes de la esfera... Somos y hemos sido nosotras, las que forjamos en nuestra aleación de infierno, la verdadera Espada de Marte, que ahora, más que en el pasado, tan fiera y cruelmente descarga sus mandobles sobre casi todos los pueblos de la Tierra... Somos nosotras las que, con fruición de júbilo satánico, acarician las manos huesosas de los Magos Negros de esta Edad, porque nosotras, precisamente, fuimos las que remuneramos espléndidamente el siniestro trabajo de estos magos, que hoy se denominan científicos, y que primero estructuraron los artefactos de aniquilamiento para dos ciudades orientales, en años no muy lejanos, y después han venido creando esos monstruos teledirigidos, que apuntan con sus saetas aniquiladoras a todos los horizontes que circundan el globo... Y así seguíamos en viaje frenético al través de mil y mil arcas de potentados, convirtiéndonos siempre en resortes motores de criaturas mecánicas de exterminio; ora germinábamos en las flores de fuego de las flotillas de aviones humanicidas, ora en un castillo de acero flotante por los mares, erizado de cañones, ya en un cetáceo de acero sumergible que vomitaba fuego desde las profundidades, para devorar en los abismos a los inocentes viajeros de los océanos, o bien en la siniestra flor de humo, en forma de hongo, nacido de los fangos del infierno, para abrirse sobre la tierra en mil y mil pétalos de sangre y muerte... Nuestra labor más inocente es la de hacer mover todo el oleaje de hierro mecanizado del mar embravecido de esta civilización, lanzando a rodar millares incontables de vehículos trágicos, que aplastan bajo sus ruedas a los incautos transeúntes o que, volando entre las nubes, son heridos por el rayo vengador de los cielos o se estrellan contra las montañas de la Tierra, y siempre, produciendo la tragedia de la frenética carrera de los hombres, que han perdido de vista los trazos del Recto Sendero... De todo este maremágnum, nosotras somos aliento creador... ¡He ahí el canto supremo de nuestra epopeya de siglos!... Y por lo mismo, ahora nos alegramos porque para las que estamos aquí ante la Divina Presencia del Señor de la Luz y del Amor, ya sonó la hora del exterminio, y de hoy más no desempeñaremos la misión de harpías de la muerte... Muy a pesar de nuestro corazón metálico y frío, sentimos el remordimiento de nuestra diabólica obra... y es por eso, que nuestro inerte corazón es más sensible que el corazón de los hombres, incapaz de remordimiento alguno por sus crímenes sin nombre... ¡Ay de esta humanidad, sobre la que pesa y ha pesado siempre la funesta maldición del oro, cuya esencia se ha representado siempre en nuestra redondez, que se hace hostia diabólica en la perpetua misa negra del odio y de la codicia... Somos, en verdad, la eucaristía de Satanás!... con la que la humanidad diariamente comulga para envenenar lo más profundo de su alma... ahí, donde mora el Espíritu de Dios...

Al terminar estas palabras, como epílogo del largo discurso de todas aquellas monedas áureas, la hoguera creptó en rugido de ago-

nía, y al apagarse, se levantó de ella una negra columna, que en lo alto tomó la forma del siniestro HONGO ATÓMICO...

El poseedor de aquel tesoro se quedó anquilosado de espanto, mirando como en la vislumbra de una clarividencia del futuro, el panorama de la espantosa destrucción del mundo, por obra del "fuego atómico", que el mago negro de esta edad robó de los abismos de la Energía Creadora, para poder epilogar en la fosa de la nada la epopeya sangrienta de su histórica peregrinación por la Tierra...

* * * * * *

Quedaban ya muy pocas monedas áureas, y todas, sin excepción, relataron historias de maldades, injusticias y crímenes. Nunca por obra de alguna de ellas, se había realizado la más modesta acción de caridad o bondad. Las pocas que ya quedaban, unieron sus lenguas de fuego, para decir:

—Afortunadamente, somos ya las últimas que quedamos y no tardaremos en extinguirnos, para sepultar nuestra ignominia en las sombras de la nada. Lo más inocente que se hace merced a nuestro poder hechizante, es trocarnos por mil y mil objetos superfluos y de lujo, que sólo usan los ricos o que, por su vanidad, se ven obligados a usar los pobres, y además, por manjares que exige la gula voraz de los hartos, que proceden de los despojos sangrientos de inocentes víctimas animales, sacrificadas diariamente a millones por la cruel dad humana. El crimen perpetuo de la matanza magna e incesante de criaturas animales, también mancha de sangre nuestras faces relucientes, puesto que somos nosotras las que pagamos el precio de la sangre y la carne de las desdichadas criaturas del Reino Animal, cuya sangre, perpetuamente derramada y cuya carne, desgarrada siempre impíamente, no bastan a saciar el apetito superbestial del hombre carnívoro, más sanguinario que la peor fiera de las selvas vírgenes. Y es nuestro valor áureo, que endurece el corazón del campesino, donde no surge ni el más pequeño impulso de compasión o gratitud para sus domésticos animales que le alimentan con su leche y a los que les impone la dura esclavitud de sus trabajos, lo que le impulsa a llevarlos al matadero, cuando estos pobres esclavos mudos envejecen y ya no puede aprovecharlos para su alimentación y trabajo; el pago de su abnegación sin protestas es la cuchilla del carnicero, para devorar después sus despojos inertes y obtener por ellos pingües ganancias. Tal es la cruel ingratitud humana y la glotonería que padecen todos los hombres, juntamente con su codicia insaciable, por cuyas causas, se produce la bárbara inmolación de las criaturas animales, cuya sangre corre a raudales diariamente por todos los lugares de la Tierra... Y todos estos crímenes son inspirados por el hechizante brillo de nuestro cuerpo áureo... ¡Y cómo contrasta lo que inspira nuestro brillo, con lo que sugiere en los hombres el limitado poder de la humilde moneda de despreciable metal!... Sólo éstas van

a dar a los bolsillos haraposos del pobre y su valor mundano es tan exiguo, que casi nunca, aún reunidas, bastan para alimentar los vicios de los pobres o de los parias... Sin embargo, la reunión de muchas de ellas es ya perniciosa, porque se convierten en tentación de placeres para los que son incapaces de alcanzar nuestros dones áuricos. Solamente cuando estas monedas de escaso valor peregrinan separadas, se transforman en benéfica ración de pan para los hambrientos. En cambio, cada una de nosotras, por sí misma, es incapaz de hacer bien alguno, aún el más insignificante, porque nuestro valor siempre excede al más alto salario que el rico pueda otorgar a sus esclavos. Nosotras siempre ajetreamos entre los bancos, las arcas de los comerciantes y de los usureros o vamos de mano en mano de elegantes damas, quienes, por nuestro poder, adquieren toda clase de bagatelas para sus sensuales caprichos, en tanto que, condensando nosotras la elegancia, opulencia, vanidad y hartura de los ricos, simbolizamos también, por contraste, el desamparo, la desnudez, el hambre, la ignorancia y el vicio degradante de los pobres y de los parias, puesto que nosotras somos, de hecho, la transubstanciación alquímica de la sangre de los esclavos de todos los tiempos, del sudor de los que trabajan, de las lágrimas de los miserables, del dolor irredento de todos los pobres, en el oro, que es pan, vida y alma de los ricos, y siendo sangre y sudor de los pobres, estratificados en oro, jamás retornamos a su fuente de origen, nuevamente convertidas en pan, porque nuestro destino maldito, está en ser factores de todas las desgracias humanas o, en el mejor de los casos, convertirnos en ídolo de oro en los altares de los avaros. Somos siempre las ladronas y los vampiros, que extraen la sangre, sudor y energías de los que trabajan y jamás somos obligadas a restaurar lo robado. Y si alguna vez, por casualidad u otras causas fortuitas, vamos a dar a las manos de algún desheredado, es sólo para corromperlo, despertándole sus más bajas apetencias y arrastrándole a los antros de los vicios y de las degradaciones más ignominiosas. Jamás un hombre se hace bueno por el hecho de poseernos, sino más bien, lo contrario, pues que tenemos la satánica virtud de transformar la bondad en maldad y desarraigar de todos los corazones los sentimientos de la compasión y del amor, y si ha habido algún ser humano que, poseyéndonos, nos empleé para beneficiar a los desamparados, es porque este extraordinario ejemplar, es un POBRE en ESPIRITU, que trascendió ya la condición humana y a cuyo corazón no puede entrar ya nuestra ponzoña, porque se ha espiritualizado y es un receptáculo del Oro Divino del Amor y de la Sabiduría; pero un hombre tal, que por cierto han sido rarísimos en la Historia, por su propia elevación de Espíritu, se niega a poseernos, pues quemamos sus manos puras con el fuego de infierno que llevamos en nuestras entrañas, y se deshace de nosotras prodigándonos en dación a los pobres; si estos reciben beneficio, es sólo cuando nosotras nos cambiamos por pequeñas monedas, y éstas serán las que hacen el bien,

dando el pan cotidiano a los hambrientos, empero, si en las manos de los pobres nos posamos, corrompemos instantáneamente sus corazones y los hacemos malvados... He aquí, resumidas en nuestros discursos que sirve de epílogo a la Epopeya siniestra del Oro, la significación satánica de nuestra existencia, puesto que somos nosotras, como monedas áureas, la auténtica creación del poder del Mal que, como una sierpe de mil cabezas, se anida en los sombríos cubiles de los corazones humanos... ¡Oh Divino Maestro de la Sabiduría y del Amor! así como aniquilaste a todas nuestras compañeras y en breve nos aniquilarás a nosotras, aniquila toda la riqueza áurea y argéntea que yace en las arcas de los potentados de la Tierra, pues sólo de esta suerte, los males y plagas creados por el Egoísmo, se ahuyentarán de estos desdichados suelos, cubiertos de fango y sangre... ¿por qué existimos?... ¿Quién fué nuestro artífice?... ¿De dónde surgió la desdichada idea de crearnos como monedas representativas de todos los valores terrestres?... ¡Ah!... fué el Egoísmo nuestro creador, o sea, el demonio sombrío, inspirador de las pasiones animales del hombre, que puso en la mente humana la funesta idea de encontrar algún material escaso y raro, para fragmentarlo y convertirlo en el valor de todo, de manera que sin su posesión, nada se pudiera adquirir, y que, por ser pequeño, fácilmente se le pudiera conservar y llevar hasta en las faltriqueras, de esta suerte, en un puñado se poseía un feudo y todo lo que dentro de él respirase, naciese, creciese y muriese... Y el Hombre, inspirado por el demonio de su Egoísmo, gritó ¡EUREKA! y afanosamente se dio a buscar ese material raro en las entrañas de la tierra, hasta encontrar la plata y el oro, que, desde el amanecer de los siglos ha sido el instrumento de poder y riqueza para quien es capaz de poseerlo en abundancia... Y para adquirirlo se desató la lucha feroz entre todos, y el afán de su adquisición despertó la codicia de todos, y la codicia inició la guerra sangrienta, que de siglo en siglo se ha ido agigantando, hasta convertirse en estos cataclismos mundiales de los que hemos sido nosotras los factores más eficientes... ¡Oh!... si el hombre jamás hubiese dado con tan siniestro invento, cuán diferente hubiese sido la Historia Humana!... Las guerras sangrientas no habrían tenido lugar, por lo menos en las proporciones conocidas, puesto que los hombres ignorantes y por naturaleza egoístas, habrían luchado en pequeñas proporciones sólo para disputarse pequeñas adquisiciones, y nadie hubiese tenido en sus manos el poder necesario para esclavizar a sus semejantes ni para hacerse dueño de vastos jirones de la Naturaleza... Por esta razón, la humanidad hubiese devenido al través de los siglos en una convivencia mucho más pacífica, puesto que, sin el símbolo maldito del oro, las posesiones egoístas estarían limitadas al círculo de lo que pudiese producir el trabajo de cada quién... Pero el genio del Mal se incubó en el silo del egoísmo humano y fué creciendo y alcanzó las proporciones colosales de un gigante todopoderoso, que inspiró al hombre el descu-

brimiento del oro... ¡Y he aquí que fué el monstruo del Mal, personificado en el egoísmo, el inventor del Dinero, y por tanto el Artífice de la perpetua y creciente tragedia de la humanidad!... Si aún ahora ¡oh Divino Maestro! hicieses que desapareciese el oro y la plata de la Tierra y aniquilases los tesoros de los bancos y de las arcas de los ricos, la Humanidad haría un alto en su desenfrenada marcha al abismo de su total destrucción; si bien el Rey Egoísmo se ha entronizado en todos los corazones, ya falto de su alimento esencial, que es el oro, iría debilitándose más y más, hasta acabar por morir en su propia nada... tal como nosotras todas nos estamos extinguiendo ante el Poder Divino de tu Amor... El Amor es el Poder incontrastable porque de El ha salido el Universo y nada de lo que existe, sin El ha sido hecho... Por eso ¡oh Omnipotente Amor Divino, que en Tí se personifica por excelencia, oh Señor Jesucristo! aniquila el Oro, para que se levante de la Tierra la sombra siniestra de su maldición... ¡Oh Señor de la Luz! hiere de muerte al monstruo del Egoísmo que se ha enseñoreado de todos los corazones y se nutre de su sangre y en ellos tiene su trono... Y así, aunque sea para un lejanísimo Futuro, el Hombre, libre de la Bestia, renacerá en la Luz de tu Divina Esencia... y hasta entonces el Hombre será digno de tal nombre, porque tu divinidad resplandecerá en su humanidad!...

Al terminar este discurso, todas las áureas monedas, sin quedar ya una sola, se aniquilaron en su propio fuego...

* * * * * *

Pero entre aquel hacinamiento de cenizas, aún yacía una moneda de plata, de muy escaso valor; sin duda que, al igual que las de cobre, sólo por casualidad iba de compañera de viaje entre las opulentas monedas áureas.

El Maestro, fijando su Divina Mirada en ella, dijo:

—¿Por qué tu, moneda argéntea, no quieres revelar el secreto de tu historia?... Eres la última del tesoro extinto de este joven rico . Preciso es que reveles lo que por tu medio hizo alguna vez el hombre... ¡Habla!

Entonces, la moneda de plata levantó una tembleteante lengua de fuego, muy enrojecida, que se bifurcaba como lengua de serpiente y extrañamente crepitó, para exclamar después:

—¡Ah!... creí que por el escaso valor que yo representaba iba a ser dispensada de revelar mi historia, pero ante el Divino Mandato, me veo obligada a hablar antes de extinguirme. Mi valor es muy exiguo en relación al de las monedas áureas que ya hablaron y se extinguieron, pero la acción que por mi causa tuvo lugar una vez, contiene la historia de un crimen, incomparablemente más monstruoso que todos los crímenes juntos que relataron las monedas áureas, ya extintas. Yo fuí extraída de las entrañas de la tierra desde la remota antigüedad histórica, y deambulé mucho

tiempo en los bolsillos de los cambistas y mercaderes de los pueblos orientales, hasta que un día fuí a formar parte del tesoro sagrado de un famoso templo de aquellos tiempos. ¡Ay!... ¿y cómo decirlo?... ese templo se había erigido en la ciudad de Jerusalén... y sobre mí cayó la maldición de no haber salido en mucho tiempo de las arcas de los Escribas y Fariseos, para haber podido fugarme hacia los mares en las naves fenicias, y por ello mismo, haber sido exonerada de mi responsabilidad satánica en el crimen más ignominioso de todos los siglos... Pero un fatal destino me tuvo confinada en el tesoro del Templo, sin haberme movido, como sucedía con miles más, que ajetreaban en las sucias manos de los mercaderes y usureros y por ello mismo iban a viajar a lejanas tierras... ¡felices ellas que se libraron del estigma siniestro con el que yo me manché desde aquellos siglos!... Ya lo adivináis; fuí yo ¡infeliz de mí! una de las TREINTA MONEDAS, que los perversos sacerdotes, prevaricadores de la Ley de Moisés, pusieron en las manos ¡oh Señor Jesucristo! de tu traidor discípulo el Iscariote, para, por este medio, tenerte entre sus garras y entregarte después al suplicio del Calvario, desde cuya siniestra cumbre, tu Sangre de Amor corrió en manantiales de Vida por toda la haz de la tierra para divinizar al hombre, que... ¡ay! hasta estos momentos, sigue aún ignorando el Divino Misterio de tu Sangre de Amor y ha vuelto la espalda a Tus sublimes Enseñanzas... ¡Ay!... desde entonces, y después del suicidio de tu traidor discípulo, que fué mi poseedor por un instante, yo fuí restaurada al tesoro maldito del templo, y cuando el Imperio Romano fué hundiéndose en las ondas del río del Tiempo, yo iba siendo conservada, en compañía de otras monedas de diverso cuño de varios países, en las arcas de los ricos coleccionadores de antigüedades. Cuando las fatídicas inscripciones que yo llevaba troqueladas, dejaron de significar algún valor en el mercado del día, iba siendo guardada como una reliquia de un valor estimativo cada vez mayor... Y así, de cofre en cofre, conservado en las arcas de largos siglos medievales, ignorando mis poseedores el estigma que me manchaba, al través de los siglos modernos, hube al fin de venir a reposar, juntamente con otras antigüedades valiosas, en las arcas de este joven rico, que me recibió como parte de herencia de cosas arcaicas de sus antepasados, pero que, por su descuido, se había olvidado de mí y, sin quererlo, me había mezclado con las opulentas monedas de su tesoro áureo... He aquí mi satánica historia, que yo logré conservar oculta en mi mutismo metálico, durante tantos siglos en que dormí un sueño encantado en los cofres de curiosidades o joyas antiguas... Pero, para mi dicha, llegóse, al fin, el día en que el Fuego Divino, que todo lo purifica, porque extingue toda forma ilusoria y restaura su esencia al seno inmaculado de la Madre Naturaleza, va a destruir para siempre mi fatídica forma... Y ahora, por ello mismo, termina mi existencia con un grito de júbilo, en

el que se ahoga la voz latente del MAGNO CRIMEN que estigmatizaba mis caras, aunque un tanto borradas por el tiempo, pero ahora desaparecidas para siempre en la nada irreal, en donde desaparecen siempre todas las ilusiones de la terrestre existencia!...

En seguida, la funesta moneda se extinguió, sin dejar siquiera cenizas, mientras que el joven rico, aterido de espanto, contemplaba los despojos calcinados en que se había convertido todo el tesoro que llevaba consigo para su proyectado "viaje de placer"...

Después se atrevió, con timidez de réprobo, a mirar el rostro sublime del Maestro, como en espera de una palabra milagrosa que lo resucitase de aquella tumba, a la que había caído su alma. El Maestro sonrió con toda la dulzura del Amor de los Cielos y dijo:

—¡Joven rico! he ahí tu tesoro, al que entregaste tu vida y tu alma!... Sin embargo, las arcas de tu palacio aún estan llenas del oro que has amado siempre y que ha sido tu dios al través de todas las edades... Por segunda vez vine a llamarte a la resurrección, que florece en el lirio de la Vida Inmortal... Ahora ya sabes que toda moneda, aunque sea argéntea, que circula por el mundo, es, al igual que esta última que habló, una de las TREINTA, por las que mi cuerpo de sacrificio fué entregado al martirio de la Redención. Todas llevan el mismo estigma.

El joven, asombrado hasta la estupefacción, apenas pudo preguntar:

—¿Y por qué, Señor?.......

—Porque todas tienen en la Tierra la sombría misión de entregar el Amor Divino, que subyace en la oculta lámpara de toda alma, a las manos profanas de la ilusión del mundo. YO resido en toda alma, porque toda alma es Templo de Mi Padre, donde YO habito, y por cada moneda, soy diariamente vendido, profanándose Mi Morada, cuando la luz de toda alma se eclipsa por las sombras del mundo de la carne... Y la luz de toda alma es Mi Propia Luz.... En el dinero subyacen los verdugos de mi suplicio en el Calvario, que sobre la Túnica de que me han despojado, juegan la suerte de su destino maldito, profanan mi vestidura de Amor y diariamente me suspenden sobre la cruz de la materia, y diariamente agonizo crucificado en la cruz de todo hombre, porque cada corazón humano es el centro de mi cruz de dolor, donde Yo me inmolo y sufro, hasta en tanto que el Hombre resucite en Mí, y por Mi Luz reconozca, que él Es en Mí y YO en él, para ser una cosa con el Padre.... Ahora ¡oh joven rico de los siglos! escucha, si quieres, Mis Palabras, en este breve momento en que las tinieblas se han apartado de tus ojos.... Por segunda vez te digo, que si quieres ser dueño de un Eterno Tesoro en el Reino de Mi Padre, entrega tus riquezas a los pobres, convirtiéndolas en pan, ropaje y albergue, y con tu propia cruz de renunciación ven por Mi Camino, que conduce a la Verdad y termina en el Reino de la Eterna Vida,

porque Yo soy el Camino que se traza en tu propia alma, la Verdad que resplandece en la chispa divina de tu sér, y la Vida Eterna, que germina de la Simiente del Espíritu Inmortal. Si sigues por Mi Camino, vendrás a Mi Reino, donde serás dueño de todo el Oro contenido en las Infinitas Arcas de los Cielos y con el cual se hacen todos los mundos, desde la Eternidad... Pero eres libre en tu elección. Dos caminos parten de tus plantas: el del retorno al mundo de las riquezas ilusorias, donde volverás a encerrarte en el círculo del eterno fuego del placer y del dolor, o el que conduce al Reino de Mi Padre, donde no existe el dolor ni el placer, porque el que lo alcanza llega a ser perfecto, como Mi Padre Celestial es perfecto, y donde el sufrimiento no ha dejado jamás su huella, porque ahí todo es Sabiduría y Amor. ¡Este es el instante final de tu elección!

A estas Divinas Palabras, el Joven Rico de todos los siglos, sintió un glacial estremecimiento, que acabó por paralizarle cuerpo y alma, y con voz feble de mendigo, preguntó:

¡Oh Señor!... ¿Si me despojo de mis riquezas terrestres, cómo podré vivir y qué podré hacer?

—Cuando seas pobre EN ESPIRITU, —contestó el maestro— encontrarás en tí mismo las riquezas que jamás se agotan y que son el Pan de Vida que procede de los Dones de Mi Padre.

Pero, Señor! —acertó a replicar el joven rico, trémulo de angustia y de incertidumbre— ¿qué haría para alimentar mi cuerpo y poder subsistir en los años restantes de mi vida terrestre?...

Entonces el Divino Maestro le muestra el pan en que se convirtió la llamita de la exigua moneda de cobre, y que aún tiene en sus manos, y le dice:

¡He aquí el pan de cada día que comen los pobres! No han menester más para alimentar la vida de sus días terrestres. Este es el Pan santificado por la pobreza y bendito por Mi Padre. Bástale a cada día un mendrugo, para que el ilusorio cuerpo de carne mantenga los pasos contados de su peregrinación terrestre. Aquel que peregrina y sabe que es un peregrino, cuya meta es la Casa de Mi Padre, no se detiene en el camino en busca de suculentos manjares y ni se pone a edificar palacios para albergarse una noche, sabiendo que apenas raye el alba, reemprenderá su marcha y el inútil palacio quedará atrás de sus huellas. Al que tiene prisa en llegar, bástale el mendrugo que lleva en sus alforjas de viaje. Si tú quieres emprender ya esa marcha, toma este pan, bendito por Mis Manos, y él será bastante a alimentarte durante el trayecto del camino que te queda. Pero si tu decisión es opuesta, desanda tu camino y vuelve por tu sendero sombrío, para que pases el fugaz instante que te queda de vida, bajo los techos de oro de tus palacios y en el rugido de la orgía, y ahogues para siempre la Voz de la Verdad, que ahora has escuchado... Y te sorprenderá la eurora del

nuevo día, mostrándote en sus primeros reflejos la guadaña de la muerte, presta a descargar sobre tí el golpe fatal... y el Sendero que ahora ves, conduciendo al Reino de la Vida se borrará ante tus ojos, para mirar sólo el Abismo, que habrá de devorarte para siempre...

En seguida, el Divino Maestro hizo sonar las cuerdas de Oro Celestial de su Lira de estrellas, y cada nota se transformaba en una flor luminosa, que iba alfombrando el Sendero que conduce al Pórtico del Reino de la Vida; se abrían los lotos de la Sabiduría, los lirios del Amor y las rosas de la Belleza pura, pero el Joven Rico, aún cuando contemplaba la Luz del Sendero, sentía nuevamente en su corazón el hechizante poder de las bellotas de oro, regadas en el fango, que había sido el alimento en los diarios banquetes de su vida... De sus pies, partía la senda de la Luz, pero también, el opuesto sendero de las Tinieblas, por donde él seguía en loca carrera, tras de los paraísos de las concupiscencias... Y el Maestro, alejándose por el Sendero de flores luminosas, que conduce a su Reino, habló por última vez desde Su Lejanía Celeste, donde se iba desvaneciendo el sublime contorno de Su cuerpo espiritual:

—Los dos senderos se abren ante tus pies; elige el de la vida o el de la muerte!

* * * * * *

...Pero el Joven Rico de todos los siglos y redivivo en este siglo de acero y fuego, se quedó sumergido en una estupefacción mortal, en tanto que el Divino Sendero se iba desvaneciendo en los horizontes, cubiertos por las nocturnas sombras. Cuando sale de su estupefacción, despierta a la conciencia de sus tinieblas habituales. y de su interna visión desaparecen hasta los últimos fulgores de las Divinas Huellas... Luego, mirando al suelo, donde sus riquezas cantaron su siniestra epopeya, para convertirse en cenizas, vió asombrado surgir una especie de fantasma de una negrura más densa que la de todas las sombras, y oyó una voz de abismo, que dijo:

—¡Joven Rico!... Yo soy tu dueño y señor... Mírame!... Fuí la criatura de tu propio egoísmo y he crecido tanto, al través de los siglos donde has sembrado tus vidas peregrinas, que ahora, necesitarías el poder titánico del Reino de la Luz, que has visto, para lograr que me desvaneciese. No podrás escapar a mi dominio... Mírame! yo soy la roca de tu corazón endurecido, que obstruye la entrada de la Puerta Estrecha, que conduce a ese Reino que se te acabó de revelar, al Poder del Divino Amor, cuya voz siempre has desoído. Si tienes fuerza para remover mi montañosa mole y dejar libre la entrada, hazlo, si puedes, y entonces serás salvo, porque el Reino será tuyo, pero te tengo encadenado y tus débiles fuerzas gastadas en los placeres de la carne, no podrán siquiera remover un átomo de mi gigantesca mole... Yo soy el Amo del Mundo, el

sombrío Egoísmo, nacido del corazón de todos los hombres y robustecido con las sombras de su ignorancia de siglos. Yo soy, y he sido desde que nací, el creador de la riqueza del Oro... No me ha vencido jamás la humanidad, antes, por el contrario, se dobelga a mi voluntad y acata fielmente mi Ley de Crueldad, Sangre y Muerte... ¿Podrás vencerme tú, miserable paja, a merced de todos los vientos de las pasiones y de las vorágines del mar de la ignorancia, donde sobrenadas desde todos los siglos?... Sólo el Epíritu podrá herir mi corazón con el Rayo de la Sabiduría y del Amor... ¿Acaso tú tienes esas armas en tus manos?... Así es que ¡miserable!... No tienes más que proseguir el camino de la muerte por donde has ido siempre... Mira!... te devuelvo repletas las talegas de tus áureos dineros; yo he vuelto a dar forma a las monedas siniestras que cantaron su epopeya de horror, porque yo soy el rey omnipotente del Dinero... Sube a tu carruaje de nuevo las áureas monedas que llevabas destinas a la orgía de este día, empero, ya sabes lo que cada una contiene y la real riqueza que te ufanas de poseer... ¿Ya comprendes, ahora lo que dijo el Maestro desde el principio de esta Era?... "Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entrar al Reino de Dios"... ¡Ea, tú eres fiel testimonio de esta verdad!... El Reino no es para tí, ni entrarás a El jamás; sólo tienes abiertas las puertas de mi reino de tinieblas, de odios y de placeres que germinan en el dolor de la muerte y florecen en las rosas de la nada!... ¡Adelante, pues!... Sigue tu camino... El pórtico del paraíso, hacia donde ibas con tanta presura, está abierto ante tus ojos, sólo que ahora, es un abismo que te devorará!...

Una vez que la horrible visión se desvaneció en las tinieblas de la noche, el joven rico creyó despertar de una espantosa pesadilla, sacudió su cabeza y se frotó los ojos... Sólo percibió las tinieblas de la noche que le estrechaban en su seno, pero despertando a la habitual conciencia del pasado, ordenó a su criado, que dormía profundamente:

—¡Imbécil!... Despierta!... y pon en marcha el vehículo, que hemos de llegar, aunque sea tarde!...

Y el vehículo reanudó su rauda marcha, pero a los pocos pasos, un abismo sin fondo lo devoró...

...¡Oh Joven Rico de Hoy y siempre!... ¿podrás comprender algún DIA la verdad que subyace en este relato de ficción, que acaso puede calificarse como un "cuento de hadas"...?

* * * * * *

III

Más allá de la medianoche don Mateo concluyó la lectura de "La Epopeya del Oro", que había puesto en sus manos aquel inesperado e incógnito visitante. Una vez que el viejo millonario acabó de leer el manuscrito, lanzó un suspiro profundo, como quién se siente liberado de una carga pesada. Arrojó con cierto desdén lo que había leído en el cesto de los desperdicios y tras unos momentos de perplejidad angustiosa, volvió a lanzar otro suspiro de alivio, para decirse a sí mismo:

—Después de todo, esto no es más que un cuento; una ficción un poco ingeniosa de este tipo desconocido que, a juzgar por su apariencia, no pasa de ser un escritorzuelo desventurado, que sabedor de mi opulencia, quiso impresionarmme con su teatral actitud, para volver después de algunos días y epilogarlo todo con la solicitud de alguna ayuda... ¡Bah!... ¡Qué broma tan de mal gusto!... Y lo único que va a lograr es una reprimenda de mi boca para, en seguida, arrojarle a la cara, hecho pedazos, el malhadado manuscrito que me trajo y que, por no sé qué autosugestión, yo tuve la paciencia de leer... ¡Qué tontería!... Todo es una ficción sin fundamento alguno, y en esto me pasé largas horas de la noche... Ya debe sobrepasar la medianoche y debo descansar, porque mañana me reclaman numerosas atenciones bancarias...

En seguida lanza un ruidoso boztezo y se dispone a encaminarse a la alcoba de su lecho, más, cuando intenta ponerse de pie, siente que una fuerza, parecida a la de un imán, lo obliga a adherirse al asiento, sin poder despegarse de él ni un milímetro; en seguida siente todo su cuerpo anquilosado y sólo puede mover la cabeza, para mirar, sin quererlo, hacia su más grande caja de caudales, sobre la cual vuelve a percibir el misterioso reloj de arena, cuyo último grano, ya pasa de la parte superior a la inferior, y percibe también la figura del Cristo, que, en esta vez, parece animarse y crecer hasta las proporciones naturales; se aterroriza ante una mirada viva, plena de majestad, y ante el ademán, de sus brazos, que parecen lla-

mario por el camino que desemboca en el Reino de lo Incognoscible. Cree ver también el resplandor divino de su rostro y hasta le parece oír estas palabras:

—El Joven Rico de todos los siglos, que siempre ha desoído mi llamado al Reino de mi Padre, mora en tu corazón decrépito. A pesar de que tu alma es una tumba donde sepultaste mi Amor y mi Verdad, el Joven Rico de la codicia agita tu corazón en el frenético ritmo de las pasiones. Escucha por última vez mi voz de salvación: "¡Dá todas tus riquezas a los pobres!..." y, aunque ya has puesto el pie en el umbral donde comienza el Reino que tú desconoces, aún es tiempo para que el oro que has forjado con el hambre y el dolor de tus semejantes, pueda convertirse en el pan de los que tú has dejado hambrientos!...

A estas palabras, que tan claramente escuchó el opulento Mateo en los últimos instantes de su vida, pudo aún contestar en la voz de su alma atormentada:

—No es posible hacer lo que me mandas. Mis riquezas florecen en numerosas industrias; se dilatan por vastos campos, tintinean en el oro de los bancos y reposan en las cárceles de mis arcas... ¿Cómo podría hacer que volviesen, convertidas en innumerables dádivas, a las manos de millares de pobres, de donde las he recolectado con la despiadada segur de mi astucia, mi codicia y mi crueldad?...

—Bastaría que lo quisieras desde el fondo de tu corazón —contestó la Divina voz de Cristo— para que, por obra de Mi poder, todo se restaurase, convertido en pan, a las manos de los menesterosos.

—¡Oh Señor! —contestó el opulento avaro moribundo con la voz de su pensamiento— aunque tú puedas hacer ese milagro, yo me resisto todavía... ¿Ignoras que tengo dos hijos, a quienes debo de heredar todos mis bienes?... Ellos están primero que todos los pobres del mundo!

—¿Quieres dejarles la herencia de tu maldad?... ¿Aún ignoras el real signifcado del oro, después de haber puesto en tus manos su satánica Epopeya, para que escucharas sus siniestros cantos?...

—¿Es verdad lo que he leído, Señor?...

—¡Ciego! —Contestó el Maestro— Viendo, no ves y oyendo, no oyes. Tu ceguedad y sordera te han perdido. Es ya el momento que cruces el umbral para que encuentres en el abismo de tus propias sombras, el mundo de sufrimientos, tormentos y horrores que tú mismo has construído con los esfuerzos de toda tu vida por acumular montañas de oro... Ya las tienes a la vista; esas montañas se han superpuesto unas a otras, para erigir las torres de tu tormento, dentro de las que quedarás encadenado durante la vida ultraterrestre que te espera, experimentando en tí mismo todos los sufrimientos que, por conquistar tus riquezas, causaste a tantos millares de víctimas de tu egoísmo... He ahí las moradas que te esperan; esas

mazmorras de sombra y horror son tus propias cajas de caudales, donde tú mismo aprisionaste a tu alma, y a cuya prisión tú mismo te has sentenciado...

Entonces, el moribundo Mateo lanza un grito clamoroso:

—¡Perdóname. Señor!

Y la voz divina de Cristo, contestó:

—Nunca el perdón ha venido por gracia. La Ley de la Justicia Eterna de Mi Padre es inflexible y nada hay que pueda modificarla un ápice, siquiera, ni nadie ha existido nunca que haya podido eludirla. El que siembra, recoge en su cosecha el fruto de su siembra. Nadie puede cosechar manzanas de la cizaña venenosa que ha sembrado, ni nadie habrá que, sembrando buena simiente, haya de recoger frutos venenosos. Sembraste simientes de codicia, egoísmo y crueldad por el largo surco de tu vida terrestre, ¿y qué frutos puedes cosechar ahora, que es el momento de la siega, sino las espigas lancinantes del dolor que sembraste y cuyas espinas venenosas penetrarán a tu corazón, haciéndote sentir todo el sufrimiento que tú mismo causaste a las víctimas de tu egoísmo?... ¡Ea!... La mies ha sazonado! Cruza la frontera del mundo ilusorio con la del Mundo Real, en cuyos campos infinitos encontrarás la cosecha del verdadero fruto de tu trabajo terestre!...

Unas últimas palabras se escapan de la boca del desdichado opulento:

¡Señor!... Me horrorizo al contemplar mis sementeras! Cada espiga que corte se convertirá en punzante dardo, que herirá mi corazón con punta envenenada... ¡Ay!... y son espigas de oro... Sí, el oro maldito, a cuya adquisición consagré toda mi vida terrestre, que se extingue... ¡Piedad, Señor!... Perdóname, y ordenaré que con mis riquezas se te erija un templo magnífico, con torres y cúpulas de oro!...

Estas fueron las últimas palabras de Mateo, en el instante de cruzar el Umbral, y en respuesta, se escuchó la voz divina del Supremo Maestro, desde la lejanía gloriosa de su Reino de Amor y de Verdad:

—Mi templo es el Corazón del Hombre, cuyas cúpulas se edifican con el Oro del Amor, y cuyas torres sutiles han de elevarse en vuelo de Sabiduría hasta las Alturas Infinitas de Mi Padre... Sólo en ese Templo Yo moro y es el único Santuario de salvación para las almas. Ni todo el oro del terrestre mundo puede edificar un templo semejante, y si con ese oro se edifica, se habrá erigido un templo a Satanás, porque tal oro es su deyección y su herencia a los hijos del Mal... Ni todos los santuarios de piedra, que el hombre ha edificado sobre la Tierra, podrán atraer Mi Presencia, y jamás he estado en ellos, pero siempre resplandezco vivo y eterno en el más humilde templo interior, que el pobre, el puro y el que haya alcanza-

do la Sabiduría del Espíritu, me ha erigido en lo más íntimo de su corazón... ¡Ay de vosotros los ricos, a quienes el oro material os ha empobrecido el alma y jamás poseeréis las pepitas del Oro de la Verdad, de la Sabiduría y del Amor!...

* * * * * *

Cipriano era el hijo mayor de Mateo y, desde años atrás, se había consagrado en cuerpo y alma a regir solícitamente las inmensas riquezas de su padre; éste, por su parte, había puesto en su hijo toda su confianza, y de buen grado le había concedido el privilegio de administrar la mayor parte de sus empresas y de sus tierras. Su otro hijo, llamado Adolfo, no hacía otra cosa que exigirle dinero para derrocharlo en viajes, orgías y placeres; era un redomado libertino, y por esta causa, el viejo Mateo había decidido desheredarlo. Por esos días, andaba de viaje en un país vecino y desde hacia meses no se tenía noticias de él...

Cipriano acostumbraba dejar el lecho desde temprana hora para tener tiempo de atender a sus numerosos asuntos, pero antes iba a ver a su padre, para discutir con él lo que, con respecto a este o aquel problema, pudiera encontrarse la mejor solución, y de esta suerte, conducir el enorme bajel de su opulencia hacia el puerto más conveniente, para volver en seguida con mayores cargamentos de oro.

Ese día, como de costumbre, Cipriano, que era un adulto calvo, ceñudo y de hablar cortante, penetró a la alcoba de su padre y se asombró de verlo sentado en su viejo sillón y en actitud rígida.

—¡He?... ¿Por qué estás así, padre?... ¡Habla!... ¿Qué te ha sucedido?...

La respuesta fué el silencio. Nerviosamente se acerca más hacia él; examina su rostro, lo sacude con sus manos y se da cuenta que está frente a un cadáver. El asombro desagradable duró un instante, pues tras de cerciorarse que su padre había muerto, una ancha sonrisa de satisfacción se dilató por todo su rostro grosero y agresivo.

—¡Bah!... parece que el viejo ha muerto!... No me eperaba que fuese tan pronto!... ¡Qué bien que mi hermano está ausente desde hace mucho tiempo!... ¡Ojalá que a estas horas le hiciese compañía a mi padre en el enigmático más allá... Yo sería, sin más tropiezos, el señor y amo de las inmensas riquezas de Mateo!... ¡Oh, si parece que todo está a pedir de boca!... Por lo menos mi hermano está ausente, y entre tanto, yo moveré todos los resortes legales para asegurarme como único y universal heredero; cuando regrese mi hermano, le daré con las puertas en la cara y no tendrá más remedio que irse a vagabundear como pordiosero por el mundo... ¡Eureka!... en muy buen tiempo este viejo se ha apartado de mi camino... ¡Por lo tanto!... manos a la obra! Los funerales luego, y en unos días más yo legalizaré mi vasta herencia!

Cipriano se movió con la presteza de sus pensamientos, y ese mismo día se celebraron los funerales del hombre más rico de la comarca y por la tarde, su cuerpo yacía bajo la madre tierra...

El reloj de arena había desaparecido de su lugar, y cuando Cipriano abrió la caja de caudales, donde yacían aprisionados millones de dineros, se sorprendió al ver dentro de ella el mismo reloj de arena que, la noche antes estuviese sobre la misma caja, ante la mirada del ya extinto Mateo, sólo que ahora, el reloj había invertido su posición y la arena de la cavidad superior se iba deslizando con más rapidez que de ordinario hacia la cavidad inferior.

—¡Bah! —exclamó para sí Cipriano— ¡qué clase de antigüedades tenía mi padre?... Jamás había visto yo ese extraño reloj de arena!...

Y en ese momento Cipriano sufre una extraña, aunque momentánea alucinación, porque le pareció que el reloj era levantado por una mano invisible, y poco después, creyó ver la propia mano huesosa que lo cogía y hasta la familiar figura de un viejo de luengas barbas blancas, que siempre ha simbolizado al tiempo, y que, fijando en Cipriano sus ojos de arcano, le decía:

—Yo soy el rey de la vida, porque soy el Tiempo, a cuyo imperio, todo lo que vive, corre incesantemente a la muerte, al igual que los granos de arena de mi Reloj están cayendo siempre a la cavidad inferior; esta cavidad es la Eternidad, abismo que todo lo devora y que a mí mismo me devorará cuando los mundos dejen de girar, en este DIA, por el espacio... Si yo, que tengo una edad eónica de millones y millones de siglos, he de perderme en el Abismo donde no hay tiempo, ¿qué será de vosotros, miserables criaturas terrestres, cuya duración de vida en mi Reloj no marca ni siquiera un segundo?... Ve en este Reloj el devenir de tu mísera existencia; la arena que se precipita hacia abajo no se detiene un solo instante y, en unos momentos más, todos sus granos habrán caído al fondo inferior... ¿Y tan ufano estás por creerte dueño del oro ilusorio que dejó tu padre, cuando que no eres dueño ni siquiera de una palpitación de tu cuerpo?... ¿Sabes acaso si en el inmediato diástole o sístole de tu corazón esté señalado el fin de tu efímera existencia?... Sólo eres dueño del presente, y el presente es un aparecer y desaparecer, dado en el mismo instante; su duración no es siquiera de un segundo... ¿cómo podrás contar con el siguiente instante de tu fugaz presente?... ¿Y así crees ser dueño de esas sombras vanas, e ilusorias imágenes áureas, que los hombres llaman riquezas?... ¡Desdichado de tí!... heredero tan sólo de toda la desdicha humana, que es el patrimonio común de la humanidad, legado por su propia ignorancia!

Cipriano creyó ver y oír todo esto en un momento de clarividencia momentánea; pero una vez que pasó aquel arrobo extraño, se restregó los ojos, dándose a creer que todo había sido alucinación, y restaurado a la grosera conciencia sensible, vuelve a contemplar

el oro acumulado en la más grande caja de caudales, sin percibir ya el alucinante Reloj de Arena...

Y volvió a abismarse en el maremágnum tormentoso de sus quimeras efímeras y de sus ilusorios sueños de grandeza mundana... Y en formar y rectificar mil y mil proyectos, para acrecentar hasta el infinito los caudales de su desdichado padre, se le pasaron muchas semanas, sin volver a acordarse más de aquella rara "alucinación", que le había arrebatado el día de la muerte de Mateo...

* * * * * *

No pasaron muchos meses cuando, súbitamente, el hermano indeseado hace su aparición; el vicio, la estupidez y la maldad, pintan sus rasgos repulsivos en el lienzo manchado de un rostro que contrae su juventud en arrugas de vejez. Ni la aparición del más horroroso espectro pudo haber causado tan ingrata sorpresa en su hermano Cipriano. Ambos se miraron con la agresividad de dos flechas envenenadas que se cruzan en su trayectoria. Cipriano fingió indiferencia y casi desconocimiento:

—¿Qué deseas?... ¿a qué has venido?...

—¿Quién eres tú para interrogarme de ese modo? —repuso Adolfo, empuñando nerviosamente sus manos y haciendo crujir los dientes.

—No tienes a qué venir —agregó Cipriano, volviéndole desdeñosamente la espalda— supuesto que éste ya no es tu hogar.

—¿Por qué no habría de ser?... ¿Acaso no soy hijo de los mismos padres a los que tú diste igual denominación?... Acabo de saber, al llegar, que mi padre murió desde hace meses... ¿Por qué no me lo comunicaste?... ¿Es que creíste que, en mi ausencia, tú podrías arreglar las cosas de manera que te convirtieras en el heredero único de los bienes de mi padre?... Si así lo creíste, te has engañado de cabo a rabo... Y para no andar con circunloquios, vengo a tomar posesión de lo que me corresponde... En seguida, tus odiosos ojos no me volverán a ver más...

¿El hermano mayor vuelve a mirar a Adolfo con la agudeza de dos rayos fulminantes; luego desata una risotada mefistofélica, y truena:

—¡Miserable!... Tu herencia la derrochaste en los prostíbulos y en el largo camino de tus viajes de vagabundo... Anda a recogerla de ahí... Aquí no te queda ni un céntimo... Tú fuiste un maldito hijo pródigo, miestras que yo, al lado de mi padre, fuí el factor principal para extender sus industrias, robustecerlas y darles el auge que tienen... Así que... ¡Largo de aquí, miserable haragán!... Y no quiero volver a verte...

Adolfo se quedó paralizado de rabia, enviando a su hermano las puñaladas de sus miradas chispeantes, en tanto que este último, poseyendo una fuerza de gorila, lo arrojó a empellones hasta poner-

lo en la calle. Luego cierra las puertas de la regia mansión paterna y vuelve a su interior, repiqueteando con sus mandíbulas risotadas de sarcasmo y triunfo.

Por su parte, Adolfo se ocupa en gestionar con abogados la reivindicación de su personalidad como heredero del opulentísimo Mateo, pero acaba por cerciorarse que él fué ignorado y se le dio por morador de los mundos donde ahora su padre recoge la cosecha de sus granos de oro.. Sin embargo, aparece resucitado y dispuesto a reclamar su parte de herencia... Se entabla un largo litigio, que, aunque molesto para Cipriano, no le preocupa en lo más mínimo, sabedor de los torrentes de oro de que puede disponer para llenar los bolsillos de los abogados y torcer a voluntad la decisión de los jueces...

* * * * * *

...Y así corrían los instantes del tiempo, que nosotros llamamos días, años o meses, y en un instante de esos, el opulento Cipriano, que contemplaba el interior de la espelunca de la más grande caja de caudales, vuelve a ver el fatídico reloj de arena; frunce el ceño, sin acertar en la causa de aquello que él cree una alucinación, y contempla que el último grano de arena de la parte superior se va ya deslizando hacia la inferior. Para borrar aquella molesta visión, apura de un solo sorbo una copa de fino licor que apenas había escanciado de una botella que, entre otras muchas, había recibido como regalo de uno de sus más íntimos amigos... Y no bien apuró el licor, cuando se sintió posesionado de un extraño malestar. Su mirada se fue empañando y los miembros de su cuerpo empezaron a ponerse rígidos... Luego vio, en ese instante, que del fondo de la abierta caja de caudales surgía el espectro de su padre... Lo reconoció; era él, pero ¡en qué lamentable aspecto!... Iba cubierto de harapos y su cuerpo esquelético y semidesnudo era sacudido por constantes convulsiones; sus mandíbulas castañeteaban y sus ojos febricitantes depedían miradas pordioseras, implorando la piedad de una Justicia inflexible... Cipriano creyó escuchar estas palabras de boca de su padre, con un timbre doliente y quebrado:

—Desdichado hijo mío... has heredado mi pobreza... Contempla mi desnudez, mi hambre, mi miseria, mi dolor y mi tormento... Eso es lo que te he heredado en los caudales de oro que contemplas...

En seguida, los ojos estupefactos de Cipriano ven cómo las áureas monedas, que yacen en su arca, se convierten en ascuas, quemando los pies desnudos del espectro de su padre, que parece danzar sobre ellas, y vuelve a decirle:

—¿Ves lo que este oro es realmente?... Fuego que me abrasa y que perpetuamente me está atormentando, porque cada moneda de éstas y del inmenso conjunto de las riquezas que acumulé en mi

desdichada vida terrestre, contiene el fuego del sufrimiento de los desposeídos, que fueron mis víctimas... Y el fuego de su dolor, del dolor de su miseria, su hambre y su desnudez, que yo encendí con la tea de mi avaricia y crueldad, es el que ha fundido el áureo metal de las monedas de mi opulencia... Y ahora las poseo en su verdadero valor y disfruto de sus reales dones... ¡Ay!... el valor del dolor humano de mis semejantes y los dones abundantísimos de sus mismos sufrimientos, que ahora, todo en conjunto, se descargan sobre mí y su peso aplastante de montañas gravita sobre mis espaldas abrasadas y sangrantes... ¿Puedes contemplar mayor miseria?...... ¿Has visto acaso en la tierra un ser humano más desdichado y paupérrimo que el que en la tierra se creía feliz por ser opulento?... He aquí, mi dolor no puede compararse ni con el del más desdichado y pestilente leproso, que sea arrojado de todas las mansiones y condenado a padecer el dolor de sus llagas bajo los rayos del sol y la inclemencia del invierno... Y así transcurre mi existencia en los senos sombríos de estas moradas del viejo HADES, por sabe Dios cuán largos siglos... He ahí mi herencia para tí; sé que la has recogido; que has sembrado como yo, y que ya se llegó el momento de que pases a recoger sus frutos en estos campos de abismo, donde yo y los que fueron como yo, padecemos y sufrimos el resultado letal de nuestras siembras... ¡Ay de tí, que no supiste escuchar los cantos siniestros de la Epopeya del Oro!... que si los hubieses escuchado, no fueras en estos momentos el heredero de mi abismal pobreza... ¡Ea!... te espero en mis moradas, para que compartas conmigo el fuego de las espigas de oro que cosechamos!...

El Reloj de Arena dejaba caer su último grano en el abismal vacío, y Cipriano sintió un sacudimiento terrible, que lo transportó al mundo de las sombras, en tanto que su cuerpo, en el mismo aposento, lugar y sillón, donde años antes su padre Mateo había dejado su cuerpo rígido, se inmovilizó para siempre, fijando su mirada apagada en el fondo de la caja de caudales, de donde había desaparecido todo el oro, consumido en el fuego de la maldad que simbolizaba...

* * * * * *

No bien corrió por la ciudad la noticia de la muerte del hijo mayor de Mateo, cuando Adolfo se hizo presente en la opulenta mansión... Aún su hermano yacía en rico ataúd y los amigos y numerosa servidumbre se disponían a celebrar los funerales. Cautelosamente Adolfo penetró hasta el aposento donde había muerto su hermano; hurgó ansioso con los ojos por todos los rincones, y centelleó en ellos una diabólica alegría al percibir la botella de licor letal. Prestamente la cogió y la ocultó entre sus ropas, saliendo del aposento con un fingido rostro de pesar y consternación exclamando:

—¡Desdichado de mí!... que ha muerto mi segundo padre!... ¡Ay! que mi hermano querido ocupó el lugar del padre amado y para mí no tenía sino bondades y ternuras... Puedo decir que he quedando huérfano por segunda vez... ¿Quién consolará mi dolor?...

Los circunstantes se sintieron conmovidos por aquellas fingidas demostraciones y creyeron en la sinceridad de ellas... aunque un rictus de dubitativa ironía signó los rostros de muchos de los viejos servidores de aquella mansión de riquezas...

Adolfo,subiendo a un flamante automóvil, lo pone en marcha, no sin antes hacer saber al grupo de los colegas de su hermano, que fingían un gesto de consternación:

—Voy a arreglarlo todo, para que los funerales de mi querido hermano sean los más suntuosos que en esta comarca se hayan visto...

Y partió... pero su meta estaba en un lugar muy alejado de la ciudad, donde vertió en las aguas de un arroyo el resto del licor de la botella, y en seguida arrojó el recipiente contra unas rocas, donde se hizo mil pedazos, para, de esta suerte, no dejar huella alguna de su fraticidio, largamente premeditado y exactamente ejecutado...

—¡Oh! —exclamó para sí en el delirio de la alegría— este sí, que fué el crimen más perfecto en la historia de la criminalidad... Ahora sí, no hay nada que me estorbe para gozar de las inmensas riquezas de Mateo, mi padre.. Se abrirán a mi llamado las puertas de todos los paraísos de la tierra; vagaré por toda la redondez del globo y derrocharé mi oro para corromper cualquier doncella o casada que halaguen mi mirada y para hacerme acompañar del cotejo más numeroso y fiel que a acaudalado alguno haya acompañado... ¡Soy feliz!... El más feliz de los hombres!... Soy joven... Muy joven aún, y toda la vida me queda por delante... Si llego a la vejez y mis caudales se agotan, me quedará aún un revólver para poner fin a mi existencia... ¿Después?... la nada, sin duda, pero mientras tuve conciencia del vivir, apuré de la vida todo su jugo placentero... Bien, volvamos a mi regia mansión; arrojaré el cadáver de mi rival al sepulcro y nadie se volverá a acordar de él...

Y en efecto, Adolfo regresó; ordenó suntuosos funerales y, al día siguiente, él tomaba posesión de aquella sede áurea, sin sospechar, siquiera, que había heredado la miseria más dolorosa y cruel del mundo...

Gracias a su lluvia de oro, no se hicieron investigaciones judiciales acerca de la muerte súbita y sospechosa de su hermano; testimonios médicos coincidieron en una muerte natural, muy a pesar de que muchos le los servidores de aquella casa de oro, tenían indicios claros de algún crimen premeditado y muy a pesar

de que muchos de los colegas opulentos de Cipriano también busmearon en un ambiente deletéreo... Empero, Adolfo colmó de oro los bolsillos del grupo de amigos de su hermano, que habían fraguado con él el crimen del envenenamiento y, por ello mismo, como para no descubrirse como cómplices, tuvieron buen cuidado de guardar el secreto... Por otra parte y gracias al milagro satánico del oro, los abogados aceleraron el juicio, y en poco tiempo, Adolfo fué declarado único heredero de aquellos cuantiosísimos bienes, que, en la realidad, son cuantiosísimos males, factores de la peor miseria que el hombre pudiera sospechar . .

No obstante esto, Adolfo alcanzaba las cumbres de la apoteosis, y por muchos días, unos meses después de la muerte de su hermano, celebró con sus amigos ruidosos banquetes y escandalosas orgías, que, a pesar de los tiempos degradados, produjeron cierto escándalo en la sociedad donde vivía...

* * * * * *

Habían pasado algunos meses y Adolfo se sintió hastiado, por lo cual se recluyó en su aposento y ordenó a sus criados que negaran la entrada a todo visitante.. Las numerosas empresas de su padre las había desatendido en absoluto y los que las administraban, casi siempre le daban cuentas de deficiencias y quiebras... Pero todo esto molestaba al joven millonario y no hacía más que exigir enormes cantidades de dinero, sin importarle que los negocios heredados, en otrora viento en popa, decayesen ahora o hasta se hundiesen en las negras aguas de los pantanos pestilentes de las finanzas... Lo que le importaba era agotar todas sus energías vitales en el fuego de los más bajos placeres, y se daba a creer que, por más que derrochase, la fuente de sus riquezas sería inagotable...

Por entonces descansaba malhumorado y hastiado, en espera, tan sólo, del renacimiento de sus deseos concupiscentes para, una vez que se robustecieran, darles todo el pábulo que exigiesen...

Entre tanto, y como para matar el hastío mientras sus frenéticos deseos también dormían siestas de faunos o de sátiros, coge al azar aquel maltratado rollo de papeles manuscritos, donde un exótico personaje había escrito la EPOPEYA DEL ORO... Los empieza a leer, primero con indiferencia y hasta con enfado, y después con cierto interés burlón, hasta que, al fin, acaba por devorar su contenido .. No sabe por qué al finalizar la lectura, se siente un tanto aterrorizado, como quién acaba de escuchar la pregunta de la Esfinge... Jamás ha pensado, ni por un momento, en el enigma de la muerte, ni menos en las posibilidades de una vida ultraterrestre... Sin embargo, en esos instantes la muerte es la que le habla por boca de la Esfinge, y por primera vez siente un frío terror ante el abismo... Siente también la

evidencia de que el Oro es, realmente, lo que se canta en su siniestra epopeya... ¿Qué ha sido el oro en sus manos y qué es lo que él ha hecho por conquistar el oro de las manos de su hermano?... ¡Crímenes!... ¡Crímenes!... Fatricidio primero, estupros de vírgenes, después, orgías escandalosas y frenéticos viajes de placer... ¿Cuál es el fruto de todo esto?... Un hastío de amargura que lo posesiona y un lancinante remordimiento que le atraviesa el corazón... Y para ahogar el remordimiento de su crimen se sumerge en el fango de la embriaguez del vino y de la carne... El oro lo arrastró al crimen del fraticidio, por alcanzar su posesión, y una vez en sus manos, lo ha precipitado al fango de los vicios más degradantes... ¿Ha hecho la más pequeña obra de caridad con alguna migaja de sus riquezas?... Jamás sus ojos se han posado en el dolor de sus semejantes y sus oídos siempre están sordos al lamento de la miseria y del desamparo de los demás... Por el contrario, con el imán de su oro, ha atraído a su lecho concupiscente innumerables doncellas menesterosas, en pago de cuya virginidad les ha dado un mezquino puñado de oro, para luego abandonarlas en su propia deshonra y dejarlas caer en el infierno de las prostituciones públicas... Numerosos son también los infanticidios que, por su causa y consejo, han perpetrado sus pobres víctimas, en su afán de salvarse de la deshonra social... Y todo este panorama de maldades se le hace presente en aquellos instantes de hastío amargo y soledad desesperante... Y siente que la maldita epopeya del oro, relatada en aquel anónimo manuscrito, es la verdad más cruel que abraza a su miserable vida...

Abre la gran caja de caudales, y en su fondo percibe lo que su padre y hermano percibieron en inexplicable alucinación: el reloj de arena... Nunca antes lo había visto y le extraña sobremanera aquel arcaico objeto; como siempre, la arena de la parte superior cae incesantemente en la inferior, y lo que más le asombra y hasta le aterroriza, es mirar al través de la transparencia del reloj como una a manera de copa cristalina, que aún contiene un sedimento de licor...

—¡Ah! —exclama— aún está ahí la copa del veneno fatal... ¿quién la depositó ahí?.... ¿Sería mi propio hermano en los momentos paroxísmicos de su agonía?... ¿Pero por qué no la había visto en alguna de tantas veces como he abierto esta caja férrea?....

Para Adolfo todo aquello es inexplicable. Su mente se obscurece y su corazón vuelve a caer en el hastío más amargo. Unos días después, cuando su terror y remordimiento se han adormecido, se resuelve a emprender un largo viaje, reúne grandes cantidades de dinero y, en un flamante carruaje, del último y más costoso modelo, se lleva todo lo necesario para sus proyectos de errabundo libertino. Va solo, únicamente en compañía del conductor de su carruaje. A nadie da noticia de su viaje, y una noche abandona la

mansión maldita que, en otrora fuere sede del hombre más opulento y poderoso de una extensa comarca...

Después de caminar muchos kilómetros por la interminable carretera moderna, que serpea entre desfiladeros de montañas, bordeados por ejércitos encantados de pinos, el carruaje sufre un desperfecto y se ve obligado a estacionarse a la vera del camino, en tanto que su conductor inquiere por la causa del desperfecto y trata de repararlo. Adolfo, mohíno por su forzado paro, se echa en el asiento y a pocos instantes se queda profundamente dormido....

Entonces le posesiona un ensueño vívido, y... ¡cosa admirable!... se siente él personificado en el Joven Rico que se relata en el misterioso manuscrito, que se intitula "La Epopeya del Oro", y que unos días antes había leído, conmoviéndole profundamente su contenido.... Escena por escena de aquel fantástico relato estuvo viviendo en su sueño, pero después de la última escena de aquello que él calificó como cuento de hadas, se le hicieron presentes dos figuras macabras, vestidas de harapos y, con el signo de un dolor irremediable en sus rostros huesosos. Ambas veían crepitar las últimas lenguas de fuego que iban consumiendo las áureas monedas, y una de ellas habla:

—¿No me reconoces, hijo mío?.... Soy tu desdichado padre, el artífice de todo ese oro que se está consumiendo, y que fué la causa de la espantosa pobreza en que ahora me encuentro.... Allá, como aquí, estoy viendo flamear a mi derredor y bajo mis pies, las ascuas en las que se han convertido las fatales monedas del satánico metal que más estima el hombre; su fuego me abrasa a todo momento, porque ese fuego es el alma inextinguible de la riqueza terrestre, cuya esencia es el sufrimiento de las incontables víctimas a quienes les arrebaté el pan, y con su sudor y el jugo de sus vidas fabriqué el oro que me hizo opulento en la Tierra... Ahora, el inmenso dolor de tantas víctimas se condensa en el solo sufrimiento que me atormenta; lo que tantos sufrieron, lo sufro ahora yo solo; padezco en mí el hambre de millares, la desnudez y la fatiga de todas mis víctimas y la desesperación de la pobreza de todos los que hice pobres por ser yo rico.... ¡He aquí el oro que poseía, convertido en estas innumerables ascuas que pisan mis pies desnudos y que por dondequiera queman mi cuerpo, sin dejar un instante de atormentarme con su fuego.... ¡He aquí el fuego eterno, del que habló el Maestro, al que jamás escuchamos!... Nuestras pasiones, egoísmos, odios y crueldad, producen a nuestro derredor ese fuego que nos abrasa, por siglos y siglos, en este mundo de sombras donde la Justicia es perfecta... ¿Y hasta cuándo se prolongará esta eternidad?... Sin duda tendrá fin, pero ello será hasta el día en que seamos capaces de escuchar la Voz del Eterno Maestro... ¡Ay de tí, hijo mío terrestre, si no la escuchas!.... Eres el Joven Rico de hoy y siempre....

Luego la aparición se desvaneció, pero antes, la mirada del otro espectro, en el que quiso reconocer a su hermano, le lancinó el corazón, y en su silencio terrible le dijo:

—Tú también beberás la copa por tu propia mano!

Y todo se desvaneció en seguida....

Adolfo despertó horriblemente sobresaltado, sin poder borrar de su mente las vívidas escenas de su sueño.....

* * * * * *

Aún no amanecía y el conductor de su carruaje había logrado ya reparar el desperfecto y se disponía a poner en marcha el vehículo, pero en esos momentos, tres figuras siniestras, con revólver en mano, obligaron a los dos a descender del automóvil y en su lugar subieron ellos, poniéndolo inmediatamente en movimiento y alejándose con rauda velocidad....

—¡Ah! —exclamó el pobre conductor— nos asaltaron, señor!... ¿y cómo seguirlos, ni hacer algo para recuperar el carro?....

Adolfo aún no salía de su estupor; aquello también le parecía un sueño y hasta creyó ver regadas por el suelo las áureas monedas de los caudales que llevaba consigo y lanzar cada una su respectiva lengua de fuego, en la que relataban la historia de los crímenes por ellas cometido... Tras de esta alucinación, hubo de darse cuenta de la realidad de aquel momento, sabiendo que llevaba en su carruaje todo el tesoro monetario que había recogido de sus numerosas empresas, ya en bancarrota. Se daba cuenta que en un momento imprevisto había quedado pobre y que sus anhelos de futuras orgías y mundanos vagabundeos ya no podrían realizarse...

—¡Infeliz de mí! —exclamó mesándose los cabellos— se han llevado en el carruaje todos mis caudales, disponibles para largos viajes por muchos años!.... ¿Qué he de hacer?.... ¿Volver a la ciudad, donde ya las fuentes de mi riqueza se han paralizado, por haber extraído de ellas todo el oro que las ponía en marcha?... No, nó.... ya no es posible.... ¡Maldición!.... Soy el más desdichado de los hombres.... Soy el más pobre de los pobres.... Las riquezas del joven de aquel cuento se consumieron en su propio fuego; las mías se volatilizaron en las manos de los ladrones... Acaso en mis bolsillos me quede alguna moneda.... Sí, es verdad!.... una mísera moneda de plata!.... ¡Horror!.... esta es aquella de las treinta monedas del Iscariote.... Nó, no la quiero... ¡Apártate de mí!.... Yo he vendido al Maestro por los caudales paternos, que arrebaté, por medio del homicidio, de las manos de mi hermano.... ¡Ay!.... Su profecía se ha de cumplir!.... He de beber la misma copa por mi propia mano!.... ¡Maldición!.... ya nada puedo esperar!....

El desdichado conductor del carruaje miraba y oía esta inexplicable escena, sin poder descifrar el sentido de algunas de aquellas expresiones; sólo comprendía que su amo había perdido el juicio por la impresión del asalto sufrido, y sin poder hacer nada por él, lo ve huír en frenética carrera y trepar por las escarpadas pendientes de las montañas.... En vano daba voces para que volviese y en vano trató de seguir sus pasos, pues muy pronto le rindió la fatiga, en tanto que su amo enloquecido se perdió en la lejanía de los pinares que cubrían la cordillera.... No tuvo más remedio que esperar pacientemente a que algún vehículo lo recogiese para retornar al lugar de origen y dar cuenta de lo sucedido a los administradores de las decadentes empresas de su amo....

Entre tanto, el enloquecido Joven Rico había caminado por entre abruptos senderos montañosos y al amanecer, rendido de fatiga, pudo llegar hasta una humilde cabaña rústica, enclavada en una especie de pequeña hondonada. Cayó rendido a la puerta de aquella rústica morada, y poco después vió salir de ella a un hombre espigado, de rostro barbado y cetrino y de aspecto poco común en su propia comarca. El personaje desconocido, más de aspecto de ermitaño que de campesino, lo contempló unos instantes y al fin le habló:

—¿Qué haces aquí, desventurado joven?....

—¡Ah!.... tenga usted un poco de piedad para mí.... vengo agotado de tanto caminar.... He transitado larguísimos senderos.... Me persiguen los demonios del remordimiento y me sigue un ejército innumerable de genios del oro, refiriéndome en algarabía diabólica la historia en que fueron actores.... Mi oro no pudo consumirse, como el de aquel Joven a quién le habló el Maestro Divino en su marcha hacia el abismo, sino que me abrasa el alma y el cuerpo, porque todas las áureas monedas de mi gran caudal, además de sus particulares historias de horror, están manchadas con la sangre de mi hermano.... Yo soy el Caín bíblico, pero también el Joven Rico de todos los siglos, que siempre ha desoído el llamado del Maestro.... ¿Cónoce usted esa historia?.... Mire, yo la ví escrita en viejos manuscritos que yacían empolvados en la alcoba de mi padre, donde le sorprendió la muerte.... ¡Desdichado Mateo.... el opulentísimo magnate de mil empresas, que sólo dejó a sus hijos la maldita herencia del crimen y de la miseria!.... ¿Conoció usted a Mateo, el gran millonario de estas comarcas?.... ¿Y no conoció usted a aquel Joven Rico, que se encontró al Maestro en el Camino y que hizo hablar a las áureas monedas que llevaba consigo?.... ¡Horror!.... La última que yo llevaba en el bolsillo, era una de las TREINTA, por las que el Iscariote vendió al Maestro... Esas monedas nunca se consumen; cada uno de nosotros los ricos llevamos, cuando menos, una en el bolsillo, y ella es el precio de la venta que siempre hacemos del Maestro, en cambio de los place-

res, las maldades y las orgías en que nos revolcamos.... ¡Ay!.... Dígame si usted es dichoso.... Dígame si sabe lo que es la felicidad!... Pero si usted es rico, será el más desdichado de todos los hombres!....

Aquel personaje de la cabaña apenas sí daba crédito a lo que oía de aquel desdichado joven, y por los hilos de su deshilvanado relato, pudo reconstruir toda la historia... Nunca hubiera creído que aquel manuscrito, que en lejanos años puso en manos del viejo acaudalado Mateo, trascendiese en vivencia trágica en el alma del menor de sus hijos... De antemano sabía de la existencia de este pródigo, y aunque el viejo Mateo no lo reconoció en su entrevista con él, él, este personaje solitario, lo había conocido desde la infancia... y ahora, le ha sido descifrado el epílogo trágico de aquella familia de opulentos... Y una vez más queda convencido que la "Epopeya del Oro", que concibió en su soledad, es tan verdadera como la humanidad misma; tan real, como su perpetua tragedia, que rueda incesantemente por los escenarios de los siglos... En ese momento, quisiera con el alma redimir a aquel desdichado, que está al borde de la locura y de la desesperación... pero si el Maestro Divino, que actúa en el cuento de su "Epopeya", no fué oído por ningún Joven Rico de los siglos, ¿cómo iba, él, pobre idealista solitario y filósofo ignorado, a conducir aquella alma al Reino de la luz?...

—¡Hijo mío! —habló con profunda ternura— has comprendido que la riqueza es la peor maldición, y este es el primer paso en el sendero de la dicha... Ven a vivir en esta choza rústica y yo compartiré contigo el pan de mi pobreza y el escaso vino de mi sabiduría, y ya verás que en esta solitaria pobreza encontrarás la riqueza divina por la cual conquistarás el Reino del Espíritu, a donde ningún rico entra, mientras no abandone la prisión de oro donde ha encerrado su alma y donde ha aherrojado su corazón...

—¡Oh! ¡Oh! —exclamó Adolfo con enloquecido acento—. Yo no lo conozco a usted... Me parece un espectro de ultratumba que viene a reprocharme mis crímenes... ¡Es inútil! yo no podré ser feliz jamás; si el oro me hizo desdichado, la carencia de él no puede aliviar las llagas que el veneno de la riqueza abrió en todo mi sér... Sea usted feliz en su pobreza y soledad, pero déjeme a mí apurar la copa del veneno... del último veneno que subyace en las heces de mi copa de maldades... ¡Adiós!...

Adolfo volvió a ponerse de pie y se alejó en frenética carrera hacia el borde de un desfiladero, desde cuyas crestas se arrojó al abismo que se ahondaba ante sus pies... En vano el bondadoso solitario trató de salvarlo, y al alcanzar el borde de donde se había despeñado, sólo pudo ver el cuerpo del infeliz voltejeando de roca en roca, hasta perderse en las profundidades...

Levantó los brazos al cielo y exclamó mientras las lágrimas brotaban de sus ojos y rodaban por su barba de profeta:

—¡Oh Cristo!... ¡Luz del Mundo!... ¡Camino de Amor hacia la Verdad del Padre!... ¡Cuán verdaderas son Tus Palabras: ¡Bienaventurados los pobres en Espíritu... porque ellos alcanzarán el REINO!... y ¡Ay de vosotros los RICOS, porque han alcanzado su recompensa!... ¡Y su recompensa es el ABISMO!... ¡Bendito seas, Dios mío, que has dado a mi vida la Dádiva de la Pobreza, y a mi alma la Riqueza de tu LUZ!...

Y en estas palabras, aquel ignorado y dichoso solitario, resumía los divinos cantos de la Epopeya del Amor Eterno, que la humanidad jamás ha escuchado!

I V

El Gran Escenario

Con pasos lentos, el bondadoso solitario retornó a su rústica cabaña, convencido una vez más de la imposibilidad de conducir a ningún sér humano por el Sendero de la Verdad.

—¿Acaso la Verdad es inasequible para la mente de los hombres y el Amor imposible para su corazón? —se decía, mientras que se acercaba a la puerta de su morada solitaria.

Algunos años ha que se había decidido a apartarse por completo del trajín del mundo social, donde su personalidad había desempeñado algún papel importante en el escenario donde había actuado. Conoció la comedia de los hombres; por sus manos se deslizó también el oro; momentos tuvo de alucinación opulenta y no desconoció en sus años mozos el atractivo ilusorio de los placeres mundanos; pero hubo un momento en que su corazón se sintió herido y fluyó la sangre del desengaño, del dolor y de la amargura; experimentó entonces la nostalgia de lo Eterno; tuvo la clara visión de la fugacidad de todas las cosas visibles, y ante el panorama de la perpetua desaparición de todo lo que creemos real, su mente inquieta y su corazón atormentado buscaron ansiosamente un sendero que, hendiendo el mundo de la ilusión terrestre, pudiese conducirlo más allá de las murallas de la muerte... Al igual que el gran príncipe de Kapilavastu, vió con meridiana claridad el sufrimiento total de la vida terrestre, experimentando el más agudo dolor en el placer más intenso, la más miserable pobreza en la opulencia más envidiable, la debilidad más despreciable en toda forma de poder mundano y la ignorancia más obscura en la ciencia que puede alcanzar la mente humana; sintió entonces el infinito vacío de su sér y le estremeció el abismo de la nada...

Todo esto lo experimentó en el momento de su vida más juvenil y cuando su personalidad asumía el papel de un personaje muy importante en alguno de los innumerables escenarios de la perpetua comedia humana. . . .

Y, como el gran Siddhartha, en un momento de sublime decisión, salió del escenario, dejando trunca la actuación de su papel mundano, y los suyos y los que le conocían, y le admiraban y envidiaban por su riqueza y distinción, no volvieron a tener noticia alguna de él. . .

Cuando, años más tarde, volvió a hacerse presente en uno de los escenarios donde antes había actuado, los que le vieron ya no lo reconocieron, y aquel a quién entregó el manuscrito de los cantos de su "Epopeya", no pudo adivinar siquiera en sus rasgos fisonómicos la imagen de quién hubiese sido su inseparable compañero en andanzas amorosas. . .

Una vez convertido en EL HOMBRE, ya no fué reconocido por ninguno de los que antes lo admiraban como PERSONAJE en las tablas de la ilusoria escena. Y la verdad es que había muerto como personaje, despojándose de todos sus disfraces, para resucitar en su espiritual retiro como HOMBRE REAL, sin deseo alguno y sin propósito ninguno de volver a actuar en la farsa de la tragi-comedia social. . . Imposible, por lo mismo, que sus viejos compañeros de comedia pudieran ahora reconocerlo. El hombre de carne, hombre solamente en su forma sensible, no tiene ojos para percibir al HOMBRE, que, despojado de sus disfraces de pasiones, deseos, egoísmos e ingnorancia, sólo se reviste con el íntimo traje de su realidad interna; este traje, y más aún, la esencia que de él se reviste, es del todo invisible ante los ojos de los comediantes terrestres. . .

Cuando se separó de la farándula social, en la cual había representado muchos papeles, importantes para los espectadores y para los comparsas, lo primero que le impresionó fué la vanidad de la riqueza, con todas sus consecuencias de maldad, concupiscencia y crímenes; se sintió sacudido en lo íntimo de su sér por el horror de la tragedia sombría y siniestra que se perpetúa en todos los hombres y todos los siglos, producida invariablemente por este Amo cruel y satánico, que se llama el Oro. . . Y por eso, su inmediato pensamiento fué el de escribir sus horrores en la horrible epopeya que relató alegóricamente, recordando entonces, que tal producción de su mente regenerada, podría hacer mucho bien, si el primero que la leyese fuera el, otrora, amigo íntimo de su mocedad. . . Y por eso se hizo presente a Mateo, para quién fué imposible reconocerlo, creyendo éste, ver en su ya olvidado amigo, la materialización de un espectro de ultratumba.

Empero, este sér humano que había ya renacido en EL HOMBRE, experimentaba desde hacía muchos años la más íntima feli-

cidad; era la felicidad del guerrero victorioso que había vencido a todos sus enemigos; venció a la codicia, y se despojó de todas sus riquezas, derramándolas a manos llenas entre los menesterosos; venció a la concupiscencia, ahogando en el abismo de su alma todo los deseos sensuales; desterró de su corazón al rey del egoísmo y en su lugar entronizó al Divino Rey del Amor... Un triunfo de tal magnitud es casi absolutamente desconocido por la humanidad de este siglo...

Después de esta magnífica victoria, vió venir desde las lejanías celestes al Cristo, que le inspiró la epopeya que había escrito, pero entonces, ya no lo miró con los trajes hieráticos con que lo revisten en los altares de la religión vulgar, convirtiéndole en ídolo de piedra o en icono de oro, sino que lo percibió en la figura soberana del Maestro, en cuyos labios vibraba el Verbo del Amor, como repercusión humana de la Música de las Esferas, en cuyas melodías inaudibles se revela siempre el Silencio del Padre... Por primera vez se reveló ante su mirada interior el verdadero Cristo, el Rayo del Logos, que procedía de la Esencia de la Luz Creadora, para convertirse en AVATARA en el purísimo cuerpo del gran Esenio JESUS... Y fué entonces, cómo su alma despertó del sopor de su vieja ignorancia, percibiendo dentro de ella, también, un reflejo, una chispa o una centella de la misma Luz que traía el Cristo... Y conoció entonces, que su sér es el Templo vivo donde mora el Espíritu Eterno... Cristo fué, entonces, la Luz Viva que avivó en el alma de aquel vidente solitario la misma chispa de Luz Divina que, oculta en la obscura gruta de la ignorancia, se convertía en llama al toque de la Luz Mensajera, y con ella se fusionaba y en Ella reconocía su propia esencia... Y hasta entonces conoció que, en verdad, Cristo es el CAMINO, porque es la Luz de toda alma, prisionera en las prisiones de este mundo; que esa Luz es la Verdad, porque es la autorrevelación del Padre, vivísima en el CRISTO y subyacente en el alma de todo sér, y que es la Vida, porque todo lo que no sea Luz de lo Eeterno Uno, carece de existencia y sér... Y entonces comprendió perfectamente, que sólo por este CAMINO se va al PADRE, o sea, que sólo por el sendero de la renunciación a la ilusión terrestre y del Amor universal, el alma hundida en la mayávica materia, puede iniciar su reascensión a la Fuente Eterna de donde procede, tras de recorrer todos los círculos de eónica existencia, por mundos, formas, vidas y muertes...

Y esta figura sublime de Cristo fué la que le mostró el contenido de maldad, egoísmo, vanidad y crimen, revelado en las lenguas de fuego, que levantó el oro desde sus entrañas de infierno...

Y por eso escribió su "epopeya del oro"... Pero la mente humana fué incapaz de leerla con los ojos del corazón y del espíritu...

* * * * * *

Ahora, el vidente solitario vuelve a sumergirse en profundas meditaciones, dentro del encierro silente de su choza de ermitaño...

Y en un momento dado, mientras su arrobo es más profundo, se le presenta la visión del mundo terrestre, a manera de una esfera pequeña, cuya superficie es como el tablado de un escenario teatral. ... En un momento, la esferita terráquea se convierte ante su visión en un corpúsculo casi invisible, perdida entre millones innumerables de otros corpúsculos semejantes, a manera de como una imperceptible partícula de polvo, la podemos apenas percibir, en un segundo, a la luz de un rayo solar que penetra en la penumbra de nuestro aposento, en compañía de incontables partículas, que, una vez que atraviesan el pequeño espacio iluminado vuelven a hacerse invisibles a nuestros ojos...

Y el contemplador se hace esta reflexión:

"—Nuestros ojos físicos perciben en el cielo estrellado millones de luces siderales, y esto es, porque un RAYO del Invisible Sol de lo UNO, produce en Su revelación manifiesta la ilusión del Espacio sideral... Por más inmenso que sea ese Espacio, no es más que un pequeño sector en el Círculo de lo Infinto inmanifestado, cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna... Los innumerables corpúsculos que se llaman estrellas, dejan de ser visibles para cualquier mirada física cuando termina su vuelo por el sector del rayo que produce la ilusión del espacio, perdiéndose entonces en el Abismo de lo Absoluto incognoscible... Y es este Abismo Unico e Infinito el verdadero ESPACIO, que, por ser incognoscible e inconcebible para nuestra minúscula, miope, superficial y obscura mente, sólo nos sugiere el sentido de la NADA... Sí, porque la Nada, como el Absoluto, son igualmente inconcebibles. Pero ¡ah!, que de esa Nada Unica, sombra de infinitud abismal para nosotros, surge ab-eternamente todo cuanto llamamos y comprendemos como universo... Pero, si este inmenso panorama de mundos, formas, vidas y seres, que asombra nuestra mirada y ante el cual nuestra mente se queda perpleja por ser incapaz, siquiera, de aprehender su maravilloso conjunto y su indefinida armonía, procede del Abismo incognoscible, ¿cómo ese Abismo podrá ser la Nada?... ¿y cómo podrá aparecer súbitamente como un inextricable compuesto de materia, si lo que conocemos como tal es la forma, infinitamente compleja, cuya razón de ser es la Energía, Vida o Alma que todo lo penetra, que a todo anima y por lo cual es posible que la misma materia se manifieste como universo?...."

Tras de esta reflexión, el meditador se siente arrebatado en una especie de éxtasis que, acallando la voz del razonamiento, le abre la mirada de la intuición, y revela ante sus ojos algo de la hondura infinita del Espacio Incognoscible... Y ve entonces, que los innumerables corpúsculos siderales, tras de pasar por ese rayo de Luz manifiesta, que llamamos espacio, se sumergen en las ti-

nieblas de lo UNO... Pero ¡oh maravilla! entonces es cuando verdaderamente los percibe en su realidad; ya dejan de ser corpúsculos titilantes sobre el fondo de un espacio físico, o que lo vemos como tal, para manifestarse entre las tinieblas impenetrables del Uno Infinito, como deslumbrantes radiaciones de mil colores, de cuya percepción es incapaz el ojo corporal, y lo más admirable de esto, es que, aquellas policromías infinitas y radiantes, emiten sonoridades maravillosas de Música Sublime, produciendo en su conjunto ilimitado de melodías y armonías interminables e imprincipiadas, la Eterna Sinfonía del Verbo, del Logos Creador... Y por tanto, comprende entonces el vidente, que el UNIVERSO REAL, que sirve de trasfondo, substrato y aliento al universo visible ante los ojos físicos, es esa infinita Sonoridad de Armonías Eternas, que en sí mismas no son sino las vibraciones de la Palabra Unica, inaudible aún para los seres más altos, y cuyo LOGOS ETERNO es sólo escuchado por AQUELLO-UNO de donde procede. He ahí el verdadero Universo, raíz, esencia, vida y razón de este universo que se hace visible ante nuestros terrenos ojos.... Primero es la LUZ que emana de las Infinitas Tinieblas de lo UNO; después, esta Luz vibra en Música Inaudible, cuyas vibraciones de infinitas modulaciones producen la Sinfonía Eterna de las Esferas... Y estas esferas no son sino las Notas de esa Música, que en su Verbo Eterno es sólo Silencio; después estas notas, esparcidas por el Pentagrama de lo Infinito, se desbaratan en radiantes colores de mil y mil matices; los colores ocultan su radiación entre velos menos radiantes, hasta que, de la policroma radiación, no queda sino el pálido reflejo que titila en las estrellas y en los mundos... Y estas estrellas y estos mundos, no son sino la sombra de ese universo escondido y radiante que, por un instante, se reveló a la mirada interna del vidente...

—¿Qué es pues el Universo? —se preguntó asombrado—

Y la voz íntima de su sér le dió la respuesta:

—¿Lo has visto y no lo has comprendido?... El Universo es el CANTO DEL ESPIRITU, que se hace melodía de mundos; es Su Poema, cuyos cantos comienzan en el IMPRINCIPIO y terminan en el INFINITO;... ¿dónde está, pues, su principio, y dónde el momento en que Su Voz enmudezca?... La Voz comienza desde que el SILENCIO ETERNO habla, y termina en el abismo del propio SILENCIO, que jamás deja de HABLAR Su Eterna Palabra de Infinito... Este Poema, vibración del Verbo sin Principio, se desenvuelve en cantos que jamás enmudecerán; empero, cada canto abre un espacio de silencio entre el último verso que recita y el primero que se desata de la Voz Divina al comenzar el siguiente... En cada canto se desborda la eclosión de un universo; en cada paréntesis de silencio, que separa un canto del siguiente, ese universo se hace silencio en la Noche del Abismo, para resurgir al AMANECER en un canto más vibrante y armonioso... Y así

siempre; desde la Eternidad que jamás comienza, y hasta lo infinito del Tiempo, que no tiene más límite que la propia Eternidad... ¿Te confunde la variedad de mundos, formas y seres, que componen esa sombra de universo, que ven tus ojos físicos?... Pues ahora, esa confusión desaparecerá, porque ya sabes que la variedad es una pura ilusión, como ilusión es la variedad de notas y acordes y melodías, en las que se descompone la unidad ideal de una sinfonía, y, quién la escucha toda, comprende, entonces, que aquella variedad fué necesaria para revelar la unidad musical; sin esa variedad, que emana de una idea primordial, y a medida que se manifiesta más y más multiplica su variedad, no sería posible revelar su unidad, que al fin se hace manifiesta, cuando ya todos los instrumentos producen la nota final. Comprende, pues, que la Unidad sólo puede manifestarse en la multiplicidad; de la misma manera que tu pensamiento abstracto, y por abstracto, uno, no puede manifestar la profundidad de su idea única, sino por medio de una variedad de imágenes, razonamientos y deducciones; tras de estos, la idea esencial, que produjo aquella emanación de pensamientos, imágenes e ideas, en todos los cuales ella se refleja, al fin resplandece en su original claridad, y su revelación de unidad se hace perfecta... Así también, el Universo no es mas que el Pensamiento del Espíritu Uno, mejor dicho, la auto-revelación infinita de Su IDEA perfecta de Unidad... Y, precisamente, la realización de esta UNIDAD es el AMOR... ¿Comprendes ahora que el Amor, en su sentido puro y esencial, no es otra cosa que la UNIDAD manifestada en pluralidad, y el retorno de esa pluralidad a su Unidad de origen?... El Espíritu UNO se dá a Sí mismo en toda la pluralidad en la que va irradiando Su Eterna Idea; Su Luz es el contenido de toda forma, mundo o sér: El está infundido en todo cuanto aparece como forma o como sér, y sólo por su infusión en la apariencia de toda forma separada y de todo sér que parece distinto, es posible la existencia de este Universo... o sea, de esta variedad de cosas, manifestándose dentro de la unidad de una sola vida, un solo aliento, un solo sér... Sin la Unidad es imposible la pluralidad; ¿podría lo plural, que es la forma y el sér separado, tener existencia en sí mismo, cuando que es plural y separado sólo porque aparece y desaparece en el tiempo y el espacio?... ¿Podrá existir por sí mismo lo que nace y muere?... Si fuese posible la nada, sería también posible la existencia de lo plural en sí mismo... ¡Ah!... pero como la nada carece de sér, existencia y manifestación, y ni siquiera como ilusión es posible, nada, pues, de lo que nace y muere, puede tener existencia en sí mismo... Y por eso, ahora ya comprendes que no puede haber sino UNA SOLA EXISTENCIA REAL, que no es lo que tú llamas materia, porque esto es sólo el revestimiento de las formas, que ocultan en su seno el principio eterno de la Vida, sino que

es lo que puedes vislumbrar como ESPIRITU, o sea, esa LUZ de VIDA INFINITA, que emanando del Abismo de la Sombra Absoluta, revela de Su Seno Creador la IDEA Eterna, cuya revelación se va plasmando en los infinitos cantos del Poema, cuya Voz, o mejor dicho, cuyo eco, resuena en las esferas, formas y seres del inmenso escenario del gran Drama del Universo... Cuando el mismo gran Dramaturgo, que es el ESPIRITU, ordena los intermedios, todo desaparece de la Escena, y parece que Su Canto se hace Silencio... Pero reaparece Su Voz en el Siguiente Canto Creador, y su Eco vuelve a resonar bajo las bóvedas del inmenso Escenario de los mundos... Y así siempre... Así que, Su luz se hace Canto; Su Canto, Vida, Su Vida, variedad infinita, y Su Variedad, vuelve a Su Unidad Pura al final de cada canto... ¿Comprendes, por fin el Poema, cuyo ritmo lo marca el compás del Tiempo: cuyo Verbo, reproduce en ecos la Palabra Eterna, y cuyos caracteres se escriben con sombra y luz de astros en el libro de interminables páginas del Espacio?... Este Poema es Voz y Música; voz de mundos, música de seres, y la Palabra que lo inicia y epiloga, es siempre la Palabra del AMOR, porque el AMOR es la Unidad misma, que contiene todo acento y en todo acento es Verbo que canta la Unidad....

* * * * * *

El vidente, tras de este sublime éxtasis, vuelve a percibir la pequeñez del corpúsculo terrestre, que poco a poco se va dilatando ante su mirada, hasta tomar la forma esférica... Pero entonces comprende que todo lo que sobre la Tierra aparece, ha aparecido y aparecerá, no es mas que el tránsito de la Ilusión, en cuyas alforjas invisibles, lleva, sin embargo, el Pan de la Vida, con cuyo alimento, las almas, envueltas en las formas terrestres, crecerán y al fin reconocerán la Divina Esencia que llevan en su interior... Percibe claramente que lo que llamamos vida humana, no es más que la ilusión de la finitud de lo Infinito, porque en cada alma humana, prisionera en la mezquina forma transeúnte y mortal, subyece la Esencia de lo que no tiene límites ni en el tiempo ni en el espacio... Y por eso, ve ahora al hombre, como la ilusión de la pequeñez; pequeño, miserable e irreal en su traje de transeúnte terrestre, pero inmenso, glorioso y eterno, en su realidad íntima, que, desgraciadamente, casi todos los hombres desconocen, en tanto que su ignorancia negra les hace creer que son únicamente esas sombras mortales de carne, cuyo único destino está desterminado por el breve paso de la cuna a la tumba... Entonces, aquel vidente, conoce al fin la grandeza divina del hombre y su humana pequeñez terrestre... Y lo ve actuando en el teatro de los siglos, cuyo escenario es esta esfera terráquea, insignificante corpúsculo, perdido entre infinitos átomos de polvo sideral, pero que, sirviendo de escenario al hombre

terrestre, cuyas dimensiones corporales se achican casi hasta lo invisible, pero cuyas dimensiones de espíritu se agrandan hasta tocar los linderos de lo Infinito, representa aquí, sin embargo, el drama de su trágica historia y de su insensata comedia. Pero ¿cuál es el argumento del interminable drama, que representa un ACTO en cada siglo, y cuyo epílogo se pierde en lo imprevisible del lejano futuro, mientras que su preludio, igualmente desconocido para todo actor, se desvanece en la noche impenetrable de los tiempos terrestres?..... Entonces, el vidente ve con claridad la idea esencial del ARGUMENTO.... Ese Argumento lo ha escrito el ESPIRITU.... El mismo Espíritu que escribe todos los infinitos cantos del Eterno Poema... pero en la tierra, el Divino Dramaturgo esconde Su Unidad en lo íntimo de cada alma actriz, y ahí, desde la profundidad del silencio de todo corazón y toda mente, va dictando a cada personaje las voces de su respectivo papel..... Cuando terminan una escena, los retira de las tablas, despojándolos de su traje de reyes o mendigos, amos o esclavos, malvados o santos, rufianes o caballeros, damas o galanes, y, tras de trasladarlos desnudos el Trasfondo, donde la muerte impera, vuelve a sacarlos en la siguiente escena o acaso en otra correspondiente o otro Acto, pero ya revestidos con un disfraz distinto... El rey ya no hará el papel de rey, sino de paria; éste no desempeñará ya el mismo, porque su anterior papel de esclavo, bien desempeñado, lo hizo digno para desempeñar después el de señor ...... Y así, en cada nuevo Acto y hasta en cada nueva escena, van actuando los mismos actores, aunque con el disfraz de distintos personajes.... El verdadero ACTOR es el que, en el Acto de un Siglo desempeñó un papel y en el Acto de otro siglo, otro muy diferente, siendo siempre el mismo al través de todos los actos del drama histórico, pero en cada nueva actuación se identifica con el personaje que caracteriza, olvida que en la escena de Ayer caracterizó a otro muy distinto y siempre ignora que él es un actor perenne al través de las diversas escenas del interminable Drama de los Siglos... Ignora también, que el Argumento del Drama lo lleva todo escrito en el libro invisible de su profunda conciencia, que ese Argumento lo escribió el ESPIRITU, Autor del inmenso Drama Universal, y que, cuando el actor trabaja en cada uno de sus papeles, no hace sino balbucir un acento o una sílaba de la Palabra de Silencio del Espíritu que lleva dentro, y que esa PALABRA, cuando el propio actor sepa pronunciarla, le hará conocer el secreto de todo el Argumento del Drama, donde viene actuando incesantemente, con excepción de los intervalos de su sueño en el Trasfondo... Ignora también que su actuación y su balbuceante grito, de tan diferentes modulaciones, es la voz misma del Espíritu en su perpetuo movimiento de liberación hacia Su Plenitud de Unidad... Se infundió en la materia; la materia fingió formas de separatividad, y en ellas encerró al Espíritu y creyó aherrojarlo con

sus propios grilletes; esta ilusión de dualidad y de antítesis, produce el verdadero Argumento del Drama; es la Voz del Espíritu que, a pesar de todo, la materia ilusoria es obligada a balbucir; en cada balbuceo, el Espíritu se estremece para irse librando de los grilletes de la materia, en tanto que la materia se estremece de miedo por el presentimiento que tiene de quedarse vacía, y por eso se esfuerza en reforzar los muros de la cárcel que ha construido y hacer más duro el hierro de cadenas y grilletes... Y he aquí la lucha: el Espíritu infundido en la materia, que se mueve para libertarse, y la materia que reacciona para aprisionarlo... He aquí lo que se ha llamado la lucha entre el Bien y el Mal, y que, en su real sentido, no es más que el gran argumento del Drama Humano de los siglos...

La materia produce sombras, y la sombra es ignorancia; el Espíritu es Luz, y sus reflejos en la materia se hacen ideales de Sabiduría y Amor, impulsando la mente de los hombres hacia la Verdad y su corazón hacia el Amor; entre esas sombras y estos destellos se produce el eterno conflicto humano, y esta lucha es la esencia del interminable Drama; la materia, en que se hace la forma, es ignorancia; el Espíritu que penetra la forma, es Sabiduría; entre la ignorancia y la Sabiduría se libra la eterna lucha; la ignorancia pugna por apagar la Luz; el Espíritu lucha para desvanecer la sombra y liberarse de todas las formas de la materia, hasta resplandecer en su Real Esencia Eterna... ¡He aquí la razón, esencia y sentido del gran Drama, que se llama Historia, y cuyo secreto lo ignora, hasta ahora, la humanidad! Sin embargo, el Espíritu ha alcanzado grandes victorias cuando resplandece en Su Luz de Amor y Sabiduría en el alma de los divinos Maestros del Mundo, y por sus labios habla, y sus palabras son el CAMINO, pero la humanidad no las ha escuchado y por eso no ha encontrado el Sendero; Budha y Cristo, grandes luminarias de Espíritu, han traducido al lenguaje de los hombres el logos del Espíritu, pero su Voz Divina, resonancia de la Música Creadora, no llega al oído de la multitud de actores, ensordecidos por el fragor de la tragedia que representan y por las carcajadas de orgía de su comedia... Y el homúnculo terrestre suele, sin embargo, preguntarse alguna vez: "¿De dónde vengo, qué soy, por qué estoy aquí y hacia dónde he de ir?"... Los Maestros Divinos han contestado a sus preguntas, pero la respuesta jamás la han descifrado, y cuando algún actor del Drama suele elevar el timbre de su voz entre la algarabía, para traducir al lenguaje humano la divina respuesta, los actores trágicos y los comparsas, contestan con el estruendo de sus gritos de odio o con las risotadas del sarcasmo... Y el hombre, triste peregrino fugaz por los desiertos ensangrentados de la esfera de su escenario, incesantemente va pasando al Trasfondo, e incesantemente reaparece por las entradas laterales, pero a pesar de sus viajes y retornos, permanece amordazado por la igno-

rancia de la materia, dentro de cuyas sombres vuelve una y otra vez y mil veces a envolverse... y sus oídos siempre están cerrados a la Palabra de Sabiduría, sus ojos, a la Luz del Espíritu y su corazón a las palpitaciones del Amor...

* * * * * *

...Esto es la Historia, es verdad... —se dice a sí mismo el vidente solitario— pero ¡Ay! yo mismo ignoro aún de dónde viene esta trágica criatura llamada el hombre...

Tras de esta reflexión, el vidente es arrebatado, más allá del mundo de materia densa, y ve que del seno de la Luz Creadora, emánan innumerables radiaciones, como chispas de luz sobre un fondo infinito de luz; luego se concentran en un punto determinado, que parece vorágine de luz; poco después se forma otro centro luminoso, que quiere aparecer como un globo diáfano, y las chispas se trasladan a ese nuevo centro... Otros y otros se van formando después, como si señalaran metas precisas para la peregrinación de aquellas centellas, que insinúan una ansia de perpetuo tránsito... Son innumerables estas metas de reunión, y que, dijéramos, de descanso en la larga trayectoria... Empero, en cada nuevo centro o esfera, las chispas se van envolviendo en velos sutiles, donde se van insinuando cada vez con más precisión, las diferentes formas que componen los seres vivientes que, después de otras muchas etapas, al fin se diferencían como minerales, vegetales y animales... Y tras otros muchos giros alrededor de centros de energía vital, el vidente, puede al fin percibir formas ya semejantes a la humana... Pero de aquí, hasta que se plasma la forma humanal que actualmente puebla el corpúsculo de la Tierra, transcurren todavía larguísimos INSTANTES, que devoran siglos y milenios, y en otros momentos de su visión, mira que uno de aquellos centros luminosos se torna ígneo; después se hace más denso, cubierto por una masa líquida, y al fin, mira surgir uno tras otro los continentes terrestres, a manera de gigantescas naves, emergiendo de la profundidad insondable de los océanos hirvientes... Conoce, al fin, que aquello es la Tierra; pero mira primero los perfiles de continentes desconocidos, que, como prístinos escenarios, se dilatan para escenificar las eónicas escenas de los grandes preludios que precedieron al Drama que nosotros llamamos Historia... Y algún escenario de esos, tras de servir a los fines teatrales de los primievales actores humanos, desaparecía devorado por las aguas... Después emergía otro y otro, y todos estaban destinados para el mismo fin de la representación del Drama, cuyo argumento entonces, parecía hacerse menos obscuro, porque en el Preludio se insinúa el argumento todo y hasta el epílogo final... Y tras de contemplar la aparición y desaparición de algunos escenarios en medio de la inmensidad de las aguas turbulentas, pudo, al fin, reconocer los contornos continentales que actualmente dibuja la esfera en su

superficie... Y pudo mirar claramente, que al abrirse el nuevo gran escenario, todos, o casi todos, de los antiguos actores, resurgían del Trasfondo, para entrar en carrera delirante por las puertas laterales, como si quisiesen decir en sus gritos orgiásticos: "¡Henos aquí de nuevo!... Ya volvemos del gran Trasfondo, para vestirnos diversos trajes y actuar en los papeles de nuevos personajes!... Escuchadnos ¡oh espectadores invisibles de todos los mundos! porque ya van a comenzar los Actos, donde la tragedia llegará a sus más terribles cumbres y la comedia revestirá las máscaras más grotescas!... Somos los mismos de los viejos ANTAÑOS, y seguiremos actuando en los futuros Actos, hasta que el Epílogo final se cierre en el Silencio, cuyo Verbo, nuestros labios no pueden traducir!...

* * * * * *

¡Ah! en esos momentos de tan dilatada visión, el contemplador solitario encontró en sí mismo la respuesta a la pregunta angustiosa: "¿De dónde viene el Hombre?"... y su voz de silencio contestó: 'De innumerables mundos invisibles, en una marcha descendente de espiral, que parte del Seno mismo del Espíritu, que anima a la ilusión de la materia en mil y mil formas vivientes, y, del punto máximo de su descenso, vuelve a elevarse en su mismo giro de espiral, pero en esta vez, en ascensión, porque el ESPIRITU infuso, va triunfando sobre la materia, y en su divino anhelo de encontrarse a Sí mismo, plasma las humanas formas, que, aunque hasta ahora sólo gritan del dolor de la tragedia y del furor del egoísmo, más tarde sabrán pronunciar la Divina Palabra, y en sus timbres cantará el Espíritu Su Himno Eterno de Unidad de Amor. En verdad, todos los seres no son sino las huellas de la marcha del Espíritu, que, infundido en las sombras de la materia, se va buscando a Sí Mismo, y cuando se reviste de forma humana, fulgura en el tormento del dolor, por no encontrarse aún, y en el grito de la esperanza jubilosa, cuando vislumbra su propia gloria en las almas que son capaces de vibrar con el Eco de la Eterna Música... Y este ocultarse el Espíritu entre las sombras, y este moverse entre ellas, para libertarse, y este grito de dolor y alegría, que da la tónica de la trágica sonata que suena en las cuerdas de todas las almas humanas, no es más que la Epopeya del Espíritu, en su marcha triunfal hacia las cumbres de Su plenitud... Y a estas Cumbres marcha en lenta espiral toda la humanidad, pero ignora la meta final de su marcha, y agobiada de cansancio, se detiene a cada paso, y lanza plañidos desesperados de dolor, mirando que los horizontes de su Destino se ennegrecen con las nubes de su ignorancia y de su angustia... Empero, el Espíritu, que está en todas las almas, guía la penosa caminata y sabe a dónde van... ¡Cuán largo es el sendero en la espiral interminable que se encamina hacia la Cumbre!... y por eso, las almas, a cada instante, rendidas de fatiga, se duermen en los brazos

de la muerte, que las arrulla con la berceuce de su silencio, para despertarlas, tras el sueño reparador, en la cuna de la palingenesia...

Y este dormir y despertar forma los eslabones de la cadena de la vida, el último de los cuales, ha de romperse cuando el Fuego del Espíritu derrita el duro hierro, y de esta manera, el hombre se liberará en el Espíritu, y el Espíritu que ha venido morando en él por tiempo eónico, cantará Su Himno de triunfo glorioso, en el cual epilogará el gran drama de la terráquea esfera...

* * * * * *

El solitario meditador siente, entonces que su mirada interna se ha abierto para leer en el Libro invisible de los eónicos destinos humanos, y súbitamente, parece que esta mirada va perdiendo de vista el panorama de la inmensidad del tiempo, donde se trazan las espirales de los humanos senderos, para proyectar su poder visual nuevamente sobre el pequeño corpúsculo terráqueo, que vuelve a aparecérsele como un escenario de superficie esférica, de cuyo horizonte van surgiendo las innumerables figuras de comediantes, dispuestos a representar sus repectivos papeles en este ACTO que llamamos la Historia, y que no es sino un nuevo episodio, derivado de los larguísimos preludios y primievales Actos de la Humanidad, que nuestra Historia no conoce, pero cuyos actores son los mismos que en los lejanos e ignotos Evos actuaron ya...

El vidente contempla el desarrollo, ahora, del Acto del Drama conocido... Y ¡cuán miserable le parece la actuación de los personajes que la misma historia llama grandes y que hasta suele glorificar y muchas veces divinizar!...

Y he aquí, que ante sus ojos, aparecen esas figuras de reyes, emperadores, caudillos, conquistadores y grandes magnates de poder y riqueza, ante los cuales la humanidad toda ha doblegado la cerviz, y sobre cuyo dolor, miseria, sacrificio y sangre, han levantado los pedestales de su poderío y han cimentado sus tronos de oro ensangrentado... Pero ¡cuán pequeños le parecen ahora!... Los ve con los mismos ojos que un espectador cualquiera, presencia el grotesco ajetreo de unos muñecos en el pequeño tablado de un titiritero!... Sí, he ahí a los llamados grandes de la Historia... Mira a un emperador de otros siglos que pasa sobre su carroza de oro, aplastando cadáveres humanos, y cuando asciende a su tronco, grita: "¡Heme aquí, soy el señor del mundo y el árbitro de la vida y de la muerte!"

Pero no bien había acabado de pronunciar estas palabras, cuando su arrogante y ridícula figura se fue empequeñeciendo hasta quedar inerte, y una figura que se divisaba al fondo del escenario, pero que ninguno de los actores ni de los comparsas, veían, que llevaba un reloj de arena en una mano y en la otra una hoz, hace una señal imperiosa, y con la punta de la hoz encorvada arrastra al Trasfondo al que se creyó señor de los destinos humanos. En seguida, otro

actor le sustituyó en el mismo papel, y otros muchos, apareciendo por las puertas laterales del Escenario, se erguían con ridícula apostura, llevando en sus cabezas coronas de hierro, bronce u oro; todos desempeñaban el papel de reyes, pero tras de disputar entre sí furiosamente por algúna minúscula porción del suelo del tablado, sobre la que decían reinar o imperar, venían a las manos, y los comparsas, en gran multitud, tomaban parte en la pelea alrededor de uno u otro de los títeres contendientes; el resulado final no se dejaba esperar; sangraban los contendientes y se hacinaban en montones de cuerpos inertes; algunos de los actores-reyes quedaban encadenados por los que representaban el papel de vencedores, pero estos mismos, no tardaban en ser retirados hacia el Trasfondo por la Hoz invisible del verdadero Señor de los Destinos, que desde el horizonte de la superficie esférica del Escenario, con ademán impasible, no cesaba en su ocupación de segador... Y esta clase de escenas se iban repitiendo en monótono suceder; poca variedad había en la representación, y si había alguna, ella consistía en las escenas de orgía de reyes, señores y comparsas; pero estas orgías que llenaban de aullidos y risotadas locas la escena, pronto se transformaban, en rugidos de odios, ayes de dolor y estertores de agonía... La Hoz los sacaba del Escenario, y en seguida entraban otros nuevos actores y comparsas a desempeñar iguales o parecidos papeles. Entre coronas resplandecientes, que no tardaban en ser arrancadas juntamente con las cabezas que las llevaban, del cuerpo de los que la hacían de reyes, aparecían también cabezas con mitras y tiaras hieráticas. Los actores que llevaban tiaras, solían ergirse sobre el nivel de las cabezas que llevaban coronas, y exclamaban: "Nuestro poder es incontrastable, porque imperamos sobre los mismos reyes y emperadores, puesto que somos los vicarios de Cristo, y ante nuetro doble poder, temporal y epiritual, todos los poderosos de la Tierra se han de inclinar y besar nuestras sandalias!"... Alguns obedecían, pero otros, espada en mano, se rebelaban y los comparsas se agrupaban para pelear por el rey rebelde, o por el que se decía vicario con doble poder... El invisible Personaje del Reloj de Arena y de la Hoz, parecía sonreir al escuchar las arrogantes palabras de los actores coronados con tiaras, y, mirando la hora y minuto que marcaba su reloj, tendía la mano en la que llavaba la hoz y arrastraba al trasfondo obscuro a vicarios, emperadores, reyes y comparsas...

Estas curiosas escenas se repitieron por algunos instantes, y cada instante de aquellos, era llamado SIGLO por el Apuntador de la Comedia... Empero, lo más llamativo de aquel drama estuvo en que, en otros instantes, aparecieron por las puertas laterales, nuevamente, los personajes que habían desempeñado papeles de señores, reyes y representantes de Dios; pero ahora entraban con otros trajes; sus cabezas ya no estaban coronadas; ahora entraban con las cabezas desnudas; la cabellera en desorden y la barba desaliñada; en lugar

de túnicas doradas y mantos de púrpura o capas hieráticas, vestían harapos... ¡Y eran los mismos personajes que, en escenas anteriores, dijeron ser señores de destinos y omnipotentes delegados de los dioses!... ¡Cuán lastimoso papel representaron ahora!... Algunos de ellos fueron encadenados por los que ahora representaban el mismo papel de ellos en un ACTO anterior, y que en ese Acto habían actuado como siervos o vasallos!... Los papeles se habían invertido y muchos de los que antes ostentaban tiaras, ahora llevaban alforjas de mendigos o cayados de peregrinos... Sin embargo, ninguna de ellos se acordaba del papel que antes había desempeñado, y parece que estaban contentos en su nueva actuación, o por lo menos, les parecía que por primera vez entraban a actuar en un drama donde nunca habían aparecido... No duraba mucho su representación, porque el Reloj de Arena no se detenía un instante, y cada grano que caía al compartimiento inferior señalaba un movimiento de la Hoz segadora, en cuya punta arrastraba a gran multitud de comediantes... Estos mismos iban a dormir al trasfondo obscuro, pero más tarde despertaban y eran empujados nuevamente a la escena, para desempeñar otro papel diferente, pero íntimamente relacionado con el pasado, en lo que ve a las consecuencias lógicas y morales de su actuación. El mecanismo de estas sucesivas actuaciones, estaba fundamentado en el sencillo principio de la cosecha correspondiente a la siembra; de manera que, por ejemplo, uno que actuaba de cruel señor en una escena, necesariamente, en la siguiente, donde debería de actuar al volver del Trasfondo, tenía que hacerlo como recolector de lo que antes había sembrado; de suerte que la siembra de sus crueldades daban sus frutos de dolor, y esos mismos tenía que cosechar en su nueva actuación, haciendo el papel, no ya de señor, sino de víctima... Así es que el desarrollo del Drama no es arbitrario, puesto que está dirigido y debidamente apuntado por el Rey Invisible de la Justicia Perfecta... Este es el verdadero Rey del Mundo, que jamás es destronado y cuya corona de estrellas jamás cae de su cabeza omnipotente, pero los actores y comparsas no lo saben y actúan como si ellos fueran los que dictan sus papeles, o bien, muchos se quejan, cuando actúan en papeles de víctimas, de la incomprensible injusticia del Director del Gran Teatro, envidiando los papeles de señores que otros representan, sin sopechar estos quejosos, que ya, en escenas pasadas, pero olvidadas por ellos, representaron esos papeles que ahora envidian...

* * * * * *

El vidente solitario, que presenciaba este drama interminable, cuyas escenas de instantes, significaban siglos en el tiempo histórico, recibió una gran enseñanza, comprendiendo con claridad perfecta el porqué de la desigualdad de los destinos humanos, pues ahora ya le era perfectamente comprensible la actuación infalible y perfecta

de la ley de causación, que rige el mecanismo del mundo físico y que, con la misma precisión y ajuste, rige igualmente el mecanismo del mundo moral del hombre, siendo, por lo mismo, el resorte supremo de las múltiples y sucesivas escenas del gran drama de los siglos. .

Es verdad, pero ahora se pregunta: "¿Y hacia dónde se encamina todo ésto?"....

La respuesta la obtiene siguiendo con atención las representaciones que ve, pero también en la visión de algo, que la mayor parte de los seres humanos son incapaces de ver. El percibe la majestuosa e implacable figura del Anciano del Reloj y de la Hoz, en tanto que los actores no la perciben y muchos ni siquiera la sospechan... Y así le va a ser posible percibir en el Trasfondo otra actuación superior, no ya de actores, sino de los que dirigen el gran drama.

En esos momentos, el Vidente está viendo la representación de los actores principales de estos últimos momentos, o sea, de estos momentos de siglos. El drama se aprecia en su verdadero argumento y desarrollo, realidad y sentido, sólo cuando, como este vidente que presencia, se ha apartado voluntariamente de la escena, sin ser sacado por la Hoz implacable, porque, quién se aparta antes de que la Hoz lo aparte, se convierte en espectador sereno, y está indemne, en su propio aislamiento, del impacto de pasiones, deseos, odios y egoísmos, bajo cuyo imperio, necesariamente tienen que actuar los actores del drama, pues de otra manera, no serían actores y ni siquiera comparsas.

Así pues, ahora ve entrar en la escena, los personajes que actuaron en los últimos siglos y en el propio siglo en el que el vidente aún vive en cuerpo mortal... He aquí a los que en el reparto del Drama de estos últimos ACTOS, llevaron nombres como el de Carlos V. Francisco I, Luis XV, XIV o XVI, Robespierre, Dantón, Napoleón, Bismarck, Guillermo II, etc., etc.... y por último, Lenin, Stalin, Mussolini, Hitler, Churchill, y una multitud más de actores que han hecho el papel de señores, si bien en un nivel secundario a los mencionados...

Al vidente le fue ahora fácil reconocer en estos personajes de hogaño a muchos de los de antaño, que ya había visto actuar; y comprobó, que muchos de estos secundarios, en otras actuaciones fueron principales, y muchos de los principales protagonistas de escenas y Actos pasados, hoy entraban a la escena como comparsas anónimos en la multitud, que sólo coreaba alrededor de los principales comediantes y trágicos de estas últimas escenas... Pero se repetía la forma de actuar en la comedia y en la tragedia; y así, algunos que actuaron como esclavos en el Pasado, hoy actuaban como caudillos feroces y sanguinarios; muchos de los anteriores personajes-reyes, hoy aparecían como anónimos burgueses arrastrando su vida en la concupicencia, la holganza y la embriaguez... Un Napoleón, primero, y

un Hitler después, quisieron agigantarse hasta más allá de las nubes, construyendo una Torre de Babel con sillares de incontables cadáveres... Efectivamente, se les vió en la cumbre macabra y sangrienta, y sentados en un trono hecho con la carroña de las víctimas y ostentando un manto empurpurado con la sangre que habían hecho derramar, exclamaron: "¡Somos los señores del Poderío incontrastable; dueños de la vida y de la muerte!... Nuestra grandeza es superior a la de todos los reyes, señores y conquistadores que conoce la Historia!... Somos invencibles, puesto que somos superhombres!...

Sí, pero no bien pronunciaban estas frases, cuando la invisible Hoz del verdadero Rey de la Vida y de la Muerte, los sacó súbitamente del escenario, y sus voces enmudecieron en el Trasfondo... Ignoraban ellos que ya habían actuado incontables veces en anteriores escenas, representando sucesivamente papeles de amos y de siervos, de guerreros crueles y de esclavos encadenados, de ambiciosos señores y de codiciosos truhanes... Y como todos, todos sin excepción, habían desempeñado papeles de personajes femeninos en muchas anteriores escenas; ya de damas galantes y aristocráticas, ya de madres miserables u opulentas, pero, con disfraces femeninos o masculinos, venían experimentando en cada nueva actuación, el sufrimiento que habían producido en otros en las escenas que dejaban atrás...

Empero, al curso del desarrollo del gran drama de los siglos, que presenciaba el vidente solitario, convertido ya en sereno espectador, aparecían muchas veces otros Personajes que actuaban de manera muy distinta, pues los papeles que desempeñaban no estaban escritos con tinta de sangre ni fuego de odios; estos personajes aparecían en la Escena, sobre una especie de supertablado, que se elevaba sobre el nivel del tablado donde actuaban actores trágicos, bufones y comparsas... Tales personajes aparecían agigantados; pocas veces tomaban parte en escenas comunes, y más bien parecía que su actuación se desenvolvía en un super-teatro, donde el drama que representaban estaba dictado por excelsos y divinos dramaturgos. Aparecían pocas veces, casi siempre un solo personaje, aunque en algunas ocasiones solían aparecer en muy pequeño grupo. ¿Qué hacían?... Las más de las veces su actuación era muy sencilla; traían un libro abierto en sus manos, con caracteres de oro, que emitían una suave luz; se sentaban un instante, entre las columnas de mármol de algún peristilo o frente a un vestíbulo majestuoso, que mostraba en su fondo alguna puerta siempre cerrada, que sólo se abría para dar salida o entrada a estos excepcionales personajes, pero que pocas veces daba acceso a personajes comunes, y esto sucedía solamente cuando algunos de los de la escena común, prestaban oídos a lo voz profunda o dulce de estos personajes superiores, que daban las enseñanzas escritas en sus libros de Oro. Los pocos que las escuchaban, dejaban caer de sus manos la espada, el fusil, el puñal, la bolsa de

monedas o la copa de licor embriagante, instrumentos todos peculiares a su actuación, y cabizbajos y meditativos volvían hacia Ellos sus pasos; algunos se postraban a sus plantas y, al fin, cuando dejaban de hablar en su lenguaje profundo y dulce. los seguían, cuando estos excepcionales personajes, atentos al minuto que marcaba el Reloj de Arena invisible, con pasos serenos volvían hacia atrás, para cruzar el umbral de la Puerta del Trasfondo, que se abría suavemente a su paso seguro y firme... Los que los seguían también entraban... Y ¿acaso volvían de nuevo a la Escena?...

El vidente espectador pudo comprobar, que algunos de estos excelsos personajes, volvían alguna vez o dos en otros Actos, pero su actuación era la misma, y los que los habían seguido antes hacia el Trasfondo, sí volvían, pero en esta vez, a cantar entre las multitudes los poemas de Sabiduría y Belleza que habían aprendido de sus Maestros y no ya a actuar como en escenas anteriores...

Por supuesto, que estos discípulos pasaban, en su mayoría, desapercibidos por la multitud de comparsas y de actores trágicos y cómicos, pero ante los ojos del vidente que contemplaba su actuación, se presentaba una visión maravillosa... Estos actores superiores resplandecían en viva luz, aún cuando esta luz sólo por el vidente era percibida. ¿Y qué significaba esto?... Es que el ESPIRITU, infundido en la cárcel corpórea de las formas humanas, encuentra en estos personajes extraordinarios una cárcel mucho menos densa, cuyos muros se van haciendo sutiles y diáfanos, y por eso, Su Fulgor Interno alcanza a irradiar al exterior... En los Maestros, esa irradiación es más viva, y un poco más tenue en los discípulos que han escuchado sus palabras... pero en todos ellos, el ESPIRITU, que en su giro ascendente al través de las formas humanas marcha hacia su autoliberación, para encontrarse a Sí Mismo en Su plenitud de Unidad, se revela ya en Su DIVINIDAD HUMANA, y esto es lo que transforma al hombre en GENIO... Y es esta ETAPA, la finalidad de toda la gran peregrinación humana, al través de las tragedias y comedias de su Drama de milenios y de evos insospechados... Un DIA llegará en que todos, actores y comparsas, resplandecerán, como estos raros Personajes, y entonces el Tablado de su escenario será el mismo donde ahora aparecen los Maestros y Discípulos, que la multitud desconoce, que los actores, aún los protagonistas, desconocen aún más, y que sólo pocos han visto, muy pocos los han escuchado, y escaso es el número que los ha seguido... Pero en un ACTO del FUTURO... por más remoto que sea, el Escenario resplandecerá con los trajes sutiles de los nuevos actores; la Tragedia acallará en sus alaridos y ayes y la Comedia pondrá un sello perpetuo en su boca de bufón...

¿Y con qué nombre ha designado el Drama a estos excepcionales actores?... Muchos de ellos son desconocidos, porque el cronista

del Drama ha ignorado sus nombres, pero no por desconocidos por la turbamulta actuante, son menos grandes que los que han sido nombrados por ese cronista descuidado y olvidadizo. A algunos de ellos se les ha dado el nombre de Pitágoras, Platón, Plotino, Shankara, Tagore, Goethe, Beethoven y de otros varios modos. Todos estos, con lenguaje de profunda enseñanza, de metáfora poética o de sublime melodía, tradujeron al lenguaje del alma humana algunas de las resonancias cósmicas del Eterno Logos, y por ello mismo, el Espíritu, en sus cuerpos subyacente, resplandeció con luz deslumbrante, y se proyectó sobre el Escenario en la forma de un Sendero de Luz, que no va en espiral alrededor de la montaña de incontables siglos, sino que se levanta recto hacia lo Alto, hasta penetrar al Océano de Luz de donde procedió... Este es el Sendero trazado por los más excelsos personajes, que de vez en cuando aparecían sobre el tablado común del Escenario, invitando a todos a seguir por él... Y este Sendero es, en realidad, la Huella del Espíritu, infundido en el Hombre, que, cuando logra emitir su Luz, al través del Pensamiento, del Ideal más excelso y del Amor más puro de que son capaces algunas criaturas terrestres, revela claramente cuál es el destino final para todos los seres.. Pero ¡ay!... que los comediantes y comparsas han estado siempre ciegos y son contadísimos los que han percibido esta Luz, que, emanando de otros, ignoran que también está encendida en todo humano actor, aún en el más insignificante comparsa... Nadie ve la Luz; es la Luz "que brilla en las tinieblas, pero las tinieblas no la conocieron"... ¿Cuándo la conocerán?... Hasta el día en que esto suceda, conocerán también su Destino, y hasta entonces, descifrarán el fundamental argumento del interminable Drama, donde todos, en diferentes papeles, han venido actuando...

* * * * * *

El vidente espectador ve además que, en otro escenario, todavía más alto que aquel donde suelen presentarse los Personajes extraordinarios que traen escritos en sus libros algunos caracteres del Libro de la Eterna Sabiduría, aparecen figuras todavía más excelsas; éstas resplandecen en viva luz; no traen en sus manos ningún libro escrito, sino que de Sus labios emana una música sutil, inaudible para los oídos de casi todos los comediantes, que al vibrar en el aire, se convierte en Divina Enseñanza...

Una de estas Divinas Presencias, invisibles para casi todos, dijo un día:

—"Escuchad ¡oh humanos seres! no sois lo que creéis ser y haber sido siempre. Vuestra figura terrestre es una forma vana que se desvanece en un instante; una ilusión que, no bien se perfila, cuando desaparece en lo irreal. Sois AQUELLO que jamás ha nacido, que nunca toma forma y que jamás perece. Cuando conozcáis lo que realmente sois, la Comedia en que actuáis desaparecerá!"...

Pero estas palabras no parecían ser siquiera percibidas por la inmensa turbamulta del Drama, empero, el vidente espectador, sí las escuchó.

Después, surge otra figura gloriosa, igualmente resplandeciente, que dijo:

—"El Sendero que os puede conducir al conocimiento de vuestro ser real, está muy alejado de los que a cada instante trazáis con sangre, lodo y fuego... Si me escucháis, podréis encontrarlo, pero es preciso que arranquéis de vuestros ojos la venda de la ignorancia. Su tejido son los deseos; vuestros deseos forjan la tupida tela de todo vuestros sufrimientos; porque los deseos os hacen creer que sois separados, y en vuestra ilusión de separatividad lucháis con afán, odio y frenesí, por alcanzar el objeto que vuestros deseos exigen como alimento; si lo alcanzáis, el sufrimiento de la hartura os atormenta; si no lo alcanzáis, el sufrimiento del hambre y de la sed es vuestro padecimiento. Si alcanzáis lo que deseáis, no os da contento lo adquirido y el tormento de un nuevo deseo os vuelve a quemar el corazón con fuego más abrasador, y así siempre; no hay adquisición alguna que no os haga sufrir la hartura, la sed o el hambre. ¡Comprended! la vida a la que tanto apego tenéis, es sólo sufrimiento. El nacer es sufrimiento, el crecer es sufrimiento, la necesidad es sufrimiento, el placer es sufrimiento, el dolor es sufrimiento, la enfermedad, la vejez y la muerte son sufrimientos. ¿Podréis decirme dónde mora la dicha? Vuestros corazones son moradas donde siempre habita la desolación, la tristeza, el sufrimiento y la desesperación. ¿Queréis convertir a vuestros corazones en moradas de dicha?... Desterrad de ellos todo deseo, hasta sus raíces y sus simientes. Renunciad a todo lo que creéis felicidad, y si así lo hiciéreis veréis que el sufrimiento se transfigura en alegría, porque vuestra conciencia os dirá que habéis triunfado, venciendo al dolor, por haber matado al Deseo que lo produce. Pero esto no basta; es preciso que sometáis a vuestro *yo,* que lo desterréis de vuestro ser, porque ese *yo,* que habéis creído vuestro ser mismo, es en realidad el carcelero del SER, que lo amordaza, lo aherroja y lo encierra en la celda obscura, forjada en su propia sombra de ignorancia. Es vuestro *yo* el creador del Egoísmo, y es el Egoísmo el forjador de todos los deseos. ¡Matad al *yo,* si queréis libertaros del sufrimiento y de la muerte!... Mientras no lo exterminéis, giraréis en la fatal rueda de muertes y renacimientos, sufriendo en el potro implacable de todos los deseos. Cuando déis muerte a ese yo, vuestra conciencia de separatividad se desvanecerá y encontraréis en vosotros mismos la realidad eterna de lo que realmente sois; entonces conoceréis la perfecta Dicha, la perfecta Sabiduría y la perfecta Existencia... ¡He aquí el Nirvana hacia cuyo Pórtico quiero conduciros!"

Estas fueron las admirables palabras que escuchó el vidente de aquella resplandeciente figura, y entonces, a sí mismo se dijo:

—"¡He aquí el Recto Sendero, por el cual el hombre alcanzará la dicha, que en vano ha buscado al través de las tragedias espantosas y de las bufas comedias de su Drama!... Pero ¿quiénes son los que ponen el pie en él?...

Y ve que aquel Sendero de Luz se pierde, como si se hundiese bajo el fango ensangrentado e hirviente del suelo, donde rueda la tragedia de los siglos.

En otro instante, el vidente espectador se estremece al percibir la figura gloriosa del Maestro que habló en su "Epopeya del Oro". Y arrobado en júbilo celeste, escuchó Sus Palabras:

—'Yo soy la Luz del Mundo, pero muy pocos me han visto; Yo soy ese Camino que salva del sufrimiento que produce el Egoísmo, el Odio y el Deseo, porque YO SOY el Hijo Eterno del Eterno Espíritu, y soy la Luz que está en el corazón de todos los hombres. Yo moro en todas las almas, y ahí está Mi Templo, pero muy pocos son los que han penetrado a su tabernáculo interior y pueden verme a Mi en ellos, y en Mí y en ellos, al PADRE!... Aquel que penetra a su templo interior será salvo; porque ahí está el Reino de los Cielos; sólo por la puerta estrecha de vuestra interna vida, se puede entrar al Reino, y por eso, los que obstruyen esa entrada con la roca de las riquezas, del odio, de las concupiscencias y del orgullo no podrán entrar... Por eso os digo: "es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un poseedor de tesoros materiales entrar al Reino de Dios"; su pórtico es el corazón, y si el corazón se hace inamovible roca de egoísmo, deseos, odios y codicias, ¿cómo se podrá penetrar a su interior, donde YO moro?... Conoceréis, por ello mismo, que YO soy, no solamente el Camino que conduce a la Verdad, sino la Verdad misma, puesto que soy DIOS EN EL HOMBRE, y el hombre que me conozca en su interior morada, se transformará Dios en MI, y ambos somos la unidad del HIJO Eterno, en quién reside la perenne Vida, y por eso, os digo: NADIE VIENE AL PADRE SINO POR MI!... ¡Os vine a enseñaros el Camino, por el cual llegaréis a conocer vuestra interna divinidad, puesto que Dioses sois... Hijos del Altísimo.. Yo soy vuestro Paradigma Supremo, porque procedo de Dios y Soy en EL, pero vengo al mundo y en el aparezco como Hijo del Hombre; soy Dios en el Hombre, y de él, Hijo, porque el ESPIRITU DIVINO resplandecerá, al fin, del Hombre, como la postrera manifestación de su esencia, en cuya suprema revelación se descifra el Destino de toda la humanidad. Cuando os conociereis, me conoceréis a MI, que èstoy en vosotros, y ese DIA, todos seremos UNO con el Padre... He aquí la Divina Enseñanza en la cual tienen trasunto y resumen todas las Enseñanzas divinas de los que me han precedido en la revelación a vosotros... Y por eso, *sólo un precepto os doy*: AMAOS LOS UNOS A LOS OTROS COMO YO OS HE AMADO... Cuando conozcáis que Yo estoy en vosotros y vosotros en Mí, conoceréis la esencia del AMOR, que es

la unidad, y cuando sepáis ver en vuestros semejantes la misma esencia de unidad divina que a todos compenetra, comprenderéis que al amar a tus semejantes, te amas a tí mismo, porque en todos estoy YO, y YO soy tú y tu semejante, en cuya fraternidad de unidad no cabe el odio, ni la envidia, ni la codicia, ni el egoísmo. ¡Escuchad Mis Palabras de Vida, y alcanzaráis la Vida, resucitando del sepulcro putrefacto de vuestra ignorancia, corrupción y egoísmo!...”

—¡Oh! —exclamó el vidente— he ahí la Suprema Enseñanza, que la humanidad jamás ha escuchado!... Yo la escucho, Señor, y quiero seguir por tu Camino!

Pero entonces vió el vidente que los comediantes del perpetuo drama, habiendo escuchado algo de las palabras del Supremo Maestro, se pusieron a edificar templos de piedra, y en su interior, colocaron una cruz, y en ella, una figura humana crucificada, y a voz en cuello, dijeron que esa figura de madera, piedra, bronce u oro, era el Cristo, cuyas enseñanzas seguían. Y no escucharon la voz del Trasfondo eterno, que dijo:

—‘La Cruz está hecha en toda forma humana, donde estoy crucificado, y padezco el tormento de la ignorancia, egoísmo y pecados de todos los hombres. Cada uno de ellos es mi verdugo, que constantemente está removiendo la herida de mi costado con la lanza de su odio. Cuando cada cruz humana me reconozca crucificado en ella, quitará los clavos que atraviesan mis pies y mis manos y YO resucitaré en todo aquel que me reconozca, y dejará de ser un ladrón, que también se ha suspendido a mi lado con sus crímenes y vicios, y podrá venir conmigo al Paraíso, porque entonces, él y YO seremos UNO. Cuando todos conozcan que mi cruz de tormento ellos la forjaron, dejaré de estar crucificado y de padecer en todo corazón humano... Y será el Día de la Resurrección para todas las almas... Y hasta entonces, toda la humanidad descifrará el Misterio de Mi sacrificio en el Gólgota. Ahí vencí a la muerte con la muerte del cuerpo físico en que Me revelé al mundo; Mi Sangre purificó la sangre impura de los hombres y se convirtió en el Vino del Amor universal, y Mi cuerpo sacrificado, se convirtió en el Pan de Vida, para quién haya sabido crecer y alimentarse en Mi Cuerpo de Unidad Eterna; entonces, todos resucitaréis en Mí, y en vuestra resurrección de Espíritu, vuestro destello de prisionero Espíritu se libertará en la Unidad del Padre!...”

Pero ¿quién es aquél de los mortales comunes que haya escuchado estas palabras, sólo descifradas en el divino silencio de la Sabiduría?...

¡Cuán pocos!... Sin embargo, el vidente mira en el escenario superior aparecer las figuras luminosas de algunos profundos místicos cristianos que, como Francisco de Asis, Eckardht o Teresa de Jesús, alcanzan en sus meditaciones la luz de la revelación crística, pero

por otra parte, contempla la algarabía y el boato del sacerdocio eclesiástico, adorando a una figura crucificada en un altar de oro, a quien han convertido en el terrible Jehová bíblico, y a quien invocan pontífices, príncipes y reyes para que proteja sus hazañas guerreras y dé el triunfo a su crueldad sangrienta... Y se ven los príncipes de la Iglesia, revestidos de oro y púrpura y coronados de tiaras y mitras, impartir bendiciones sobre las armas ensangrentadas y sobre ejércitos homicidas, en cuyos blasones se destaca la cruz profanada y a cuya cabeza marcha casi siempre un capitán con la insignia del Crucificado en sus manos o en el pecho o en la misma corona regia que ciñen en la frente... Y todo aquello se epiloga en gritos de odio, torrentes de sangre, blasfemias y alaridos, gritos de agonía y, por fin, silencio de tumba... Pero todo esto, realizado y consumado en nombre de aquel Divino Maestro que descendió al mundo con la Luz del Amor, para tender la escala de la Tierra al Cielo, por donde todos los hombres deberían de subir en ascensión de divinización creciente, hasta alcanzar la unidad del Padre...

Pero las enseñanzas del Maestro se trasmutan, en los que se dicen ser sus representantes, en precepto de odios y de guerras y en realizaciones mundanas de codicias insaciables y concupiscencias monstruosas...

El vidente no puede menos de exclamar:

"¡Ay de vosotros, escribas y fariseos redivivos en el nuevo sacerdocio de esta iglesia corrompida, que pretende ser rebaño de Cristo!..."

* * * * * *

Y ve, que desde el Trasfondo, se proyectan dos vivísimos rayos de luz, que al reflejarse en la superficie del Escenario se convierten en dos Caminos, trazados para la salvación de la humanidad; uno es el de Cristo, el otro, el de Budha; el primero diviniza al hombre para conducirlo a la unidad del Padre; el segundo, arranca al hombre del sufrimiento, conduciéndolo al Nirvana; el Nirvana es la Unidad del SER; el Padre es el Espíritu Eterno; así que, uno y otro Camino llevan al hombre a la misma meta suprema; y en estos Caminos habla el ESPIRITU Su Enseñanza de liberación; trazando en ellos la trayectoria de RETORNO a Su Fuente de origen, en la cual se ha de cerrar el gran Círculo de la Evolución de todos los seres, y en todos los cuales, el mismo Espíritu impulsa la marcha de ascensión, hasta que al final se encuentra a Sí Mismo en Su Eterna Unidad de SER... Es entonces cuando el AMOR se realiza en la Plenitud del Bien, de la Verdad y de la Belleza....

¡Ay!... Pero en esta Hora, de este siglo en que el vidente vive en cuerpo físico, ¿cuántos son los que, siquiera, han puesto el pie en alguno de los dos senderos que conducen a la Absoluta Vida?...

El solitario contemplador conoce que los dos Senderos Luminosos son los caminos de la única posible salvación de la humanidad, víctima de la perpetua tragedia de su ignorancia... Entonces ve que a sus pies se traza uno de aquellos Senderos, borrado casi por completo con el fango y sangre de los transeúntes terrestres; pero ahora reaparece luminoso y parece que le invita a poner el pie en él... Luego le parece que ve venir por ese Sendero la figura sobrehumana y luminosa del Budha, que le dice: —"Tú has buscado este Sendero desde que renunciaste a tus riquezas y a tus deseos; es Sendero para toda la humanidad, pero son muy pocos los capaces de poner el pie en él y más pocos aún los que lo huellan hasta el fin. Ve si tú eres capaz de ello!"

El vidente se sintió confortado con estas palabras y se atrevió a dar el primer paso; se sintió arrobado en divino júbilo, y escuchó una voz, que parecía surgir de lo profundo de su ser: —¡Adelante! que quién puede avanzar algunos pasos se verá libre de la tiranía de los deseos; sentirá que las tinieblas de su egoísmo empiezan a disiparse y comprenderá claramente que todas las desdichas, sufrimientos y tormentos del infierno de la Tierra, son producidos por el demonio de los Deseos, que tiene su trono en la caverna del egoísmo, cuyas sombras son la ignorancia misma; quien se ve libre de deseos, limpia su corazón de todo odio, y quien se libra del odio se abrasa en el fuego del Amor, y éste fuego extingue para siempre hasta la más escondida simiente de odio. Si la humanidad diese siquiera los pocos pasos que tú has dado en este Sendero, extinguiría para siempre las llamas del infierno de su tormento terrestre, y vería germinar las flores del paraíso desde lo hondo de su corazón... Entonces, encontraría un Sendero florido que lo conduciría dulcemente al Pórtico del Nirvana... Comprende que el Nirvana está dentro y no fuera del ser humano; es la liberación de él mismo, cuando haya roto los grilletes de los deseos y haya derribado los estrechos muros de su yo egoísta... Sólo entonces los peregrinos terrestres alcanzarán la felicidad, que en vano han perseguido por senderos tortuosos durante todos los milenios de su trágico drama... No han hecho sino trazar senderos en círculos perpetuos, que, partiendo de su ignorancia, a su ignorancia vuelven, y jamás se libertan de ella; esta es la Rueda de Samsara, que fatalmente hace a las almas girar dentro del ritmo perpetuo de nacimientos y muertes.

En seguida le parece oír otra voz, igualmente profunda, que le dice: —Por ese Sendero de la perfecta renunciación se encuentra la revelación del verdadero YO... Cuando te libres de la estrechez de tu yo ilusorio, que es el que habla y rige en tu personalidad limitada,, escucharás la voz profunda del Yo Real, que es tu verdadero ser, y en su voz de silencio sabrás que tú no eres mortal y que jamás has nacido; eres destello de lo UNO ETERNO y en esencia el UNO mismo, puesto que no puede dividirse en partículas de ser.

Comprenderás también que todo lo que has percibido como existente es una pura ilusión, que se desvanecerá cuando seas capaz de conocer la realidad de ti mismo... Aprende esta lección: todo es MAYA, excepto el destello de tu ser profundo y el Abismo de donde procede. Si sigues por el Sendero donde has puesto el pie, pronto te hablará tu ser en el lenguaje de la Eternidad... Pero la humanidad está aún muy lejos de siquiera marcar en el Sendero los pocos pasos que tú has dado...".

Tras de estas palabras profundas, el vidente escucha otra voz, como venida de las más puras regiones celestes, que le dice:

"—Ese sendero donde has puesto el pie, soy YO mismo, y ese interno ser, que podrás conocer cuando avances más en el Sendero, es Mi propia DIVINIDAD, subyacente en toda alma, porque YO soy el Hijo de Dios, que es vida y luz en todas las almas; cuando Mi Divinidad sea tu conciencia, verás al PADRE, y el Padre y YO somos uno. Yo soy la Escala de Amor y Luz que se tiende de los pies de Mi Padre hasta el corazón del Hombre; cuando el corazón, por el impulso del Amor, quiera ascender, vendrá por esta escala y llegará hasta Mi Padre, y en Su Corazón de Unidad se fusionará la llama de Amor de vuestros corazones... ¡He aquí Mi suprema Enseñanza, trasunto y esencia de todas las Palabras de Sabiduría que han sido dichas al hombre en todos los tiempos de su Drama!... Y día llegará, en que descenderé de nuevo al Escenario terrestre, para pedir a cada ser humano la Lección que dejé escrita en el libro de su corazón; los que la hayan aprendido, serán dignos de habitar la Tierra, para, con ellos, fundar el Reino de los Cielos, que regirá a la Historia en sus futuros siglos; los que no hayan aprendido Mi Lección de Amor, serán arrojados de este suelo, que por tantos siglos han ensangrentado con su sangre, quemado con su odio y manchado con su fango. Esos réprobos no poseerán más la Tierra, sino serán los puros, dulces y mansos los que la habrán de poseer en el nuevo Reino que advendrá... Aquel que haya escuchado Mi Voz, y su alma transformada se haya identificado con Mi Verbo de Luz, será como YO, Luz y Verbo en el Padre, y conmigo Unidad en El... Este es el Camino, y la Resurrección y la Vida, porque sólo el Amor nos libra de las tinieblas de la muerte... Próximo está el Día de la purificación de la Tierra, porque el Reino de los Cielos se acerca!"

El vidente percibe entonces la sublime figura del Cristo, muy semejante a como la imaginó en su "Epopeya del Oro", y entonces exclamó:

—¡Señor!... Señor... aliéntame en el Sendero por donde he encaminado mi marcha!

Y en seguida escuchó la Voz Divina:

—Bienaventurado tú si no desandas el Camino!... Ve si la humanidad te sigue!

A estas palabras desaparece la Divina Presencia, y el vidente, mirando de nuevo el escenario terrestre, sólo percibe la vorágine de fuego y sangre de la perpetua tragedia; el infierno que el hombre ha producido, abrasándose siempre en las lenguas de fuego de sus odios, egoísmos y codicias, pero HOY, donde se está representando el Acto de este siglo, aquel infierno se ha acrecentado horriblemente en magnitud y en intensidad; lenguas de fuego abrasador por doquiera; el hierro mecanizado ruge por toda la superficie, rodando diluvios de carruajes rugidores, con alma de fuego en sus entrañas, y aplastando en su loca carrera millares de vidas diariamente; los cielos se ennegrecen con el humo que lanzan de su seno deletéreo las mil y mil máquinas que el hombre lanza de sus cavernas científicas, y entre sus nubes negras, vuelan con alas de acero los buitres siniestros en interminable graznido amenazador. Todos los hombres corren en frenéticos giros, movidos por la vorágine de acero y fuego, buscando delirantes el estiércol de Mammón y las ciénagas de Afrodita, y a millares perecen cada día, triturados en los engranajes de sus máquinas o ahogados en los fangos... Y sobre todo esto, las lenguas de fuego aniquilante de mil y mil cañones, que truenan sin cesar en cualquier sitio, y las deyecciones explosivas de los buitres de acero de la muerte, que casi sin cesar, trabajan en la destrucción de mil y mil edificaciones humanas, abrasando aldeas, campos, ciudades, y destrozando formas vivientes por millares cada día... Toda la superficie del terráqueo escenario está abrasada; lenguas de fuego de todas dimensiones se elevan del suelo al cielo, con el ansia no sólo de consumir todo lo que en la tierra yace, sino también lo que en las Moradas del Cielo vive... Y en medio de este infierno de millones y millones de lenguas de fuego, que ha encendido la tea del odio y de la codicia, danzan delirantes los sátiros y las bacantes de este siglo; danzan entre ruinas y cadáveres, entre el hierro que ruge y el fuego que crepita; las bacantes se desnudan para atraer a ellas el furor de los sátiros, y los gritos de perpetuas orgías se mezclan con las blasfemias de la desesperación, los rugidos del odio y los ayes desgarradores de la agonía... Este es el infierno donde siempre están crujiendo los dientes de acero de las máquinas, en estruendo enloquecedor, donde siempre arden las lenguas de fuego del deseo, del egoísmo, del odio, de la guerra y de todas las furias de la destrucción, atormentando a todos los humanos vivientes en los suplicios más crueles que se hayan imaginado... Y este infierno ha sido creado por el hombre; sus demonios atormentadores son sus deseos, los hierros candentes de su tormento los ha caldeado la Ciencia en las fraguas del Egoísmo y de la codicia... y los mares de azufre y pez hirviente los va produciendo, cada vez con mayor perfección, el Satán Atómico, que fué creado, primero

como homúnculo, y después como monstruo gigantesco, en los laboratorios de los Magos Negros de este siglo... ¿Qué falta para que el infierno de la tierra supere enormemente en magnitud e intensidad a todos los infiernos de que hablaron las religiones y las mitologías?...

* * * * * *

Y he aquí el escenario y el Acto que presencia el espectador vidente, tras de haber visto los Senderos de Salvación y escuchado las Palabras que libertan al hombre de su infierno... Pero, ningún mortal en este siglo ha vislumbrado, siquiera, el Sendero y ni oído un eco de las Eternas Palabras de Sabiduría... La algarabía del escenario, teniendo por fondo sonoro el perpetuo estruendo del hierro mecanizado, se monofoniza en gritos de locura, en blasfemias estridentes, en carcajadas vesánicas de orgía, en aullidos de bestias, en negación sarcástica del Espíritu y de Dios, en rugidos de mil odios y en estertores de muerte...

La Palabra Divina es ahora más inaudible que nunca; Mammón y Marte son los dioses colocados en los altares, donde en siglos pasados se había puesto la sombra de Jesús; por la alquimia de la codicia sacerdotal, el bronce que había figurado al Crucificado, se ha transformado en el oro que ha moldeado a Mammón, y el Jehová bíblico se ha convertido en un Marte moderno, que, sin embargo, sigue siendo adorado blasfemáticamente como Cristo... Nadie cree ya en Dios como Espíritu Infinito, o siquiera como Padre Providente, bondadoso y justo, pero todos creen en el Satán creado por su egoísmo y maldad, y a esta deidad siniestra, entronizada en todo corazón, es a quien le rinden homenaje y le piden el pan cotidiano del oro y de las concupiscencias...

El Acto del Siglo XX está bien representado en la escena que el vidente presencia en esos instantes, pero súbitamente parece caer el telón sobre el escenario y poco después se levanta, para mirar unas gigantescas lenguas de fuego, que arrojan extraños artefactos hacia el espacio, como si en ellos se trasuntase la desesperación humana, que pugna por escaparse de su infierno... Pero no, son las cosmonaves que se esfuerzan por trazar un sendero hacia la Luna... Es el único sendero de ascensión concebible para los actuantes en la tragedia del siglo XX... Y los comparsas aplauden delirantes, lanzando ¡hurras! a los "conquistadores del cosmos"...

Pero ¿qué significa esa conquista?...

El vidente, entonces, escucha una voz profunda como la de una grave profecía, que dice:

"—Sin saberlo, buscáis el camino hacia vuestra futura morada ¡oh trágicos actores del Acto de este Siglo!"

Pero esta voz sólo la escuchaba el vidente, y ni él mismo pu-

do comprender en ese instante su significado, aunque pudo reflexionar lo siguiente: "—¿Por qué el hombre de este siglo está tan empeñado en poner el pie en la luna?... ¿Qué se propone con eso?... ¿Es, en realidad, que prepara en esa esfera muerta su futura morada?... ¿No es que en esta Tierra de tan hermosos paisajes, ha encontrado todo lo que ha buscado, anhelado y ambicionado?... ¿No es esta, acaso, la pequeña heredad cósmica que Dios dejó a su criatura humana para que la trabajara hasta el fin?

Y a esta reflexión, el meditador escucha la respuesta en una voz, que le parece venida de la Alto: "—Es verdad, la Tierra es una pequeña viña de las infinitas heredades del Señor de los Mundos, y fué entregado a sus hijos de ese globo para que la trabajaran en fraternidad y armonía y cultivaran las simientes que les entregó, a fin de que, año tras año, recogiesen la opima cosecha y cada vez, de sus lagares saliese un vino más exquisito de Amor, Sabiduría y Belleza... Año tras Año eónico, el Señor de las Viñas ha enviado a uno de sus Hijos Mayores, para que pidan cuenta a sus hermanos menores de la viña de la Tierra... Está cerca el fin de otro Año; el Hijo, que no ha mucho vino a enseñar el mejor cultivo, no tardará en volver, como enviado del Padre, a pedir cuentas del trabajo del Año... ¡Esperad!"...

* * * * * *

El vidente empezó a comprender el significado de lo que escuchaba, y en el escenario presenciaba el trabajo de la cosecha en el siglo XX, que acaso sería la *última hora* del Año en que, el Reloj de los Destinos determinaba ya la venida del Enviado del Señor de las Viñas... Pero ¿qué clase de vino habían producido ahora los lagares donde habían acumulado los frutos de la Viña?... ¡Qué horror!... Ahora, como nunca, como en ninguno de los milenios pasados, estos desdichados trabajadores, habían producido en lugar de vino vivificante, un siniestro licor venenoso... En un día final de un remoto pasado, los trabajadores de la Viña produjeron el SOMA de la Sabiduría, y el Hijo enviado los bendijo por el feliz resultado... Mas tarde, descendió Dionysos para presidir la nueva vendimia, y el vino original despertó en los que lo bebían el anhelo de los Dioses, pero poco después, este vino, ya adulterado, despertó el anhelo de las orgías terrestres... Por eso fué, que en otro Día, descendió nuevamente el Hijo Dilecto y en Su Cáliz de Sacrificio, transubstanció el vino del dolor humano en elíxir de inmortalidad, Sabiduría y Amor... Ahora, cuando vuelva, exigirá a los trabajadores de Su Viña terrestre que le demuestren que han sabido elaborar el mismo Vino que El pudo producir. Vino entonces a enseñarles cómo se habría de trabajar la Viña y la clase de vino que habría de resultar de los lagares... ¿Pero qué cuentas le darán los viñadores de este Siglo?...

. . . El vidente, tras de estas reflexiones, mira en el escenario la representación de escenas no presentadas aún en el siglo XX. . Las lenguas del Fuego atómico arden en algunos lugares del escenario; el Rey del Odio impera plenamente sobre toda la esfera; las guerras se generalizan y las montañas de cadáveres acrecen en altura, en tanto que la sangre, mezclada con el fuego, corre por todos los senderos. Entre tanto, otras lenguas de fuego lanzan al espacio gran número de "cosmonaves" que alcanzan la superficie lunar y a ella desciende gran número de fugitivos de la Tierra; el camino hacia esa esfera desolada ya está abierto. El hombre se ha encontrado con un desierto inmenso, donde la vida se ha escondido en sus obscuros gérmenes latentes. . . Pero el trágico hombre de la Tierra, sólo en los desiertos lunares encontrará refugio, porque ya sabe que su original morada será arrasada por él mismo, cuando todo el furor de su atómico poderío acumulado se desencadene. . . Muchos son ya los que han huído hacia los desiertos lunares, pero no han podido sobrevivir mucho tiempo, porque las condiciones de muerte que imperan en esa esfera que creen haber conquistado, devoran toda palpitación de vida. . . No obstante eso, se empeñan los emigrantes terrestres, con afán titánico y en verdad imposible, en construir moradas mecánicas en aquellas cenizas que, en algún DIA del eónico pasado, fueran suelo fecundo para una humanidad, que más tarde, acaso, descendió a la Tierra. . . Y ahora, esta humanidad quiere hacer de su viejo sepulcro nueva cuna. . . . ¡Ay!. . . . que, ciertamente, sin saberlo, esta humanidad terrestre, se empeña en preparar su nueva morada oscura, a donde será desterrada por no haber aprendido la lección del Hijo Dilecto. . .

Y efectivamente, en el escenario del Drama terrestre había sonado una HORA, quizás algo alejada de la Hora del Siglo XX, y el vidente espectador, vió que de un horizonte entenebrecido surgía una luz maravillosa, como nimbo celestial de algún Dios. . . Pudo después, percibir claramente la gloriosa figura del Cristo, mucho más majestuosa y sublime que como la había percibido en su "Epopeya del Oro", y se quedó suspenso en arrobo extático, mientras presenciaba la siguiente escena. El Maestro Supremo desciende hasta el sendero terrestre, trazando entre las sombras un camino luminoso; ningún otro ser viviente aparece a su derredor; le rodea solamente su propia Luz, que va disipando a las tinieblas que envuelven la Tierra; pero en un momento dado y en respuesta a un ademán imperioso del Maestro, aparecen frente a El muchas figuras, que, a juzgar por su vestimenta, no pueden ser sino altos príncipes de las iglesias, que la historia llamó cristianas. En verdad, las cabezas de aquellas figuras, llevan tiaras, mitras y capelos. Entonces el Maestro habló:

—Cuando vine a esta Viña a enseñaros cómo debéis de cultivarla y os dí la lección del triunfo de la Vida sobre la muerte, en

el Gólgota, os dejé un Código de Sabiduría y Amor que deberiáis haber observado. Vosotros, al curso de los siglos, os habéis arrogado mi representación y Mi Palabra, y ahora vengo a pediros cuenta de vuestra conducta. Mi Enseñanza suprema fué el AMOR, ¿habéis enseñado y practicado el Amor?...

A estas palabras, ninguna de las hieráticas figuras se atrevió a contestar; todas guardaron silencio, pero entonces, apareció un extraño personaje de negro traje talar, con un rostro densamente barbado, una mirada acusadora y un grueso libro en sus manos, que, irguiéndose ante el Maestro Divino, aunque con aire respetuoso y sumiso, habló:

—¡Señor!... Yo soy el cronista milenario de la Historia, porque soy la conciencia de la humanidad, que, en estos momentos, y ante tu divina presencia, he asumido esta forma humana, y por eso, yo soy quien debo de contestar a tus preguntas. Bien sabes, ¡oh Divino Maestro y hoy Omniscente Juez! que la llamada cristiandad histórica, cada vez más se ha ido alejando del Sendero que le trazaste y cada día más, al curso de los siglos, ha ido adulterando tus Enseñanzas, hasta llegar a enseñar y practicar todo lo opuesto a Ellas. Tú enseñaste el desprendimiento de las riquezas y de todas las cosas de este mundo, y los que dijeron y dicen ser tus representantes en la Tierra, y se constituyeron en castas sacerdotales, sólo hicieron acumular grandes riquezas durante todos estos siglos de cristiandad, y dándose el título de "príncipes de la Iglesia", han vivido siempre como grandes señores, en medio de la miseria y desamparo de sus hermanos desheredados, a quiénes dicen dirigir por el camino del cielo; empero, a cambio de ese servicio que ellos se han atribuído y que consiste en diversas ceremonias litúrgicas, exigen de todos, ricos y pobres, abundosas retribuciones monetarias, y es así como, vendiendo sus ceremonias litúrgicas y distribuyendo indulgencias por dinero y exigiendo a los que algo poseen tributos obligados, so pena de condenación eterna, han venido acumulando montañas áureas, para constituir en todos los tiempos una institución de incontrastable poderío y opulencia. ¿Acaso, Señor, les enseñaste que tu Iglesia de Amor y Fraternidad, debería de convertirse en una institución opresiva de jerarquías opulentas, esquilmando sin cesar a los humildes fieles, que constituyen la gran multitud de tus creyentes?...

Entonces la voz divina habló:

—¿Qué decís a ésto?

Pero los acusados permanecieron mudos e inclinaron confundidos sus cabezas, coronadas con tiaras, capelos, y mitras. Entonces, el Acusador prosiguió:

—Tú enseñaste, Señor, el Amor al semejante, la indulgencia para todos, el perdón de toda ofensa; del enemigo hacer amigo, no resistiendo jamás a su agresión, no ofender ni con el pensamiento a ningún

humano ser; hacer el bien a quién nos hace el mal y tener siempre por norma el Amor ilimitado... Y ¿cómo han enseñado y realizado los príncipes de estas iglesias este tu Mandamiento supremo?... Yo, el cronista de los Siglos, puedo decirlo, mostrando en mi libro, donde todo está registrado, las lenguas de fuego de las hogueras de la Inquisición, donde se quemaban con frecuencia a los mejores y más puros cristianos; a los que se atrevían a echar en cara a las potestades de la Iglesia su prevaricación, su falsía y la tergiversación de tu sublime Doctrina. Por siglos enteros ardieron las hogueras, atormentando a inocentes, a valerosos intérpretes de tu verdadera doctrina y, con frecuencia, a hombres de vida inmaculada y de purísimas intenciones... ¿Es así como cumplieron tu divino Precepto de amarse los unos a los otros, como tú los amaste?... ¿Y cumplían también con él, cuando fomentaron las bárbaras y despiadadas guerras, que llamaron "cruzadas", contra un pueblo que no tenía más delito histórico que profesar una religión distinta?... Y así cumplieron cuando ahogaron en sangre al pacífico y casto pueblo de los Albigenses; cuando, por tantos y tan largos años, mantuvieron ardiendo el fuego de las guerras de religión, y dirigían las horribles matanzas de disidentes, como aquella de la siniestra "noche de San Bartolomé?... Y así, hasta estos tiempos, los que aún se llaman tus delegados en la Tierra y hasta tienen la osadía de autollamarse "cristos terrestres", no pierden ocasión para encender contiendas, cuando los intereses de sus privilegios y riquezas así lo exigen; bendicen las armas fratricidas y te invocan pidiendo tu ayuda, para que las matanzas que provocan sean más eficientes... La oración que enseñaste a los hombres pide al Padre el perdón para nuestros pecados, siempre que nosotros perdonemos a nuestros ofensores, y la oración que tus falsos representantes pronuncian, es la horrible blasfemia de invocar tu ayuda para derramar la sangre de sus hermanos... ¿Es así, como la Cristiandad ha cumplido tu Supremo Mandamiento?...

Y ante la misma pregunta del Maestro: "¡Qué decís a ésto?", surge la misma respuesta de confusión y silencio. Y el Acusador continúa:

—Enseñaste, Señor, que tu Reino no es de este mundo, y que, por lo mismo, al poderoso habría que darle lo que es de él, y a Dios, lo que a Dios pertenece. Tú eres el Dilecto Hijo de Dios, y quien siga tu Camino, pertenece a tu Reino y debe de darte lo que Dios pide, y no pide sino la perfecta realización del AMOR. Este es el tributo único que el hombre debe pagar al Trono de tu Reino. ¿Qué debe de darse al Rey de este mundo?... Lo que es de él, es decir, los guiñapos de las cosas materiales. ¿Y qué han hecho tus pretensos representantes?... Pugnar en todos los tiempos por arrebatar a todo César su poderío, e imperar, cuando ha sido posible, sobre los mismos Césares, para exigirles pleitesía, sumisión y tributos. No solamente se niegan a dar al César lo que es del César

sino que siempre han pretendido, quitar al César lo suyo, para hacerlo de ellos, en tanto que ¿qué es lo que han dado a Dios?... ¿Acaso han consagrado a El sus vidas y sus almas, despreciando las riquezas, derramando paz, amor y dicha por sus senderos de siglos, perdonando toda ofensa y dando a los que los siguen el ejemplo de la pobreza, de la mansedumbre, de la pureza, del perdón y del amor?... Esto es lo que Dios exige y lo que a El debe darse para ser dignos vasallos de tu Reino ¡oh Señor!...De ese Reino de los Cielos que viniste a fundar a estos suelos!...

Entonces el Señor habló:

—¡Oh Escribas y Fariseos hipócritas, que habéis resucitado en estas castas que, profanando Mi Nombre y mis Enseñanzas, usurpastéis mi divina misión en la Tierra, y habéis pervertido, en lugar de purificar, a vuestros hermanos que han creído a la falsía de vuestras palabras! En lugar de venir por Mi Camino y traer a los que os siguen, por él, los habéis arrastrado al precipicio, porque, en verdad, sólo sois ciegos guiando otros ciegos!... Por vuestra culpa, la Cristiandad se ha perdido, olvidando Mis Enseñanzas, porque vosotros las habéis falseado y las presentáis a ellos, como si fuesen Mi Palabra!... Y aún los que han pretendido restaurar Mi Palabra a su real sentido, sólo han venido a crear otras congregaciones en Mi Nombre, que al andar los tiempos, igualmente han degenerado en corrupción e ignorancia... Y por eso es que, ahora, he venido para apartar la cizaña del grano sano, porque esta Tierra, Viña entregada a Mi cuidado, debe de producir el opímo fruto, cuya Simiente sembró mi Padre y dar el vino del Amor, de la Sabiduría y de la Dicha... Y ahora ¡oh Cristiandad prevaricadora!... ¿qué vino habéis producido, sino es el tósigo del odio, de la concupiscencia desenfrenada, de la crueldad sin nombre y de la discordia perpetua?... Y por eso, seréis malditos y os apartaré de Mi Reino, que, en esta vez, vengo a cimentar firmemente en la Tierra...¡ Venid, pues a mí, aquellos que, al curso de los siglos, hayáis recogido de vuestra siembra la cosecha del Amor y de vuestros lagares el Vino de la Sabiduría!....

Y a estas palabras divinas, desaparecen de Su Presencia las numerosas jerarquías sacerdotales de las iglesias llamadas cristianas, y en su lugar van apareciendo pequeños grupos de peregrinos, vestidos humildemente, con los pies descalzos y casi todos con alforjas de mendigos. Sumisamente se arrodillan ante el Señor y esperan Sus Palabras:

—Vosotros sois los únicos, en tantos siglos de Cristiandad, que habéis aprendido lo esencial de la Divina Lección que traje para la humanidad. Habéis renunciado a las riquezas, las vanidades, los placeres y las ilusiones del mundo, por amor a vuestro Padre Celestial; fuistéis humillados y despreciados por los poderosos de la tierra e ig-

norados por los que se decían pastores de la Grey Cristiana, y vuestras bocas no pronunciaron contra ellos palabras de odio; amásteis a vuestros semejantes sin exigir nada en cambio; nunca odiasteis a los que profesaban religión distinta de la vuestra, y procurastéis hollar el Sendero que conduce a Mi Reino, demostrando con ello que buscábais sobre todas las cosas, el Reino de Dios y Su Justicia, y no os preocupásteis por lo que vendría en añadidura. ¡Dignos sois, pues, de poseer la Nueva Tierra, puesto que vuestra mansedumbre, que os hizo ser los últimos en el reino del Mal, os hará los primeros en el Reino del Bien!... ¡Benditos de mi Padre... Venid a Mi Diestra!...

El vidente se arrobó en aquella sublime escena, viendo que los pequeños grupos de auténticos y puros cristianos, radiantes de alegría y amor, se colocaron a la Diestra del Maestro, pero eran tan pocos, que bien pudieran haberse contado sin esfuerzo... ¡Y estos eran los únicos cristianos verdaderos que habían florecido como lirios de pureza entre los fangos ensangrentados de todos los siglos, que la Historia llamó cristianos!... Todos ellos eran frutos raros del Arbol frondoso de la Cristiandad en sus diversas ramas; ahí estaba, entre otros, el seráfico Francisco de Asís, juntamente con otros muchos místicos ascéticos y con varios de los reformadores, que la Iglesia había quemado por heréticos... El infalible Juez sabía apartar la buena simiente de la cizaña venenosa.

Tras de ésto, aparecieron otros pequeños grupos, aunque más numerosos, que parecían venir de todos los países del globo. Diríase que, por sus trajes, algunos parecían paganos de la Antigüedad, otros, venidos de los países orientales, hindués, budistas, mulsulmanes, y de otras denominaciones religiosas, y muchos había que no ostentaban insignia o traje alguno, que los distinguiese como adeptos a alguna secta o religión conocida. Pero el Maestro los conocía a todos, y habló:

—¡Ved que los que no creiáis trabajadores de Mi Viña, son los más dignos de Mi Reino!... La falsa Cristiandad los denominó paganos, infieles, herejes u hombres sin religión, y YO los denomino ahora dignos hijos de Mi Padre, porque ellos, dentro del sendero de sus religiones, supieron encontrar el Camino de la Verdad, practicaron la renunciación, vencieron las pasiones, quemaron las simientes de los deseos, y en sus corazones fulguré YO, que soy la Esencia Divina de todo hombre, y en sus mentes resplandeció la luz de lo Eterno... Los Maestros diversos que les trazaron Senderos, les dieron la misma Enseñanza que Yo he dado al Mundo, porque la Verdad es Una, el Amor no tiene distinciones ni se divide en sectas y el Bien cimienta su trono en todo corazón recto, ya sea del pagano o del escéptico, del pensador o del ignorante, del llamado cristiano o del que prefiera otro nombre. Mi Padre reconoce a Sus Hijos por el

signo del Amor, y el Amor no tiene fronteras ni se encierra en los recintos de los templos. Solamente un templo reconoce como suyo: el templo del ALMA, que edificó el Espíritu y donde Dios mora siempre. Vosotros habéis encontrado ese templo en vuestros corazones, y dentro de él, adorásteis a Mi Padre con el culto de la Verdad y del Amor... Y por eso, todos vosotros seréis simientes para la nueva humanidad que poblará la Tierra; en conjunto, sois mi única y verdadera Iglesia, la que realmente fundé con mi primera venida, y de hoy más, cristianos o no cristianos, unidos en la divina comunidad de Mi Amor, no tendréis más denominación que la de Hijos de Dios; seréis las piedras angulares del Nuevo Templo, donde se adorará a Dios en espíritu y en verdad, y sobre estas piedras de fe profunda, formadas en el fuego del Amor y la Sabiduría, edificaré mi indestructible y sempiterna Iglesia, la comunidad de todas las almas puras y elevadas, que siempre han buscado el Reino de Dios, y que serán de hoy más poseedoras de esta Viña de la Tierra, cuyos frutos de Amor, Paz, Sabiduría y Belleza, serán espléndidos y lozanos, y cuyo vino, que habéis de elaborar, os embriagará en el Divino Amor a todas las criaturas, e iluminará vuestras almas en la visión de la Verdad. ¡He aquí llegada la Hora Suprema de la siega de toda la mies terrestre, de la que será apartada la mala semilla y quemada en el fuego del infierno, cuyas lenguas ya las ha encendido gigantescas el hombre ignorante e infiel, fabricando desde ha siglos su propio infierno de tormentos, pero en esta hora, este infierno será extirpado de la Tierra, porque sus suelos serán purificados por el Fuego; la sangre que los mancha, será lavada por las aguas de los mares y en la nueva tierra sólo florecerán los jardines, cuyas plantas hayan brotado de la Simiente del Amor que Yo sembré... Y aquí descenderá Mi Reino, porque los Cielos y la Tierra han de juntarse!...

Tras de estas sublimes palabras; aquellos grupos humanos se estrecharon en el abrazo de la fraternidad y en el ósculo de paz, en tanto que la Divina Presencia desaparece en lo profundo del Trasfondo... Y aquellos grupos de escogidos, los únicos discípulos de esta Humanidad que supieron aprender la Lección Suprema del Supremo Maestro, y que serán los únicos supervivientes de la Tierra y la simiente para la nueva Humanidad, desaparecen también en el mismo Trasfondo, en tanto que aparecen nuevamente las escenas espantosas de la humanidad réproba, que no tuvo ojos para percibir la Luz del nuevo advenimiento del Maestro, ni menos, oídos para escuchar su final Sentencia...

* * * * * *

Y ahora la tragedia se intensifica en proporciones de espantable magnitud. La Tierra está más poblada que en cualquier siglo del Pasado histórico, y los magnates y príncipes de las naciones

no encuentran cómo solucionar el problema de la densísima población del globo, que es presa del hambre, de las enfermedades, del odio y de la desesperación, ignorando que la numerosísima humanidad de esta hora, fué traída a la Tierra por los Dioses del Destino, para comparecer ante el Juicio que acaba de pasar, pero que por casi todos fué ignorado, a causa de que el denso materialismo de sus corazones y mentes les cegó los ojos y les tapó los oídos... Empero, los ciegos gobernantes del mundo, enloquecidos por el caos de la humanidad, sobre la que iban perdiendo imperio, perdieron también el sentido del equilibrio político, y no pudiendo entenderse entre sí para la, siquiera, solución parcial de alguno de los problemas comunes, recrudecieron su mutuo antagonismo; fueron más y más intransigentes en sus fines codiciosos; se acrecentó su orgullo a lo máximo, y cegados por el odio, la soberbia y la cólera, encendieron, al fin, la chispa infernal, que propagándose, puso en acción destructiva cuanto artefacto aniquilante habían acumulado por largos años... Y la temida destrucción sobrevino; el Fuego Atómico levantó sus inmensas lenguas por todas partes, abrasándolo todo y convirtiendo la superficie terrestre en un inmenso océano de "azufre y pez hirviente"... tal como la fantasía de las viejas religiones había imaginado el infierno ultraterrestre. Pero ahora, aquella fantasía se hizo realidad en el plano terrenal...

Pero en este inmenso mar de fuego, flotaba a manera de una ISLA SALVADORA, el ARCA del nuevo Noé de este universal diluvio ígneo... Y ahí, en ese islote indemne, se había agrupado la pequeña humanidad escogida...

* * * * * *

...El vidente, que contemplaba estas terroríficas escenas en el escenario del mundo, comprendió que el epílogo final cerraba ya el largo Drama de los siglos históricos... Pero, la voz de su íntima divinidad le dijo que ese epílogo sólo cerraba el fin de un ACTO... Vendría el intermedio, cuya duración de siglos o milenios no podría determinarse en el Reloj del Tiempo terrestre, pero que esperase el preludio de un nuevo Acto...

Y entre tanto que de nuevo se levantaba el telón, el vidente pudo percibir la escena en otro escenario distinto del terrestre... Le pareció ahora percibir la esfera lunar... En su superficie muerta nada se movía, y los intentos de la extinta humanidad para establecerse físicamente en la luna, habían fracasado uno tras otro... Pero el hombre, que en su ignorancia anhelaba hacer del satélite terrestre un nuevo imperio de poderío y riqueza, en realidad, y sin saberlo, sólo hizo trazar la línea de un camino que tendría que hollar en masa, pero no en cosmonaves ni en ningún vehículo físico... Ya se había llegado la hora de la emigración en masa... Y las almas humanas de la humanidad réproba, que no supo ni siquie-

ra balbucir las primeras palabras de la Lección del Maestro del Mundo, una vez arrancadas de sus cuerpos físicos por obra de la destrucción, emigraron en giros invisibles hacia la esfera lunar que anhelaran conquistar en los días finales de su vida terrestre...

¡Y qué desolación!... Desiertos inmensos, como sudario de muerte: cráteres profundos, como tumbas de muertas razas... Sin agua, sin aire respirable, sin senderos ni moradas... sin voces de vida ni gérmenes de esperanzas... Pero esa morada era la que la humanidad prevaricadora había elegido inconscientemente para su futuro reino..... Y en verdad, era el reino de las tinieblas y de la muerte; ahí fueron apartadas las almas de la inmensa mayor parte de la humanidad terrestre... Deambulaban errantes y soñolientos, como espectros sonambúlicos que aún ignoran si viven o mueren; se sienten existentes, pero no saben en qué región se hallan, y pasará mucho tiempo para que puedan dormirse al arrullo del canto de la sombría soledad de la nueva esfera a donde fueron arrojadas por su propia ignorancia y maldad... Acaso la esfera lunar desintegrará su materia física, y habrá de convertirse nuevamente en una esfera etérica invisible, y hasta entonces las almas réprobas quizás despertarán, llamadas por los Dioses del Destino a animar nuevos cuerpos materiales, y a iniciar así, un nuevo y largo sendero de evolución progresiva, hasta que llegue el día, perdido en el eónico futuro, de ser dignas, algunas de volver a habitar la Tierra, que mancharon con su fango de concupiscencias, que bañaron con su sangre derramada por sus odios y que abrasaron con las gigantescas lenguas de fuego de sus guerras... ¿Pero cómo se contará este tiempo en el Reloj de los Destinos?...

* * * * * *

En el Reloj de la Eternidad el tiempo carece de existencia, y por eso, siglos, milenios, evos, eones de evos, pueden parecer instantes fugaces a quien es arrebatado en una visión ultraterrestre, y es por eso, que el vidente espectador está contemplando en breves instantes lo que en el tiempo físico necesita siglos, milenios, o millones de siglos para manifestarse; así es como le parece un instante el intermedio, y al volver a abrirse el escenario le sorprende un panorama maravilloso. Es un admirable paraíso el que contempla; ningún paisaje de los conocidos en la tierra, puede igualarse al que ahora se le revela; la vegetación exhuberante florece en maravillosas y sutiles policromias; las aguas de los ríos son diáfanas y tranquilas: el cielo está límpido, como la mirada de Dios; los frutos de los árboles de variadísimas formas, prodigan su abundante dación.. Aves de vivísimos plumajes y de melodiosos cantos voltejean entre los ramajes y trazan relámpagos de vuelo multicolor sobre el lienzo infinito del cielo azul... Pero lo más admirable es, que súbitamente, aparecen entre los maravillosos follajes multitud de seres humanos, casi desnudos, pero ostentando un cuerpo grácil de líneas impecables, en

tanto que en sus miradas cándidas se revela la alegría de vivir; sus voces son dulcemente moduladas, casi un canto melodioso, y sus movimientos obedecen a un ritmo cadencioso y sutil... ¿De dónde han aparecido estos seres?... Y el vidente obtiene la respuesta en una voz majestuosa, que se creyera salir de la boca del monarca de aquel reino: —"Muchas de estas criaturas no habitaron la antigua tierra, sino que por primera vez aparecieron en este nuevo continente, que emergió para la Nueva Raza que poblará la esfera. Algunas, son almas procedentes de otros globos, donde la guerra ni el odio mancharon sus superficies, que por primera vez tomaron cuerpo físico en estos suelos; son almas puras y elevadas, exentas de egoísmo y libres de groseros deseos; otras de estas criaturas, en cuyos rostros se revela la inocencia y el candor, fueron en esta misma Tierra almas de nobles animales que, por su alta evolución en su reino, hubieron de individualizarse para reaparecer en cuerpos humanos ahora, y formar parte de la nueva humanidad; estos seres son los más inferiores entre los humanos, pero son dúctiles y sencillos, porque en antaño, nunca animaron formas zoológicas feroces ni agresivas, y ahora recibirán sus primeras lecciones de humanidad por los grupos superiores que hoy habitan la Tierra. La mayor parte de los componentes de esta nueva Raza humana, lo forman las almas, ya adelantadas, que proceden de los globos primeramente dichos... Ve y escucha los preludios y primeras escenas del nuevo Acto que hoy comienza en el Teatro de la Tierra!

Tras de esto, el vidente vio un nuevo paisaje, mucho más sorprendente... Era una pequeña ciudad enclavada en un valle revestido de la admirable vegetación, ya descrita. La ciudad elevaba sus edificaciones gráciles, que se dijeran sutiles torrecillas y policromados cimborrios, entre el arrullo de la vegetación paradisiaca. Era una ciudad pequeña, cuyas calles rectas y de pavimentación tersa y azul, como hecha por baldosas de cristal, enfilaban sus casas en euritmia perfecta, y sus graciosas fachadas se reflejaban en el cristal del suelo, como si este fuese un lago encantado. Cada casa, en cuyo centro murmuraban fuentes juguetonas, estaba rodeada de un extenso jardín, donde crecían hermosos árboles frutales, de cuyos ramajes se prodigaba el pan de cada día para sus moradores, pues el carnivorismo había sido propio de la humanidad exiliada, y todos se alimentaban únicamente de los dulces productos de la tierra fecunda, que prodigaba en los árboles sus exhuberantes frutos... No había ruidos ni ajetreo febril de transeúntes, ni carruajes férreos ni máquinas de entrañas de fuego. Una energía sutil, descubierta en el trasfondo etérico de la Naturaleza, y por completo desconocida para los siglos históricas del hombre, era la que utilizaba aquel renaciente grupo de Humanidad, destinada a descubrir cada vez mayores portentos en la Matriz de la Naturaleza, antes cerrada a la mirada materialista de las razas prevaricadoras, y ahora develada a la mirada espiritual

del nuevo hombre. Aquella pequeña ciudad silenciosa se componía de moradas construídas con exquisito arte y delicadeza, y todas, rodeadas de exuberantes huertos y floridos jardines, servían de albergue fraternal a todos los miembros de la Comunidad, que, en verdad era una sola familia de hermanos, sin que en ninguno de ellos reapareciese el germen del egoísmo de la pasada humanidad. En esta hermosa ciudad tranquila y paradisiaca, a manera de una cuna mecida en el regazo maternal de una naturaleza espléndida y pródiga en dación y belleza, habitaba la flor y nata de la nueva humanidad, compuesta de las almas más elevadas, puras y sapientes, que habían sido escogidas el DIA de la separación en la ya remotísima edad de otros continentes, hoy desaparecidos; y en otras ciudades no muy alejadas de aquellas y construídas conforme al mismo modelo, habitaban los otros grupos de humanidad selecta. Las criaturas, cuyas almas procedían de otros globos, al igual que las que por primera vez se humanizaban, edificaban afanosamente sus moradas, en sitios semejantes al de aquella ciudad modelo. La humanidad nueva aún contaba con muy reducida población, y sólo al transcurso de los siglos irían descendiendo más almas escogidas para los cuerpos humanos que habrían de poblar el nuevo continente, cuna y morada de la Humanidad escogida, fraternal y pura, que ha trascendido la estrechez del yo egoísta, en cuyo corazón ya impera el Amor, en cuya mente va despertándose la intuición espiritual y en cuya conciencia rige la ley del Bien. Los deseos se han trasmutado en fraternales afectos y en poéticas emociones, y la dulzura y la bondad caracterizan las manifestaciones anímicas de aquellos seres humanos; la mente razonadora está subordinada a la intuición del corazón; el deseo está regido por la voluntad purificada, y el ideal común de todos se proyecta hacia la Verdad, alcanzada por la sabiduría; hacia el Bien, alcanzado por el Amor y hacia la Belleza, lograda en las profundas creaciones de un Arte inspirado, por el conocimiento noumenal del mundo y expresado al través de formas sutiles, diáfanas y de impecable armonía; tanto la música como la poesía, la pintura como la escultura, están saturadas de este maravilloso espíritu de sabiduría intuitiva, que el hombre común del pasado desconocía, y que sólo en un rarísimo genio se había revelado... En el núcleo regente de esta Humanidad Modelo, volvían a vivir en cuerpo físico los verdaderos genios de la humanidad pasada, encontrando ahora motivos mucho más fecundos, altos y sublimes, que los que en sus anteriores palingenesias hubiesen encontrado en la tierra ensangrentada y trágica. Las almas venidas de otros globos, aportaban novísimos sentimientos y sugerían desconocidos modelos para la producción de las nuevas revelaciones del Arte, en tanto que las almas sencillas, que por primera vez se humanizaban, servían de fidelísimos y afanosos ayudantes en la construcción del nuevo mundo, y con ello recibían sus primeras lecciones, que los habrían de educar para la vida de la nueva socie-

dad, estructurada conforme al diseño del Hombre Divino, que había sido revelado por los Divinos Maestros de la Historia pretérita. Y esta conjunción de Sabiduría Espiritual, de Arte intuitivo, sutil y elevado, y la vigencia espontánea de la fraternidad, como ley del Corazón, que imperaba en todos, constituía la esencia de la Religión: la Religión del Alma que, elevada por la belleza de la vida, por el amor a todos los seres y por su penetración en los Mundos Superiores, hacía superfluo todo ritual, dogma y culto, puesto que en toda alma se había ya erigido el Templo del Espíritu, donde Dios mora, y el hombre ya había abierto los ojos interiores para VER A DIOS, puesto que lo sentía en la esencia de sí mismo y en la conciencia de unidad con todos los seres. Se había llegado a la meta final de todas las grandes religiones, cuya única fe, es la Verdad revelada en la Sabiduría, cuyo código es el AMOR universal realizado, y cuyo culto es la contemplación de lo Divino, dentro y fuera de nosotros. He aquí la síntesis ideal y perfecta que buscaban todas las grandes religiones, y que ya se había realizado en este pequeño núcleo de la Nueva Humanidad, el verdadero Reino de Dios en la Tierra... En una Tierra purificada de sangre, fuego y fango, en cuya vasta redondez se desenvolvería por siglos interminables la real y Verdadera Humanidad, o sea, la íntima revelación del Hombre, cuya esencia es divina y cuyo destino es la perfecta realización de la Verdad, el Bien, el Amor y la Belleza... Ideales supremos desde el principio de las razas humanas, cuya luz resplandecía en las enseñanzas de los Maestros, en las inspiraciones de la poesía, en las lucubraciones de la Filosofía profunda y en las eclosiones más elevadas del Arte... Pero jamás alcanzados por la humanidad común, y ahora, al fin, ya plasmados en los moldes sutiles de esta Nueva Humanidad, que imperará en la Tierra...

El Drama, cuyo glorioso epílogo terrestre también era presenciado por el vidente espectador, se desvaneció ante su visión extática, pero jamás se borró del lienzo de su alma...

Habló de ella a muchos hombres de su siglo, pero todos se burlaron, de sus palabras y lo diputaron por demente, alucinado o visionario...

Y quién lea este libro sentirá y dirá lo mismo, pero antes de reír sarcásticamente y relegar su contenido al olvido y sus páginas escritas al cesto de la basura, les sugiero graben en sus mentes la siguiente interrogación: ¿Es el Hombre hijo de la nada o hechura inconsciente de fuerzas ciegas que obran, sin saber lo que hacen, en una materia caótica, igualmente inconsciente, o bien, es creado por un Dios cruel, que sólo lo destinó a sufrir un breve tiempo en el infierno de la Tierra, para después, en pago de su fatal maldad, destinarlo al eterno tormento de un infierno ultraterrestre?...

Lo primero lo afirma el materialismo, lo segundo, el dogma del viejo tradicionalismo religioso.

Si un lector, en uso autárquico de su razón, se plantea estas interrogaciones, seguramente que a ninguna de ellas contestará en sentido afirmativo.

Unicamente, el que tiene por base de sus juicios el superficial mundo de fenómenos que perciben sus sentidos, aceptará la infantil respuesta del materialismo, y aquel que está saturado de los prejuicios de una fe ciega e irracial, aceptará la respuesta del tradicionalismo dogmático. En uno y otro caso, la ignorancia más necia es la que responde.

Empero, la razón humana, recta y sin prejuicios, rechaza por IRRACIONAL, cualquiera de las dos concepciones primitivas, y entonces su propia razón le lleva a concebir al Mundo como una revelación infinita, en tiempo y espacio, de un Poder Absoluto, Omnisciente y Omnipresente, y al Hombre, como una criatura que lleva en su ser el principio latente de la misma REVELACION, destinada a manifestar activamente y en sentido siempre progresivo, ese principio de existencia eterna, en cuya potencia se encierra la Ley de la Evolución que rige todo el Universo. Y de esta manera, el Hombre, que al través del drama de su trágica historia, aparenta ser la más miserable y desdichada criatura terrestre, sin haber podido superar hasta este siglo XX, su condición de bestia de odio, puede conocerse en su real esencia, como el trasunto microcósimco del universo en que actúa, llevando dentro de sí la fecunda potencia de una superación infinita. Si el hombre no es una criatura de la *nada* material; ni hechura de una deidad caprichosa y cruel, es, entonces, la simiente terrestre en la que el Espíritu Absoluto insertó Su propia Esencia de Ser, y por tanto, su destino final es de germinar, crecer, florecer y fructificar, hasta conocerse en su último fruto como la Realidad misma de donde ha procedido como mónada germinal, para actuar en creciente revelación dentro de los círculos de la existencia cósmica, recoger todas las experiencias del Mundo, y por último, enriquecida en la Sabiduría, retornar a la Eterna Fuente de su origen. De esta manera, el Hombre, que en su actuación común en el Drama Histórico, aparece como un trágico actor o como un comediante grotesco, podemos contemplarlo, ya despojado de los diversos disfraces en sus múltiples actuaciones dramáticas, como un glorioso hijo de Dios, tal como el Modelo Supremo de nuestra Historia se presentó al mundo, para dar a los hombres la enseñanza esencial de Su Interna Divinidad. El Hombre, en su tragi-comedia diaria, aparece como bestia, en perpetua riña con sus congéneres; pero cuando actúa inspirado por el corazón y por la recta inteligencia, se revela como lo que es: el Hombre, cuyo pensamiento, intuición y amor lo sublimizan sobre el nivel de la Historia; basta contemplar esas figuras excelsas que ya han hecho su aparición al curso de los siglos, como Gautama el Buda, Sócrates, Platón, Francisco de Asís, Gandhi, Beethoven, Goethe ...otros muchos más, sin mencionar, por sublimemente excelsa, la fi-

gura de Jesucristo, para estar ciertos de la potencial grandeza humana, cuya simiente está latente en todos los hombres, y cuyo destino indubitable es su germinación, hasta su fructificación final. Si la simiente fuese creada para nunca romper su corteza y germinar, no sería simiente; si su germinación se secara al aparecer, no estaría destinada para ser planta; si no floreciese ni fructificase, al fin, aún cuando fuese planta, resultaría una criatura inútil, sin finalidad, y sin sentido. Lo mismo, y con mayor razón, puede aplicarse esto al Hombre terrestre. Esta Tierra, minúsculo planeta, perdido en la infinitud de los mundos, es el suelo donde hemos sido sembrados como simientes; hemos ya germinado y crecido, y aunque el común de la humanidad no ha trascendido todavía su nivel de un crecimiento sin floraciones ni espigas, han aparecido ya, aunque excepcionalmente, hermosas floraciones y lozanas espigas, como eclosión admirable de lo que ha de ser la Humanidad, y en estas mismas revelaciones de los excelsos seres humanos, a los que llamamos genios, se insinúa ya el fruto en que la esencia y razón de nuestro ser ha de auto-revelarse en su último y glorioso destino: la DIVINIDAD MISMA... Si el hombre no tuviese como último fin de su evolución al través de la vida universal, alcanzar la Divinidad, habría que afirmar que el hombre no podría ser criatura de Dios; la criatura lleva en sí misma la esencia de su Creador; de lo contrario, el Creador no sería creador, ni la criatura tendría ninguna relación con su Creador. Para que una Causa sea causa, produciendo un efecto, necesita trasmitir su esencia y substancia al efecto que produce; de lo que se sigue, que todo efecto es la misma Causa, manifestada en apariencia de dualidad. Esto es tan evidente que huelga toda demostración. Y por lo mismo, si el Hombre es criatura de un Creador Eterno, Divino e Infinito, lleva en sí mismo los principios de su Creador, que, como es natural, no están destinados a extinguirse en sí mismos, sino a desenvolver toda su potencia hasta alcanzar su plena actualidad; y esa actualidad, significa la plenarización de la esencia inmanente en la Esencia Trascendente, o lo que es lo mismo, alcanzar el Hombre la divinidad, en ser y conciencia, del Padre Unico de donde procedió desde el origen de la Manifestación Creadora. Este es el sentido de aquellas palabras de Cristo: "Sed perfectos como el PADRE CELESTIAL es perfecto"... Y Este es y no puede ser otro, el final destino de la Humanidad, después de recorrer todos los eónicos senderos trazados por la Ley Universal de la Evolución ascendente...

Todo lo arriba expresado, no es sino la síntesis del pensamiento religioso y filosófico de los más elevados Maestros de la Humanidad en todos los tiempos y países. Y ante esta sublime concepción, ¿qué nos parecerá el torpe balbuceo del materialismo o la ingenuidad mezquina de teológicos dogmatismos?...

Así que, si el lector de este libro tiene ya actualizada la facultad del pensamiento, sin duda no calificará el contenido de este librito

como insubstancial, caprichoso y fantástico... No dudo que así será calificado por la inmensa mayoría de las mentes humanas de este siglo, que, saturadas de materialismo, son incapaces de ver otra realidad que la que le deparan los sentidos corporales, dando por inexistente todo lo que no es visible ni tangible, y si acaso son capaces de alguna creencia religiosa, será bajo la condición de que la misma se materialice groseramente y aparezca un dios antropomorfo, con los bajos atributos de las pasiones humanas, con una mente muy semejante a la del hombre terrestre y con un sentido de justicia muchas veces inferior al de los déspotas, caudillos o "superhombres" imaginados por Nietszche y plasmados como personajes actuantes en el ACTO de esta Hora Histórica, que aún presenciamos.

La humanidad está pasando por una crisis caótica; la humana inteligencia ha perdido la conciencia de su espiritualidad y sólo es capaz de pensar sobre hechos concretos, relativos a fenómenos físicos. Por ello mismo, han llegado a un grado de deformación increíble las llamadas producciones "artísticas" de la época, y por ello mismo, la mente humana se ha cerrado ante la PRESENCIA del Mundo de las Realidades Noumenales y trascendentales... Pero la oleada pasa, y de este caos, que bien puede convertirse en la destrucción de la casi totalidad de la Raza Humana, emergerá, sin embargo, tarde o temprano, el Nuevo Mundo de un Futuro glorioso, donde el árbol de la humanidad, hoy todavía mezquino y desmedrado, produzca ya sus primeras floraciones de Fraternidad profunda, de Paz creadora, de Sabiduría espiritual y de Amor universal... O sea, que de este CAOS, ha de emerger el verdadero mundo del Hombre, que será la primera gloriosa etapa de su marcha ascendente hacia su final destino.

Para aquellos pocos, que sean capaces de entender lo que he escrito en estas últimas líneas, es el contenido de lo que, al través de las páginas, he venido desarrollando como un DRAMA, ciertamente invisible para los ojos cegados por el materialismo, y hecho hablar una VOZ, que muy pocos sabrán escuchar...

Los que VEAN y OIGAN no diputarán de fantástica esta... a modo de novela...

* * * * * *

F I N

Este libro se terminó de imprimir el día nueve del mes de Agosto del año mil novecientos sesenta y nueve en la "Editorial Estrada" de Guadalajara, Jalisco, México.

Una carta de AGUSTIN YAÑEZ del 28 de septiembre de 1968.

"SR. JOSE GONZALEZ MARTINEZ. ARANDAS, JAL.

Muy estimado y fino amigo:

Tuve el gusto de recibir, con su carta del 19 del actual, su libro "Oración Universal" que tuvo la gentileza de enviarme y que contiene su obra poética en la difícil forma del soneto.

He logrado espigar en algunos momentos libres, que son los menos, en algunas de sus partes, y la encuentro más sólida, más acertada. Lo felicito y lo aliento a continuar en su estimable labor artística.

Me es grato enviarle afectuosos saludos".

AGUSTIN YAÑEZ.

OBRAS DEL MISMO AUTOR:

¡CRISTO!.... ¿DONDE ESTAS?.... (Poemas para esta Hora del Mundo)

UNA CARTA AL PORVENIR (Ensayo filosófico acerca del Hombre y del Universo)

ORACION UNIVERSAL (Poemas de panteísmo místico)